This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

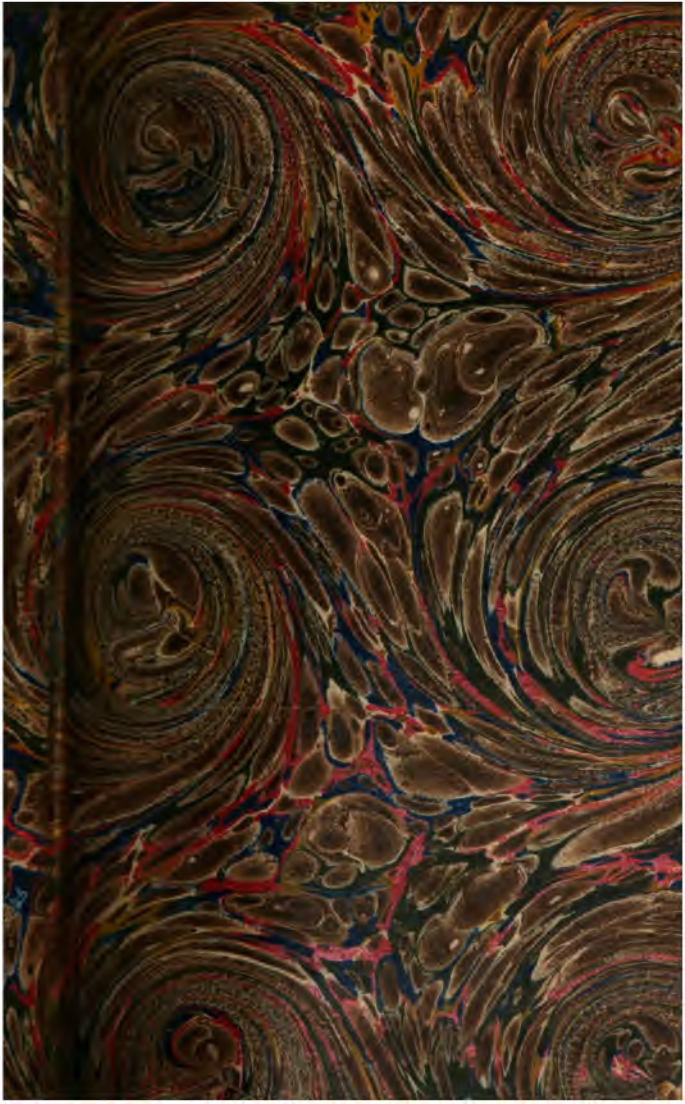
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

M
1895

270 b 11.
~~273. a. 10.~~



M
1895

270 b 11.

EL DONADO HABLADOR,

VIDA Y AVENTURAS

DE ALONSO,

MOZO DE MUCHOS AMOS,

COMPUESTA

POR EL DOCTOR GERÓNIMO de Alcalá, Yañez, y Rivera natural de la Ciudad de Segovia.

Sale esta Edicion enmendada de varios defectos, que tenian las antecedentes, y con algunas notas, que ya que no le sirvan de ilustracion, le servirán de aumento.

TOMO II.

CON LICENCIA.

MADRID: IMPRENTA DE RUIZ.

1804.

PRÓLOGO.

Memoria tengo, no se me ha olvidado, discreto lector, de lo que prometí en el primer libro del mozo Alonso, y si escribí la segunda parte de su vida, puédote dar por disculpa lo que respondia un Religioso, y buen Predicador, á unos amigos suyos, que le hacian cargo de que en los mas de sus Sermones siempre se salia del Evangelio de la Festividad que predicaba, metiéndose muy de ordinario á tratar de la Pasion y Muerte de Christo Señor nuestro, diciéndoles: En todos los Sermones debe el Predicador exhortar á los oyentes aborrecimiento de los vicios, y amor de las virtudes; pues por qué camino, con mejor título, puedo yo cumplir con mi obligacion como poniendo delante un Dios hecho hombre, muerto por su remedio, fatigado y cansado, para que pudiese tener el hombre perpetuo descanso y sosiego. Así, que no salgo del propósito, porque el predicar y escribir, casi son compati-

bles, y tienen un mismo objeto; y yo no salgo del punto, en el Mozo me estoy, del Mozo trato, y con el Mozo acabarémos esta vez de enfadarte: y te prometo que no ha de ser el parto de Pelaya. Y pues es postrero, el que llega á tus manos, trátalo como á hijuelo pequeño, á quien se sufren y sobrellevan innumerables faltas; siendo forzoso haber de tenerlas este viandante, tambien lo será el haber de ser tú afable, benévolo y piadoso, mirando las cosas con ojos apacibles, para que puedas con todos ser amable. Vale.

ELOGIOS

EN LOOR

DEL DOCTOR ALCALA,

Y SU OBRA

DE ALONSO,

MOZO DE MUCHOS AMOS.

DE ALONSO DE LEDESMA.

DECIMA.

Como sirve de alumbrar
al mundo el luciente Sol,
vos, docto Hisopo Español,
servis, pero de enseñar:
Dueños os hace mudar
el deseo provechoso,
sin que achaque el perezoso
contra servicios tan buenos,
quien mas sirve, medra ménos,
pues medrais nombre glorioso.

DEL LICENCIADO D. JOSEPH de Aldana, Canónigo de la santa Iglesia de Segovia.

DECIMA.

Sirve Alonso, y escribiendo,
tan dulcemente pintais,
que porque vos escribais,
él no se cansa sirviendo:
Sale otra vez, y otra ofendo
vuestras alabanzas yo,
pues él mismo confesó,
que debe mas fama ya
á la pluma de Alcalá,
que á la tierra que corrió.

DE D. ANTONIO DE ZAMORA y Tapia.

DECIMA.

En los años que mudais,
mozo de sabios consejos,
se echa bien de ver, que léjos,
del comun camino andais:

Miéntras no lisongeais,
mentis, y usais del mal trato,
á ninguno teneis grato;
pero proseguid, que al ménos
seréis para con los buenos
de la verdad fiel retrato.

DEL LICENCIADO JUAN DE Quintela, Clérigo.

DECIMA

Despacha Alcalá este dia
un mancebo graduado,
muy del todo autorizado,
de quien grandes cosas fia:
Por este mundo le envia,
donde habrá conocimiento
de su virtud y talento,
que aunque es verdad que en saber
viéne por diez á valer,
en bondad vale por ciento.

DEL LICENCIADO JUAN DE Caxiguera, Clérigo.

DECIMA

Sabeis, Alcalá, escribir
con tal donaire y rebozo,
que enseñais en vuestro mozo
al mozo viejo á vivir:
Introducirle á servir
en esta casa y aquella,
porque con industria bella
inquiera bien lo que pasa,
y como ladron de casa
diga los secretos de ella.

DE DON FERNANDO TELLO de San Roman, Caballero del hábito de Calatrava.

DECIMA.

Del veneno ponzoñoso,
hace Andrómaco triaca,
salud y remedio saca,

de un sugeto que es dañoso:
Así, vos Doctor famoso,
con eloqüencia divina.
vuestra pluma peregrina,
con un eloqüente hablar,
del dañoso murmurar
sacais tambien medicina.

DEL PADRE FRAY MATIAS de Sobremonte, Predicador de la Orden de San Francisco.

DECIMA.

De un peregrino sirviente,
tú, maestro peregrino,
haces, (ó ingenio divino)
otro maestro excelente:
Cursado de puro oyente
en experiencia estará,
por fuerza único será
en toda suerte de ciencias,
pues es primero en licencias
en la escuela de Alcalá.

DEL LICENCIADO DIEGO de Soto, Clérigo.

DECIMA.

Alonso servil oyente,
en la Academia del mundo
sale en su ciencia profundo,
y en enseñarla eminente:
Y si echó el guante paciente
de necesidad precisa,
sus mejoras acredita
con el grado de Alcalá,
y en su profesion podrá
dar favor á quien le imita.

DE ANTONIO BALBAS Barona.

DECIMA.

Un mozo, que en el saber,
arte y modo de vivir,
nos puede á todos servir
de libro para aprender:

Bien puede el mundo leer
lo que ha tan bien enseñado,
porque en lo que ha profesado,
salga á mostrarnos que es hombre,
si rotulado en el nombre,
por Alcalá graduado.

DEL LICENC. D. BALTASAR Serrano y Tapia, Clérigo.

DECIMA.

Mozo que al mundo servis
de saber y de enseñar,
y sois un cuerdo exemplar
en quanto haceis y decis:
Divinamente escribis,
y contais gallardamente
lo que sabeis á la gente,
multiplicando en la gloria
de este libro de memoria
la voz de sabio y prudente.

DE DON FRANCISCO
Oracio de Solier.

SONETO.

Si quien mezcla lo dulce y provechoso,
doctrina y gusto dando juntamente,
el aplauso merece de la gente,
eterno nombre, título famoso:
Bien mereceis, Doctor, blason famoso,
pues siendo en tantas ciencias eminente,
os podeis del Laurel ceñir la frente,
dexando á su patron de él envidioso.
Hoy, Galeno Español, habeis mostrado,
si á todos excedeis en el primero,
que á vos os excedeis en el segundo.
A tal servicio galardon ha dado
Erezma con aplauso verdadero,
diciendo, no hay tal mozo en todo el mundo.

DE D. PEDRO SERRANO y Tapia.

DECIMA.

Ninguna alabanza hallamos,
que os pueda, Alonso, igualar,
pues ha sabido agradar
un mozo de tantos Amos:
Y pues que tanto medramos
con vuestro alegre servicio,
y no se os conoce el vicio,
muy bien se puede decir,
que quien acierta á servir
que jamas busque otro oficio.

DE ALONSO DE LEDESMA, el Poeta

DECIMA.

Hoy vuelve Alonso á servir
por mas valer y medrar,
que el pobre que da en holgar,
mal puede rico morir:

No quiere ocioso vivir,
cuya leccion aprendió
del padre que le engendró,
el qual siempre está estudiando,
y eternamente curando
del cargo que Dios le dió.

DE DOÑA MARIA de Orozco Zuñiga y Bargas.

DECIMA.

Pintar á Jupiter viejo,
causáron sus desengaños,
que promoviéron los años,
su valor y su consejo.
Y así, siendo vos espejo
de prudencia, que enseñais,
injustamente os nombrais
mozo; mas dais á entender,
que aunque mozo en el saber,
nombre de viejo alcanzais.

DE EUGENIO VELAZQUEZ,
Escribano del número de Segovia.

DECIMA.

Mozo viejo, bien haceis
en servir, y no os cansar,
que esto de perseverar,
es tan bueno como veis:
Segun el premio teneis
de lo pasado y presente,
que quien sufre como siente,
no se dará por sentido,
viéndose bien recibido
de todos por excelente.

DEL LICENCIADO GERONIMO
de Castro Suarez.

DECIMA.

De las escuelas del mundo
salis tan docto y tan sabio,
que fuera haceros agravio;
daros Alonso segundo:

En vuestro ingenio me fundo,
que á todos sirviendo está,
del aviso que nos da,
á quien con razon llamamos
el mozo de muchos Amos,
que nos ha dado Alcalá.

VIDA Y AVENTURAS DE ALONSO,

MOZO DE MUCHOS AMOS.

CAPÍTULO I.

Cuenta Alonso (ya hermitaño de la hermita de San Damian) á el Cura de San Zoles su nuevo estado y ocasion de haber dexado el habito de Donado.

CURA.

Es posible hermano, que al cabo de tantos años como ha que le dexé en el reyno de Navarra con aquellos santos Monges de su Convento, le haya venido á ver en esta tierra, no solo mudado el modo de vivir, sino tambien en há-

bito tan diferente como el que trae? Certificole, que aunque me lo juráran, no lo creyera; pero al fin mudable es la condicion de los hombres: y el Sábio nos dixo, que no se alabe nadie hasta que muera: *Non laudes virum in vita sua.* Acuérdome, que un dia, estando hablando con el Vicario de su Monasterio, acertó á pasar cerca de nosotros, y haciéndome señas, me dixo: repare Vm. señor Licenciado en aquel mozo, que le prometo, que el mundo no tiene mejor pieza; y que á no estár tan de partida, habia de tener en esta casa algunos ratos de entretenimiento y gusto, refiriéndonos su vida, y los muchos amos que tuvo en el siglo: y segun noté, en verdad que le tenia muy buena voluntad.

Alonso. Como esos milagros hace el tiempo: no hay cosa estable: el edificio mas fuerte viene al suelo, los favores se acaban, y las humanas confianzas salen engañosas: exemplo será para todos, y como escarmentado, podré quejarme sin prevecho, aunque no es poco poder vivir ya desengañado, con la

larga experiencia de mis prolixos y cansados dias. Asi es verdad, que yo tambien me acuerdo de haber visto en mi Convento á Vm. algunas veces, y eché de ver, que tenia amistad con el Padre Vicario, alivio, entónces, de mis trabajos, consuelo de mis penas, y amparo de mis necesidades, y agora destruicion total de mi sosiego y forzosa causa de mi mudanza.

Cura. Enojado esta, hermano, y aunque no sirva mas de para que desfogue la mucha cólera que tiene en ese pecho, me obligará para servirle, en que me dé por extenso larga cuenta de sus pesadumbres, y la ocasion y motivo que tuvo para venir á esta santa hermita de San Cosme; y asimismo de todo el discurso de su vida, desde que dexó el hábito de Donado. Y para que con mas voluntad tanga paciencia de hacer lo que le ruego, en breves razones le quiero decir quien soy: á lo que he venido á esta su hermita, si gusta de oirme.

Alonso. Gran merced será para mí el querer Vm. emplearme en su servicio, y en gustar de contarlo: y pues intenta

ganarme por la mano, escucharé con la atencion posible.

Cura. Sabrá, hermano, que yo soy natural de Lérida, donde hasta ahora he asistido en todos mis estudios: Graduéme en aquella Universidad de Licenciado en los sagrados Cánones, vine á Navarra, á donde el Señor Obispo me ha hecho merced de darme el Curato de San Zoles: tiene mi Iglesia por anexo de este santo templo, que en otro tiempo fue casa y recogimiento de los Templarios, aunque ahora está tan maltratada: en efecto, como edificio antiguo, que no se habitaba. Tiene por vecindad este cercano soto, tan abundante de caza, como el rio de pesca. Y así, yo como recien venido á este curato, habiéndome (como dicen) tentado la tierra con unas tercianas dobles, que tuve todo este verano, aunque algo mejor, determiné para mi convalecencia, venirme á esta su casa, para en ella divertirme unos ocho ó diez dias; demas, que estando en su compañía, podré asegurarme el haber de estar con mucho gusto: y así le pido, que todas estas noches

de ningun modo se descuide de verme, que dexado á parte, que recibiré mucha merced con sus visitas, será muy bien recibido, y regalado con lo que hubiere en mi pobre celdilla. En suma, he dicho mi vida, y muy á la larga. y no sucintamente: espero, hermano Alonso me cuente la suya.

Alonso. Bien quisiera excusarme, mas siendo forzoso el obedecer, V. m. me esté atento, y quando se cansare de oirme, con avisarme, protexto excusaré el enfado.

Cura. Atento estoy, bien puede comenzar.

Alonso. Estuve, señor, en el convento, en que V. m. me vió, algunos años, los mejores de mi mocedad, acudiendo al servicio y negocios, no solo de la casa, sino tambien de algunos padres, y en particular del Padre Vicario, que en aquella era, á vanderas desplegadas daba en favorecerme; pero como en todo haya mudanza, mudóse el amor que me tenia en un enfado y desabrimiento, así en el mandarme lo que habia de hacer, como si verdaderamente fuera su

mortal enemigo. Sentíalo yo en el alma; quejábame de mi poca suerte; las mas veces tenia paciencia, y otras no guardaba el respeto que debia á mi superior; y aunque entre dientes, oíalo su Paternidad, de modo, que con mis malas respuestas, se acrecentaba mas su colera, *Tange montes, & fumicabunt*, dicela comun sentencia. Mi Vicario era monte de virtud, grande hombre de oracion, caritativo y limosnero, mas estando colérico, todo iba perdido, y mas conmigo, á quien llamaba hechura de sus manos; y como tal, procuraba deshacerme, tomando por medio otros muchos Religiosos amigos suyos, á quien dando innumerables quejas de mi mal trato y término, les pidió le favoreciesen para quitarme el habito, echandome del Convento.

Cura. ¡Válgame Dios! Grande causa hubo de haber para tan gran venganza.

Alonso. Entrando un dia en una cárcel, por curiosidad, llegué á preguntar á un moznelo que ví en un calabozo con una cadena: Dígame, gentil hombre,

¿por que está aqui preso, y con tantas prisiones? Y él, con un despego y enfado notable, me respondió: Por harto poco; le prometo á Vm. que sin culpa ha seis meses, que me tiene aquí un ladron de un Escribano, un Procurador, que no hay hacerle mover sino á poder de dinero: y un Juez, que ha dado, sin por qué ni para qué, en tomar ojeriza conmigo, ya tengo hechos callos; venga lo que viniere, que con un palmo de pescuezo, quando mas rigor haya, podré pagar quanto se me pidiere. Compadeciéndome del mozo, y movido á piedad, fui á verme con el Alcayde, á quien dixe. Es posible señor, que no hay quien se compadezca de aquel buen hombre; y que está padeciendo tantos meses ha sin culpa, por no tener favor, ni quien hable por él, que en Berbería no se usára tal crueldad; y que esté en tierra de christianos, desamparado de todo humano consuelo, y tan aprisionado como si fuera algun salteador de caminos: pues en verdad que tengo de hacer por él lo que pudiere. Sonrióse el Alcayde, y mirándome, respondió: her-

mano mio, muy poquito sabeis; ese mozo, por quien mostrais tanta pena, está condenado á muerte, por haber quitado la vida á dos caminantes; escalado una casa y un palomar; descerrajado una hermita, y robado de ella un cáliz y los ornamentos sagrados para decir misa; y últimamehte, porque queriéndole prender, dió una estocada á un Alguacil; de la qual aun no está fuera de peligro. Por vida vuestra que os vais por los demas presos, y preguntadles porque estan, que yo os aseguro, que no hallaréis culpa en ninguno de ellos. Esto mismo podré yo decir, señor Licenciado, para los desgraciados se hizo la horca, y quien no tiene dicha, no habia de nacer. Ve aquí V. m. conjurados contra mí los mas de los Frayles, y juntos en capítulo, propuestas mis culpas, me hicieron parecer en medio de ellos: y habiendome primero disciplinado, no con el amor que solian á otros, ni con aquella suavidad, quando decian sus defectos, me leyéron una bien injusta y rigurosa sentencia, en que se me mandaba, que al punto dexase el hábito que tenia, y

me saliese de su Religion; notificándome, que de ningun modo tendria remedio de quedar en su compañía. Ya podrá V. m. entender lo que yo sentiria viendo que por tan livianas ocasiones, como las que yo habia dado, me afrentaban de aquella suerte, sin hallar entre todos aquellos padres quien me favoreciese, ni rogase por mí: estuve suspenso un rato, considerando que responderia; y ciego de enojo, no podia hablar palabra: moviera entónces los diamantinos corazónes con mi turbacion, y no se movia el que era la principal causa de mi daño. Señor Licenciado, quan diferente es la condicion de Dios de la de los hombres: oféndele un ignorante, que así le llama el Sábio: *Omnis pecans est ignorans.* Todo pecador es falto de juicio, y pidiendo, misericordia alcanza perdon; y por mas que se deshaga en lágrimas para otro hombre miserable como él, no hallará una buena respuesta: *Si quoties peccant homines sua fulmina mittat Jupiter, exiguo tempore solus erit.* Si todas veces (dixo el otro Poeta) que pecan los hombres, hubiese de enviar Júpiter rayos, en

verdad que en poco tiempo se quedaria solo, y que no tendria quien le ofreciese sacrificios. Christo Señor nuestro, verdadero exemplo de mansedumbre, dice: que deprendamos de él; y para obligarnos, se pone por exemplar, diciendo: *Discite à me, quia mitis sum, & humilis corde.* Mirad que soy manso, y que no soy altivo de corazon, ni soberbio, pues mi deseo es hacer bien, y perdonar injurias. S. Estevan ruega por sus enemigos. S. Pablo dice de Dios, que es misericordioso, y que se compadece de los hombres, y ellos solos no saben tener misericordia ni compadecerse de los que ven en trabajos y miserias.

Cura. Hermano, eso es ser bueno infinitamente; pues siendo infinito en bondad, infinitamente ha de amar á sus criaturas, infinitamente procurarlas su bien, su salud y remedio. El amor de los mortales es abreviado, mudable, quebradizo, que á un disgusto se acaba, con una palabra descompuesta se pierde, y con una pequeña falta hace fin y término.

Alonso. Así es verdad, y verificóse

en mí; pues tanto tiempo estuvo guardada aquella pesadumbre y colera, bien semejante al caso que sucedió en una ciudad de este Reyno, pocos meses ha; mas otro dia lo dirémos.

Cura. Cuéntelo ahora, que temprano es, y de buena gana le escucharé quanto me dixere.

Alonso. Habia en cierto pueblo dos mancebos, tan amigos y conformes en las voluntades, como viciosos y distraidos en sus costumbres y mal modo de vivir; nada escrupulosos, exercitándose siempre en quitar á descuidados caminantes, no solo la hacienda, sino tambien la vida. Entre los muchos robos que cometiéron, acertáron un dia á quitar á un pasagero una joya tan curiosa, como de subido valor y precio; de modo, que si se partia entre los dos, era quitarla todo su ser; y llevarsela el uno, era perder el otro demasiado: y asi, cada qual de los salteadores la codiciaba, y tenia puesta en ella su aficion, no queriendo de ningun modo quedar sin la presa: el mayor, que presumia mas de valiente, habiéndole rogado pri-

mero al compañero, que se la dexase echando de ver, que no aprovechaban con él buenas palabras, pretendió llevarlo apunta de lanza, y con demasiados fieros, y algunas pesadas razones, se hizo dueño de su codicia: el otro cómplice, menor en edad, en cuerpo y fuerzas, mal de su grado, hubo de tener paciencia, pero disimuló su enojo, aguardando ocasion en que pudiese vengarse; y como si cosa alguna no hubiera pasado, hablaba y trataba con su mortal enemigo; verificándose en él lo que dice el real Profeta en el Psalm. 136, *Qui loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum.* Publican paz y amor cón sus hermanos, y estan abrasándose el corazon con infernal aborrecimiento contra ellos. Un dia, pues, que como otros muchos, acertaron á ir los dos á solas por unas alturas de un monte, tan estrecho por lo alto de él, que ir juntos no era posible; y á los lados de la altura se iban desgajando innumerables pedazos de las peñas, que bien miradas, aunque encumbradas y sobervias, parecian llegar á las mas levan-

tadas nubes, se sustentaban y tenian como en el aire, hasta venir á dar en una profunda y admirable llanura : aquí, pues, llegando á lo mas levantado del monte, el agráviado y atrevido mozo, se asió fuertemente con su descuidado compañero, y abrazándose con él, no con abrazo de paz, sino de mortal odio que con él tenia, forcejó de suerte, que le hizo venir, á mal de su agrado, rodando por todas aquellas peñas. El otro, viendo el gran peligro que le amenazaba á la caida, no desamparó á su enemigo, ántes le tuvo fuertemente asido ; de modo, que se le llevó tras sí al caer, rodando los dos juntos, tan abrazados, y dando tan rigorosos golpes por aquellos riscos, que quando llegáron á lo llano, al uno le faltaba poco para espirar ; y el otro no estaba muy fuera de acabar su vida ; pero volviendo en sí, al cabo de largo tiempo, y hallando á su contrario á su lado, que aun no habia muerto, animándose lo mejor que pudo : cogió una piedra, y con algunos golpes que le dió con ella en la cabeza, le acabó de matar, quedando

muy satisfecho y contento de haber salido con su pretension.

Cura. ¿Y en qué paró ese mal hombre?

Alonso. En lo que suelen parar todos los vengativos y desalmados, porque acertando á pasar por aquella llanura unos arrieros, hallando al un hombre muerto, y al otro tan cercano á la muerte, los lleváron á la ciudad; y dando noticia á la Justicia del caso, fue convencido el malhechor, y sin tormento confesó su delito, pagando su pecado en una horca. Y preguntándole el Juez: Venid acá, ¿no echavades de ver, que si él os asía, y caiades abrazado juntamente con vuestro enemigo, era forzoso haber de morir hecho pedazos, y parar en el infierno, como él está, si Dios por su misericordia no le dió arrepentimiento de sus pecados? No ignoraba yo, respondió el sentenciado mancebo, el peligro á que me ponia; pero señor Alcalde, á trueco de vengarme, y quitar la vida al enemigo que tanto aborrecia, no digo yo una muerte, sino diez infiernos sufriera de muy buena gana, y eran poco para mí.

Cura. ¡Loca determinacion! bien parece que ese mozo no tenia entendimiento, que á tenerle, estimára el vivir, y temblára de las penas de los condenados.

Alonso. Mas volviendo á nuestro propósito: salió del capítulo, cometido mi negocio al Padre Vicario, y al Padre de Novicios; de modo, que lo que sus Paternidades hiciesen, quedase por hecho y confirmado por todo el Convento, como última voluntad y determinacion. Viendo, pues, yo á mis dos Jueces, puesto de rodillas, mis manos juntas, les pedí misericordia y absolucion de mis pasados yerros, protextando de allí adelante haber de ser un nuevo hombre, quitado de pesadumbre, sujeto á la voluntad de todos aquellos Padres, sin hacer excepcion de ninguno de ellos, diligente en el servicio de todo el Convento, sin haber de tener jamas propio parecer ni querer á quanto me dixesen.

Cura. ¿Y qué le respondiéron á tan buenas razones?

Alonso. Señor Licenciado, quando una persona grande se determina á poner

en execucion algun intento que tiene, solo Dios será posible apartarle de él, y estorbárselo. No pudiera Demóstenes hablar con mas eloqüencia, ni un pobre llagado pedir limosna con mas ruego y lamentaciones, ni un niño con su madre ser mas importuno y prolixo que yo estuve en aquella ocasion; mas parecióme, que me aconteció á mí, lo que á un Cura, Rector en el Reyno de Valencia, ántes que el Rey, nuestro Señor, D. Felipe III., de gloriosa memoria, desterrase los Moriscos de España; y fué: que como el buen Clérigo viese en aquellos infieles el poco respeto que tenian á las cosas sagradas, sus insufribles supersticiones, la inclinacion notable á sus antiguos ritos y mahometanas ceremonias, que aun el vestido y trage de Moros, no le dexaban; considerando, que su salúdable doctrina y santos consejos era para ellos de poco ó ningun fruto, zeloso de su bien, y afligido de su perdicion, les dixo: Paréceme hermanos, que quanto ós predico, por un oido os entra, y por otro os sale. Hallóse á esta reprehension un moro

viejo, que debia de ser el de la barba bellida; y mirando con algun sobrecejo al Cura, en nombre de todos sus compañeros le respondió: ántes, genior, ni entra, ni sale Todo era cansarme, no aprovechaba con mis padres quanto les decia; y así procuré de usar de otro medio; y con las mejores palabras que pude, les dixe: Bien veo, que el Convento habrá, como es razon, mirado mi negocio, y hecho en él lo que se debe hacer en christiandad, religion y virtud, y que por mis defectos, que son grandes, yo lo confieso, me echan de esta santa compañía; pero suplico á vuestras Paternidades adviertan, que yo no soy mio, y que no puedo estar libre de la promesa que tengo hecha, de servir toda la vida á este santo Convento; de suerte, que mirando este inconveniente, y que es de generosos ánimos perdonar injurias, y señal manifiesta de nobles pechos no reparar en niñerías, ni en cosas tan fáciles como las que yo he hecho, puestas y consideradas en el sugeto mio, que las cometió, vaya esta causa por cosa juzgada; y para adelante

yo ofrezco la enmienda. Hermano Alonso, no se le pongan semejantes escrúpulos delante de sus ojos; el haberse de ir es cierto, me respondió el Vicario; y para satisfaccion suya, pues dice que es del Convento, el Convento no le quiere; estos Padres le dan por libre, y le absuelven del derecho, que contra él podian tener; renuncian el bien que por su causa les podria venir, y gustan que se vaya de su casa, teniendo por mejor estar solos, que tenerle en su compañia: con esto, hermano, queda libre, sin obligacion ninguna, absuelto de su voto.

Cura. Doctrina es esa segura y llana, que el que es dueño de una posesion, puede hacer de ella conforme á su voluntad y gusto.

Alonso. Sucedióme á mi lo que aconteció en un Monasterio de los Padres del Seráfico Padre San Francisco, y fué: que el dia de su festividad, como es razon y costumbre, solemniza su fiesta la Orden, así espiritualmente, como corporal, haciendo mesa franca á los criados de su casa, amigos y personas con quien

tiene particular amistad y obligacion, siendo en tales dias su Refitorio comun para Religiosos y Seglares; pero porque entre los que se convidan suelen algunos entremeterse, y á rio revuelto, ganancia para sus personas, algo atrevidas, y de poco respeto: Póneseun Padre grave á la puerta, que va mirando los convidados, para quitar las ocasiones que suelen suceder en semejantes juntas, como sucedió, porque entrando algunos Señores Eclesiásticos de la Iglesia Catedral, Religiosos de otras Ordenes, entre la demas gente que á bulto entraba, se entrometió un gentil hombre, como otras veces lo habia usado, y ya por la costumbre, y su poco respeto le traian muy sobre ojo, notado de todos, y murmurado de los que solian asistir á la fiesta, ya que iba á entrar, el Padre que servia de centinela y guarda, le detuvo, diciéndole: téngase V. m, que no es de los convidados, ni ha de comer con nosotros. El buen hombre, algo corrido, mudado el rostro de su natural color, respondió: suplico á V. P. me dexe entrar, porque soy muy devoto

de nuestro Padre San Francisco, y tengo prometido de tales dias como estos comer en su Refitorio con sus Frayles. No repare, señor de mi alma, en semejante promesa, replicó el Padre, porque yo tengo bula de su Santidad y de mi Guardian para la absolucion de ese voto; y así digo, que le absuelvo, y le doy por libre: y así se puede salir fuera, ó irse á comer á su casa, porque en nuestro Convento no ha de tener lugar de desayunarse, y cerrándole la puerta, le dexó solo (*a*).

Cura. Así me parece que lo puedo considerar despedido y sin remedio.

Alonso. A lo ménos, señor, ya que no le tenia, le rogué al Vicario, por el amor que en otros infelices tiempos me habia mostrado, me hiciese merced de decirme, qué culpas tan grandes eran las mias, que no pudiesen admitir enmienda, y tan sin esperanza se me ne-

(*a*) Se supone que es apocrifo este caso; pues un hijo del Seráfico San Francisco no podria faltar á la caridad, y mas en ocasion y dia tan clásico.

gase el perdon de ellas? Y algo tierno me respondió de esta suerte: hermano Alonso, no entienda que se le despide de nuestra casa por negocio ligero y de poco caudal, y que moverse unánimes y conformes todos los Religiosos, no ha sido sin mucha consideracion. Todos los Padres estan enfadados de su mal modo de proceder. Tienenle por hablador, y que se mete en negocios del gobierno del Convento, cosa que no es permitida á un Lego, quanto mas á un Donado. El Prior quiere regir sus Frayles, sin que tenga quien sentencie sus causas: si lo hizo bien, ó lo hizo mal, el hermano gobiérnese á sí, que no hará poco, y no se meta en gobiernos, que ni le pertenecen, ni los puede juzgar. En el tiempo que con nosotros ha morado, no ha habido Prior, Vicario, Predicador, Sacristan ni Portero, que no hayan pasado por su arancel, negocio insufrible, y mas de un mozo, á quien de derecho se le debe poco respeto. Y si con buena intencion y buen pecho, que en verdad que así lo tengo yo entendido, lo ha hecho ó dicho; intenciones ó

voluntades, júzguelas el Señor, y no los hombres; y así, para evitar pesadumbres, quédese con Dios, y para su camino tome esos cincuenta reales, que yo quisiera darle mucho mas, y en paz se quede. Y diciéndome esto, me sacó de la Portería; y cerrando la puerta, me dexó en la calle. Ya verá V. m. lo que podia sentir, solo, en tierra agena, y sin la compañía de aquellos santos Religiosos. Culpaba mi poca suerte, ó por mejor decir, mi poca discrecion, poco saber, y demasiado hablar; pues para vivir con quietud yo, que tenia necesidad del favor y socorro ageno, me habia de hacer puente, sufrir con paciencia, llevar las condiciones de quien era mas poderoso, y tenia mas fuerzas que yo: considerar el estado mio, y no alzarme á mayores, que el querer subir á una torre sin escalera, locura es muy grande, pues es tan cierta la caida. Acordábame de un Estudiante de Alcalá, que saliendo una noche por la Ciudad, encontró una tropa de Estudiantes, tan bien armados, y apercibidos de broqueles, espadas y alabardas, como si

fueran á conquistar alguna fortaleza; y llegándose á él le dixéron, ¿quien vive? El pobre mozo, mas humilde que arrogante, respondió: quien Vs. ms. quisieren: pues diga, dixo el uno de ellos: viva el Doctor Arroyo: viva en hora buena ese señor Doctor, y no se muera en toda su vida: dando grandes voces dixo el Estudiante. Y pasando á otra calle, le salió al encuentro otra compañía de Retulantes, no ménos apercibidos, y cargados de armas que los pasados; y en viéndole, le preguntáron: ¿quién vive? Mas él no queria pleytos con ninguno de ellos, sino morir como fiel christiano, muy despacio, con todos los Sacramentos de nuestra Santa Madre Iglesia, respondió: Viva mil años, mas que el viejo Matusalén, el que Vs. ms. gustaren; y muera el que se hubiere de morir: palabras bastantes, para que sin pesadumbre alguna le dexasen ir su camino. Señor Licenciado, cada uno sea gobernador de su familia, que el juzgar vidas agenas, procurando saber como vive el vecino. Eso, señor, en lo espiritual hágalo el Obispo, y en

lo temporal del Corregidor, que á ellos pertenece, como á centinelas de la República christiana, y no á mí, hablador de ventaja, cuidadoso del bien ageno, y olvidado del principal fruto y provecho mio.

CAPÍTULO II.

Prosigue la misma materia, y da Alonso en manos de unos Gitanos.

CURA.

De esa suerte no tiene de qué quexarse de su Vicario, pues ofendido y con razon, así él como los demas Religiosos, justamente tomáron la venganza de la libertad con que los hablaba.

Alonso. Ya yo lo veo, que ni yo hacia lo que debia, ni las cosas andan ahora como debian de andar. Priva la lisonja; está en su punto la mentira, no hay fe que se guarde, y la verdad, ya que no puede faltar, por mucho que se adelgaze, de puro flaca está en los huesos;

pero quéxome de mi Padre Vicario, de que viéndome en el tiempo de mi noviciado (si es que así lo puedo llamar) y despues de él, algo libre, ¿por qué no me reprehendia, y yendome á la mano, estorvaba mi libertad? Criéme libre, hablador, sin guardar respeto en el decir, sin hacer distincion de personas, ¿qué podia sacar sino ser aborrecido de todos, señalado con el dedo, y echarme de la compañia y junta de tantos buenos? oh como dixo bien aquel Poeta en su romance.

Si la vara nace
Aviesa y torcida,
Poco la aprovechan
Ramas que la arriman.

Quando veo, señor, que en los Conventos, para doctrinar los Novicios, é imponerlos en las cosas tocantes á su Religion, escogen los Prelados para maestros las personas de mas virtud, mas recogimiento, prudentes y cuerdos: alabo su buen proceder, y bendigo su buena determinacion. La primera leche que se da á los Novicios. el primer alimento de naturaleza, es eficiente causa de sus

buenas ó malas costumbres. El ama de Neron, para que saliese riguroso y cruel, se untaba los pechos con sangre cada vez que le queria dar de mamar, ó allegarle á sí, aunque no le hubiese de dar leche; y como salió, lo dirán los victoriosos Mártires, gloria de la Iglesia, y corona de nuestra sagrada Religion. Y Oracio en su arte poetica, dando testimonio de esta verdad, dixo: *Quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu.*

En el vaso nuevo, si echares algun licor oloroso y suave, aunque se gaste y consuma, siempre permanece; aprendan y escarmienten en mí aquellos á quien toca criar, imponer, enseñar y doctrinar la libre juventud de los mozuelos, potros sin freno, gente sin razon, cuyo deseo es vivir sin rienda, amigos de su libertad y apetitos: los que para pasar tiempo, no reparando en el daño que hacen, tomando los naypes con sus hijuelos, procuran entretenerse un rato, sacando de aquel juego fuego para su hacienda, destruicion de su casa, y muchas veces pérdida de su salud y vida, sirviéndoles de maestros de maldad, los

que habian de ser exemplo para la virtud, dechado de recogimiento, y verdaderos padres Christianos de sus hijos (*a*). Un virtuoso Poeta contando las miserias de nuestros infelices tiempos, dexó escrito en unas Quintillas.

Quedó el hombre tan mal sano,
Y de tan mal proceder,
Tan pesado de liviano,
Que no se puede tener,
Si Dios no le da la mano.
En nada sabe acertar,
Siempre le veréis errar,
Inclinado de manera,
Que si el pecar, virtud fuera,
No pecara por pecar.

Sapientem pone in via, dice el Espíritu Santo á la persona de entendimiento y razon: ponle en el camino, que él se irá por allí, si tú se lo mostrares como debes; pero no guardas ese consejo, pues en lugar de guiarle bien, y doctrinarle,

(*a*) Aquí viene de perlas (y téngase presente) si el Guardian juega á los naypes, &c.

le llevas por vereda, que por lo ménos ha de ser su paradero y fin, desasosiegos, pesadumbres, pendencias, pérdida de su hacienda, ó por mejor decir, de la tuya: pues en Alcalá ó Salamanca, con los malos principios que le criaste, y con amigos que allá se le juntan, no habiendo quien le vaya á la mano, en pocos dias pone en cobro lo que era bastante para pasar todo el curso, y tú tienes la culpa de todo, que le enseñaste lo que él no sabia: y por ventura, no lo aprendiera. Habia de sacrificar el Patriarca Abrahan al mancebo Isaac, hijo suyo, único heredero de su casa; y con ser tan obediente al mandamiento de Dios y de su padre, que el mismo mozuelo subió el monte arriba, llevando la leña con que habia de ser quemado; no quiere fiarse el viejo y prudente padre, sino que le ata de pies y manos, para que con el miedo del riguroso alfange, no ponga algun estorbo en la execucion del sacrificio. Y tú que ya tienes larga experiencia de los hijos de tus vecinos, y de las malas costumbres del tuyo, tanto te quieres fiar de él que no reparas en el

veneno que le das á beber, y en las letras de perdicion que le estás enseñando. Nunca ha oido V. m. señor Cura, decir lo de Urson, Rey de Francia, que por haberle criado una osa, fue Príncipe valeroso, de increibles fuerzas: y de otro muchacho, porque le crió una cabra, ser tan ligero y corredor, que hacia ventaja al mas veloz caballo.

Curá. Tambien yo me acuerdo de haber leido una mala costumbre de un mozuelo, á quien crió una lechona, que no tenia sosiego, ni cavia en sí, si cada dia no se desnudaba, y se metia en algun cenagal; costumbre que tomó de quien le dió la leche; cosa que causaba grande admiracion á quantos lo vian.

Alonso. Bien se conoce esta verdad en los católicos Príncipes nuestros, que Dios guarde, pues entre las condiciones que ha de tener el ama que los ha de criar, ha de ser, que no beba vino, ni lo haya bebido en ningun tiempo; pero volviendo, señor, á mi propósito, la quexa que yo puedo tener de mi Padre Vicario, es, no haberle hallado siempre constante en hacerme merced, cansán-

dose, y enfadándose tan presto en favorecerme, pudiendo, como podía, no solo con el Prior, sino con todos sus amigos, haberlo hecho de suerte, que me donasen, y con una ligera penitencia me quedase en el Monasterio; pero al fin, esto fué el desengaño que conviene tener cada uno de la poca confianza que se ha de tener de los hombres en quien mas ligera que la veleta se muda la voluntad, y quanto mas constante se imaginó, entónces con mayor facilidad se quiebra, y falta.

Cura. Eso, hermano, díxolo el Profeta Rey, enseñando en quien se ha de confiar, y desengañando á cada uno á donde habia de poner su confianza, quando dixo: *Maledictus homo, qui confidit in homine*; Sea maldito el hombre que pone en el hombre su confianza, y en otra parte: *Nolite confidere in principibus, in quibus non est salus*: No querais, dice, poner vuestras esperanzas en los poderosos del mundo, porque en ellos no está la salud.

Alonso. Así es la verdad, porque si empezó á favorecerme, faltóme al mejor

tiempo, sucediéndome á mí lo que le sucedió á un lego de la Orden del bienaventurado Santo Domingo, con otro su amigo Frayle del Seráfico Padre San Francisco, en esta manera: Caminaban un dia dos Religiosos, que servian en sus Conventos de limosneros, allegando por los lugares la limosna y caridad que los hacian, para el sustento de los Religiosos que estaban en la Ciudad, donde tenian su Convento: y como estos dos grandes Patriarcas, Santo Domingo y San Francisco, tuviéron tanta amistad miéntras viviéron, dura con sus hijos hasta el dia de hoy esta aficion y amor, como verdaderos hermanos; y los dos legos, como tales, caminaban juntos, favoreciéndo el uno al otro en lo que se les podia ofrecer: Sucedió, que en el camino llegasen á un paso bien trabajoso de un rio, que aunque no muy hondo, por ser verano, y traer no demasiada agua, con todo eso por no haber puente, y ser muy anchuroso, habia de ser fuerza el pasarle con gran dificultad y trabajo. Viendo el rio el lego Dominico, dixo á su compañero: el pasar, hermano,

mio, es forzoso, no tenemos puente, el vado es fácil y sin peligro: tú conforme á tu regla estás descalzo: lo que se puede hcer aquí es, que alces un poco el hábito, y me lleves á cuestas; que pues eres mozo, y de buena fuerza, podrás bien acerlo: y de esta suerte pasarémos con facilidad de la otra parte. Bien me parece, respondió el Religioso Francisco; y poniendo aldas en cinta, tomó en sus espaldas á su compañero, y comenzó á vadear el rio, lo mejor que pudo. El Frayle era grueso y pesado: el vado no muy bueno por las muchas piedras que tenia, y á cada paso, con la mucha carga, iba tropezando; de modo que á la mitad del camino se halló rendido; y no pudiendo ya dar paso adelante, el fingido Eneas alzó la cabeza, y preguntó á su compañero: hermano, ¿por ventura trae consigo algun dinero? Si traygo, aunque poco, respondió el Dominico, porque si bien me acuerdo, hasta seis reales me debiéron de quedar hoy en la faltriquera. ¡Pobre de mí! no me avisara, con tiempo, replicó el Francisco, y no que me ha hecho

ir contra mi regla, y que haya cometido un pecado contra mi religion. ¿No sabe que los hijos de mi gran Padre no podemos llevar dineros? Quédese con Dios, y otra vez no tenga conmigo semejante término, que á no ser tanta nuestra amistad, no sé que me hiciera: y diciendo y haciendo, dió con la carga en la mitad del rio, dexando al pobre Lego, que se excusaba de descalzarse para pasar el rio, mojado desde los pies á la cabeza.

Cura. No es malo el cuentecillo. En efecto, hermano, él quedó fuera del Convento, desamparado de sus amigos, sin esperanza de volver á él, y con el dinero que le diéron para ayuda de su viage.

Alonso. Si señor; y animándome, saqué fuerzas de flaqueza, y metíme en un monte cerca de la Ciudad, adonde empezáron de nuevo mis desventuras y desdichas. Poco mas de una legua habia caminado por aquella espesura, quando no muy léjos de adonde estaba, ví que salia gran cantidad de humo, y coligiendo, como buen Filosofo, que sin falta allí habia lumbre, y si lumbre, que al-

gunos estarian haciéndola, porque ya era cerca de anochecer, y corria un ayre demasiado frio, procuré de enderezar mi jornada ácia aquella parte, no siendo menester caminar mucho, porque inopinadamente sentí que me abrazaban por las espaldas; volví la cabeza y hallémeasido de dos hombres, no tan hermosos como Flamencos ó Ingleses, sino amulatados, mal vestidos, y de malos rostros: dílos el bienvenidos, sabe Dios con que ansia de mi corazon, preguntándoles que me mandaban en su servicio; y ellos á lo Gitano; ceceando un poco, me dixéron, que me fuese con ellos á su Aduar, porque allí estaba el Señor Conde(a). En buenas manos he caido, dixe entre mí, no dexarémos de medrar: buena noche se me apareja; pero al fin, haciendo la fuerza virtud, les respondí: vamos, señores, donde Vs. ms. gustaren: y guiando por la espesura del monte. llevándome en medio, para no perderme de ojo,

(a) Título con que en lo antiguo esta clase de gentes se distinguia al que les caudillaba ó hacia cabeza.

me preguntáron; donde estaba el jumento en que venia, ó adonde le habia dexado. Conmigo viene siempre, le respondí, que como tan devoto del Padre San Francisco, soy mal ginete de acaballo, y por ahorrarme de costa, véngome á pie. Con estas y otras pláticas llegamos al Aduar de los hermanos, que con los silvos que mis guardas habian dado antes de llegar buen rato, para señal de la caza que llevaban, nos estaban aguardando; y mas de un tiro de piedra nos saliéron á recibir dos Gitanillas y tres muchachos, con gran regocijo: preguntáronnos, si venian otros pasageros con nosotros: solo viene, que á tardarse mas en llegar á nuestro puesto, sin traer nada nos volviamos respondiéron mis centinelas: y yo deseoso ya de ver en qué paraba mi desdicha, me vine á hallar entre mas de quarenta, entre hombres y mugeres, sin los muchachos que entre ellos andaban desnudos en carnes, de razonable edad. Presentáronme ante el señor Conde, persona á quien todos ellos respetaban, y tenian por su Juez, y Gobernador de aquella desconcertada

república; y recibiéndome con algun agasajo, me hizo desnudar hasta la camisa, dexándome como quando salí del vientre de mi madre. Repartióse mi ropa entre los muchachos desnudos, y los pocos dineros entre todos. Estúveme yo mirando mis desdichas, mudo, sin replicar en cosa, obediente á quanto me mandaba; y decia entre mí ¡Oh si siempre hubiera sido tan callado, quanto me valiera! por lo ménos, ya que no tuviera amo, no me echaran del Convento aquellos santos Religiosos: pero ya es hecho, venga lo que viniere, que con la muerte todo se acaba: no faltó de la junta, quien pretendia que se me diese, alegando ser razon de estado, quitarme la vida, porque no los descubriese, y á no haber otros mejor intencionados, que movidos de lástima de verme afligido, y tan congojado, que rogáron por mí, tuviera efecto su mal deseo, que en todas las juntas hay buenos y malos pareceres. Ya verá V. m. como podia yo estar, hecho un segundo Adan, y sin tener una hoja de higuera con que cubrirme: repartidas mis pobres alhajas entre aque-

llos sayones, que aun el calzado que tenia, me le pidió Catalina para su muchacho Juanillo; y yo por imitar de todo punto al pacífico Job, me descalcé, y se los dí, acordándome de un pobre pasagero, que caminando por cataluña, cayó en manos de unos Vandoleros, desnudáronle, y habiendole mirado lo que llevaba le halláron sesenta reales: y preguntándole adonde habia de ir, respondió, que á cumplir una promesa á la Virgen de Monserrate. Cerca está vuestra jornada, dixo el que habia tomado el dinero: de aquí al Convento hay doce leguas: tomad esos siete reales, que esos señores os hacen de merced, y caminad con la paz de Dios. El buen hombre desesperado de ver el mal trato de aquella mala gente, y quan contra conciencia le quitaban su remedio, con mucha cólera, le dixo: ¿hay maldad como esta? yo pediré al cielo justicia, y el dia del juicio os lo mandaré mal y caramente. El ladron que oyó sus amenazas, riéndose de él, le detuvo, diciendo: si hasta el dia del juicio me lo fias, déxalo acá todo, y camina sin blanca; y no le dexó un solo

maravedí para su camino: así yo, hacer brabatas, maldecir mi suerte, ni á mis contrarios, pareciame disparate: bien, como lo que suele suceder en algunas casas, hurtan una sábana, toalla ó camisa; y el dueño á quien se hurtó, toda su cólera y pesadumbre, le parece que se le alivia, maldicendo de quinta carta á quien se la llevó; pide á Dios que le sirva de mortaja, que para las puñaladas, y heridas que le han de dar, le sirvan de hilas y paños, y sirve todo esto, no mas de aumentar pecados y ofensas del Señor, al cabo sin provecho alguno. A un caballero andaluz, habíasele huido un esclavo que tenia, y llevádosele á Argel algunas joyas de oro ó plata, en tiempo que los Padres de la Santísima Trinidad venian de hacer su rescate, á quien pidió muy encarecidamente traxesen á España una carta á tal Ciudad, y tal barrio, porque importaba se diese á cierto caballero, á quien venia el sobreescrito. Los Padres lo hiciéron como lo prometiéron; dando su encomienda, abrió el dueño el pliego, y halló un capítulo que decia. »Hallábame con poca salud en esa

»Ciudad, y con ménos gusto; y así »procuré de volverme á mi tierra, con »algunas joyuelas de que tuve necesi»dad. V. m. me perdone; y si para algo »fuere de algun provecho, no tiene si»no emplearme en su servicio: á aquien »nuestro Señor &c. de Argel, y de Ju»nio á tantos. Alimahomet." Leida la carta del fugitivo esclavo, paseando el caballero con mucho enojo, con descompasados pasos, á voces, que le podian oir en la calle, le comenzó á decir. A perro, si te cojo, y qual te tengo de parar, que no te conozca la galga perra que te parió. Y el bueno del amo estaba en Castilla, y el galgazo en Berbería.

Cura. En verdad que estaban cerca los dos, para tomar la venganza que pretendia.

Alonso. Señor Licenciado, si por maldecir, y por simples obsecraciones se hubiesen de remediar las cosas, y me volviesen lo hurtado, ó en algun tiempo lo esperase; verdaderamente si puede haber disculpa, disculpa habria: pero que le deshagan, que le amortajen, ó que lobos le coman, que saco yo de aquello:

á lo ménos, quando me acierto á hallar en semejantes ocasiones, quando oigo decir: la maldicion de Dios te cayga; arrastrado te veas; no tengas ventura en cosa que pusieres mano, como buen monaguillo, respondo: Con tu pan te lo comas; si tuvieres que cenar, cenes; y si despertares, te levantes: y volviéndome á los maldicientes, les digo: Cada uno mire por sí, y abra el ojo, que estamos en tiempo, que á vuelta de cabeza, no hay cosa segura. El puerto de arrebatacapas, es nuestra tierra, y de restituir ó volver lo ageno, se usa ya muy poco: cartas de descomunion para gente depravada, son de poco provecho, siendo como el rayo, que hace ceniza la espada, dexando la bayna sin lesion alguna. Yo pues sin maldecir ni poner excusa, dí toda mi ropa hasta quedar en carnes; solo por la honestidad guardé una mantilleja, que me solia servir á mis achaques, de estómago; y entónces la apliqué como paños menores, y aun estos no me quisiéron perdonar, porque llegándose á mí otra Gitanilla, me dixo; muestra, muestra, que con ese paño

abrigarémos la tripa de Antoñito, que anda muerto de frio, no es de provecho, la respondí: porque aunque es paño, está muy viejo, roto y muy raido, sin ningun pelo; como quiera que sea aprovechará, replicó la mala vieja, y sin querer aguardar mas respuesta ni excusa, me la quitó, deseando en aquel punto yo volverme algun salvage, para que con el bello cubriese mi desnudez y deshonestidad; pero sin duda alguna, aquella desalmada muger habia leido aquel cánon de Avicena, que dice: *Etiam in vilibus summa virtus inest.* Tambien en las cosas de poca estima y precio hay grande virtud. El mal de su hijuelo queria que se curase á mi costa, no reparando en el daño que á mí se me podria seguir.

Cura. Mal agero, del pelo cuelga, suele decirse: cada uno mira por su interes, y venga lo que viniere por su vecino.

Alonso. Conforme á eso, señor Cura, me acuerdo haber sucedido un caso en un lugar de este Reyno, y fué: que entró á comer en una casa de posadas un

pobre caminante, y habiéndole regalado de lo que habia, y el pidió, hecha la cuenta, y pagado al huesped, á vuelta de cabeza le cogió los manteles; y como si no hubiera hecho el hurto, llevándolos revueltos al cuerpo, y bien cubierto con su capa, se salió de la posada. El dueño, que no era nada simple (a), requiriendo la mesa, echó de ver la falta; siguió al ladron, y á pocos pasos dió con él. Quitóle la capa, dexando de manifiesto lo que buscaba; tratóle mal de palabra, y aun de obra, dexando en reheñes algunas puñadas y cozes; reprehendiendo su descortesía y atrevimiento. Mas á todos estos trabajos, con mucha humildad, el afligido mozo, respondia, diciendo: No se maraville V.m. de este negocio, ni dé tantas voces por esta niñería, porque yo soy muy enfermo del estómago, y me han ordenado los Médicos que me ponga á raiz del pecho una servilleta ó manteles nuevos: halléme los de V. m. á mano, y pareciéndo-

(a) No es regular en tal gente el serlo.

me bien acomodados á mi propósito y necesidad, me los puse en el estómago, con que voy sintiendo un poco de mejoria. Pues bellaco picaro, habialo yo de pagar, ó mis manteles tenian la culpa de vuestro dolor, vengan acá, y agradeced que no os hago dar doscientos azotes. Yo los doy por recibidos, señor honrado, respondió el pobre hombre: entregó su hurto, y dió gracias á Dios de verse libre. Pero á mí no me iban sucediendo las cosas con tanta felicidad; ántes imagino, que si me pudieran quitar las orejas, para coserlas á Periquito ó Andresito, si les faltaban, ó para quando se las cortasen, que no estaban muy seguras en mi cabeza: Al fin, sin andar en pujas, me hallé sin mis alhajas en cueros. La noche iba viniendo, levantábase un ayrecillo fresco, con alguna niebla, que moderadamente humedecia la tierra, juntamente con mis pobres carnes, sujetas á tantas desventuras. Acordábame de mi pobre Celdilla y abundante Refectorio, y que por lo ménos á aquella hora ya habrian tañido á recogerse los Frayles á dormir, pues habian de levan-

tarse á Maytines, y el estado en que entónces me hallaba, era el descanso y sosiego, para mí la muerte, remate y fin de todos los trabajos; esto consideraba, quando oí al Conde de mis contrarios, que daba grandes voces con Isabel, para que aderezase de cenar: y mientras se adereza, se podrá quedar aquí, si V. m. es servido; pues ya es hora de recogerse, y á mí tambien me faltan algunas devociones que suelo rezar ántes que me acueste.

Cura. Sea, hermano, como mandare: y para mañana en este puesto le aguardo, que aunque la casa es grande, como en efecto Monasterio ó habitacion de caballeros, y cada uno estamos en nuestro quarto tan apartado; ruégole que mañana tome trabajo de venirse á mi aposento, pues sabe será suficiente ocasion para gastarme mis melancolías, y divertirme de mis pesadumbres.

Alonso. Digo, que haré quanto V. m. me mandare, sin faltar un punto; y tenga memoria adonde quedamos con nuestra desgracia.

CAPITULO III.

Cuenta Alonso los trabajos que pasó con los Gitanos, su trato y modo de vivir.

CURA.

Quedamos, hermano, quando queria cenar el Conde de los Gitanos, y daba mucha priesa que se aderezase.

Alonso. Así es verdad, que en ese punto lo dexamos anoche. Y así, á las voces que dió el Legislador de aquella república, salió Isabel con media Cabra, que segun entendí despues, la otra media se habia comido por la mañana, hurtada, segun su costumbre, del hato de unos Pastores, que cerca de allí estaban; y no reparando en si era mortecina, ó estaba manida, la puso en un asador de palo; y los unos y los otros ayudando á traer leña, que la habia en abundancia, hiciéron maravillosa lumbre: alivio para mi desnudez, y remedio para mi frio. Asóse la Cabra con brevedad, y sin buscar apetitosas salsas,

en unos platos de madera, fuéron partiendo la carne los que servian de trinchantes; todos al rededor de una sábana, que sirvió en el suelo de manteles: la noche era obscura, mas no faltaba luz, por ser la lumbre del fuego bastante para alumbrar tres veces mas gente que allí habia. Viendo que cenaban, apartéme á un lado por no ser convidado de por fuerza, quando unas de las Gitanas, tomando del plato una dos costillas, me llamó diciendo: que tomase aquel poco de carne y pan, siquiera porque no pudiese decir, mal provecho os haga. Agradecí el presente, que para decir verdad, como habia entrado en calor de la vecindad de la lumbre, ya se iba picando mi molinillo, y dándome fatiga la hambre, eché el diente á mis costillas, y con tener buena dentadura, no puede hacer mella, ni aun las pudiera quebrantar el mejor Lebrel de Irlanda, segun estaban de duras; y mis compañeros, no reparando en galas, comian de su Cabra ó Cabron, como si fuera de una bien manida y gruesa Gallina; y de quando en quando em-

pinaban un cántaro de agua, porque vino no se usaba en aquella compañía, ni debia de llegar á tanto el gasto. Mirabamelos yo, y alababa al Señor, viendo, que lo que yo no podia comer, era tan sabroso y agradable para aquella pobre gente; y que no echaban ménos los regalados manjares de los Palacios de los Monarcas y Príncipes del mundo; demas, que con ser aquella una comida tan grosera, y á tal hora: y la bebida no vino, sino agua salobre, desabrida, bastante tal sustento para que el mas robusto animal rebentase. Así los viejos, como las mugeres y niños estaban fuertes, con unas colores de rostro y vigor, con todas sus acciones, como si verdaderamente estuvieran de ordinario mirando por su salud, con particular vigilancia y cuidado, ó tuvieran delante de sus ojos para cada comida el *devictus ratione* ó el *régimen salernitano*, echaba de ver ser verdadero el dicho del Filosofo, que dice: que naturaleza con poco se contenta: *natura parvo contenta est*: y lo que decia Diógenes: que si él tuviera pan y agua continuamente, que compitiera

con los Dioses en felicidad y riquezas. Tardáron los hermanos Gitanos una larga hora en su cena; y la mia fué tan breve, que no fué vista ni oida, por no haber sido mas de pan; porque aunque me convidáron á beber, no me atreví á probarlo, mirando por el individuo, sabiendo, que el agua me habia de dar algun dolor de tripas con su demasiada frialdad, y no estar yo acostumbrado á beberla sin un poco de vino. Era ya mas de media noche quando los compañeros se comenzáron á recoger: de ellos, arrimados á unos pinos, y otros sobre un poquillo de hato que allí tenian: yo que me via cercado de tantas y tan varias imaginaciones, servia de vigilante centinela, acudiendo á la lumbre, y añadiéndola muy á menudo nueva materia, porque no se acabase, y sin su calor llegase yo á las puertas de la muerte. En este exercicio estuve ocupado mas de cinco horas, hasta que llegó la mañana, tan perezosa en dar su luz, como de mí estaba deseada. Comenzó el aurora á derramar su aljofar, como si allí estuviera su simplon amante, que hubiera

de tener compasion de su llanto entónces, yo, algo mas consolado, viendo, que ya se ausentaban las tinieblas, y que sobre el comun azul se iban matizando algunas colores, busqué con que cubrir mis remojadas carnes, deparándome Dios unos pellejos de carnero, que vueltos la lana para dentro, con unas soguillas, me fuy liando el cuerpo; de modo, que podia pasar entre los que no me conocian por uno de los mas recoletos Anacoretas, ó por un San Onofre. Ya rayaba el Sol los montes mas humildes, quando aquellos bárbaros fuéron despertando, porque del modo que si durmieran entre algodon, y cubiertos con finísimas mantas, no les pudiera durar mas el sueño; providencia divina, que con no dexar poco ó mucho de llover mas de once horas, y estar todos sin cosa que pudiese darles algun amparo y defensa contra la inclemencia del frio, como si estuvieran en camas de campo, así estuviéron con tanta quietud y sosiego: verdad es que la costumbre en ellos ha hecho naturaleza, y sacarlos de semejante trato de vivir, era quitarles la

vida. Viéndome hecho un retrato del Precursor Bautista descubiertos los brazos y piernas, se comenzáron á reir de mí quantos me miraban alabando mi industria; pues acomodándome con las cosas, daba muestra de la habilidad que tenia: mas de poco me pudo servir, porque una de las Gitanas, dando muchos gritos, y amenazándome con algunas afrentosas palabras me pidió, que al punto me quitase mi nuevo vestido, porque aquel era el hato en que ella solia dormir, sirviéndola aquellas pieles de mullidos colchones. Ví que tenia razon, por haberme hecho dueño de hacienda agena: despojéme al punto de aquel disfraz, quedando como antes en pelota. Dos dias estuve de aquella suerte, y muchos mas fueran, á no acertar á morir en aquella ocasion un Gitano, que por estar muy enfermo y demasiado viejo, vino á pagar su acostumbrada deùda, á que se condenó en el punto de su nacimiento, siendo el primero que dió principio á morir naturalmente.

Cura. ¿Qué es lo que dice, hermano, la muerte puédese evitar? ¿no es forzoso el morir á todo viviente?

Alonso. Si señor, obligados estan los hombres á esta forzosa deuda, despues del pecado de nuestro primer Padre: pero, señor, esta gente non sancta, muere en la horca lo mas ordinario, y quando de allí escapa, es su sepultura la mar, por haber tenido por su habitacion y morada las galeras: ver el entierro y funerales obsequias que sus mayores amigos hiciéron con aquel pobre difunto, le prometo á Vm. señor Licenciado, que eran de no pequeña consideracion: en parte, para lastimarse, y por otra de mucha risa, viendo tan locas ceremonias, y bárbaros ritos, tan guardados en semejantes ocasiones. Dos mozos hiciéron un gran hoyo ó sepultura, donde dexáron metido, aunque descubierto, el cuerpo del difunto, echando con él algunos panes y poca moneda, como si para el camino del otro mundo lo hubiera menester. Luego de dos en dos iban las Gitanas, tendidos sus cabellos, arañando su rostro, y la que mas ensangrentadas sacaba las uñas, á su parecer, cumplia mejor con su oficio; á la postre iban los hombres llamando á los San-

tos, y principalmente al divino Bautista, con quien ellos tienen particular devocion, pidiendole á gritos, como si fuera sordo, que socorriese al difunto, y le alcanzase perdon de sus culpas. Roncos ya de dar voces, iban á echarle tierra: pero yo les rogué se detuviesen un poco, mientras les decia dos palabras. Otorgóse mi peticion; y con la mayor humildad que pude, les dixe semejantes razones: Este vuestro compañero es ya ido á gozar de Dios, que de su buena vida y muerte, eso se puede esperar. Hase cumplido con vuestra obligacion, asi en encomendarle al Señor, como en darle sepultura á su cuerpo; el qual, que se entierre vestido ó desnudo, hace poco al caso, y á mí, con lo que se ha de comer la tierra, me podeis remediar; dándome licencia, ya que me quitasteis lo poco que traia, para que le desnude y ponga sus vestidos, que si lo haceis, remediais mi pobreza y desnudez, poniéndome en obligacion, para que siempre me acuerde de este bien logrado en todas mis oraciones. Parecióles bien á todos lo que les dixe, que no fue poco, entre tantos,

no haber quien lo contradixese. Mandáronme que le desnudase; y yo obediente, le quité al muerto el vestido que tenia, con que cubrí mis carnes, quedando en el traxe, aunque no en la condicion y costumbres, como qualquiera de mis Gitanos. El cuerpo volvile á la sepultura; y cubierto de tierra, le dexé hasta el dia del juicio, que salga á dar cuenta, como cada uno de nosotros.

Cura. Y él, hermano, quedóse con aquella compañía.

Alonso. Viéndome vestido, bien pudiera salir al primer lugar, buscando alguna comodidad en que entretenerme, para pasar mi vida; pero consideréme en cuerpo, como gentil hombre, y que no sabia si aquel vestido era hurtado, y por ventura, por ser de color me le conocieran, que si fuera negro, quitara el ser tan ocasionado, para dar conmigo en una cárcel: demas, que si me detenia algunos dias con ellos, pudiera ser grangear alguna capa con que cubrirme, ó quitándosela á alguno de aquellos bienaventurados á vuelta de cabeza, que pues ellos me habian robado, seria ganar in-

dulgencia; no porque yo fuese tan codicioso y avariento como aquel tirano de Syracusa, Dionisio; el qual, entrando en un Templo, vió á unos de los Dioses, que la loca gentilidad adoraba cubierto con una capa de brocado; y llamando á uno de los Sacerdotes, le dixo: Quitadle aquella capa á aquel Dios, y ponedsela de bayeta, que abriga en invierno, y es ligera para verano; y la que él tiene, llevadmela á mi Palacio. Ni tampoco imitaba al otro Francés, que codicioso de adquirir riquezas, ninguna dificultad ni trabajo se le ponia delante; pues hallándose un dia en un sermon del juicio, adonde un famoso Predicador decia á los oyentes el desgraciado fin á que ha de venir esta máquina y redondez de la tierra, las espantosas y tremendas señales que han de preceder ántes que se acabe la venida de aquel infernal dragon del Antechristo, azote de la Iglesia, pues derramará mas sangre de Católicos, que pudiéron verter todos quantos tyranos Emperadores ha habido desde que comenzáron á perseguir á los fieles, así ellos, como sus adelantados. Referia los

tesoros que habia de tener; el oro, plata, perlas y piedras preciosas, habiendo de ser Señor de las riquezas que tiene en sí, no solo la tierra, sino tambien el mar; y que todo lo daria á los que le siguiesen, dándole adoracion y teniéndole por verdadero Mesías. Acabóse el sermon, y en baxando del púlpito el Predicador, llegóse á él el Frances, y llamándole aparte, le preguntó, diciéndole: Padre, el que porta tanto argen, ¿quando venirá? Yo pues aguardaba mi ocasion, y tan en tanto rogué al Conde me entretuviese con aquellos sus compañeros algunos dias: dándome por el servicio que hiciese alguna cosa, conforme fuese su voluntad; pues no me faltaba entendimiento para ayudarles en el oficio en que me pusiesen; no le pareció mal lo que pedia, y llamando á un compañero suyo, hizo que me llevasen mas adentro del monte como un buen quarto de legua, adonde estaban trabajando algunos Gitanos, haciendo barrenas, trévedes, cuchares y tenazas: mi compañero dió el recado que traia, al que allí servia de maestro en aquella herrería; y luego me

entregó un mazo, de los que los herreros llaman mozo ó martillo grande de golpe, mandándome tuviese cuidado en el golpe, que no me encontrase con los otros que tambien servian en el ayunque de tirar el yerro; no fue menester conmigo segunda licion, porque á dos dias podia competir con los mejores oficiales del coxo Bulcano. En este trabajo me entretuve algun tiempo, hasta que se labraron cantidad de piezas, para poder llevar á vender por aquellos lugares.

Cura. ¿Y cómo iba de comer?

Alonso. Eso, Señor por maravilla faltaba, porque algunos de los compañeros acudian á los lugares á traer pan, queso, tozino, carne de macho, por el dinero, y muchas veces sin blanca, pues en descuidándose alguna gallina, ganso, ternera ó lechon, aunque pesase cinco ó seis arrobas, era todo de mostrenco, aplicándose para los que estaban en espera de alguna aventura; de modo, que algunas veces se comia muy regaladamente, y otras no tanto, por andar los labradores, nuestros vecinos, con mas cuidado y di-

ligencia de lo que habiamos menester; de suerte, que como si vieran algun lobo en medio de su ganado, ó algun rayo que caia en sus panes, estando ya para segar sazonado y seco, ó quando algun escuro y tenebroso nublado, despues de espantosos y terribles truenos, sobre alguna abundante y ya madura viña, quiere arrojar crecido granizo, no de otra suerte, los escarmenta mozos, unos á otros se llamaban, diciendo á grandes vóces: Guarda el Gitano: Cierra tu casa: recoge esos pollos, que viene el milano.

Cura. Aun si la prevencion servia de algo, no andaban descaminados.

Alonso. Del ladron de casa con dificultad se puede el hombre guardar, porque á vuelta de cabeza les hurtaban quanto querian: ya el lienzo, ya las sayas de sus mugeres, lino, ó por lo ménos alguna manta ó sábana de la cama: ¡Oh! quantas veces me llevaron consigo algunas de las Gitanas, que como al fin mugeres, tambien tienen temor, y por aquellas vecinas Aldeas entraban á pedir por las casas, significando su pobreza y necesidad, llamando á las mozas, para decirlas la bue-

na ventura, y á los mozos, la buena suerte que habian de tener, pidiendo primero el quarto ó el real, para poder hacer la señal de la cruz; y con estas palabras lisonjeras, sacaban lo que podian, ya que no en dinero, por ser de ordinario mala su cosecha, en tocino, socorro suficiente para sus hijuelos y maridos. Mirábamelas yo, y reíame de la simplicidad de aquellos bárbaros, y á veces enojado, no me pudiendo ir á la mano, con mucha cólera, reprehendia su poco saber; pues daban crédito á tantas livianidades y fingidas razones, quedando tan contentas y satisfechas las que esperaban casarse, con lo que les decia la Gitana, como si verdaderamente se lo dixera un Apóstol.

Cura. Diga, hermano, ya que anduvo con esas mugeres ¿por ventura saben algo? ¿alcanzan alguna ciencia? ¿ó sus pasados enseñáronlas algunas señales, para conocimiento de lo por venir?

Alonso. ¿Qué ventura puede dar la que siempre anda corrida, sin sosiego ni descanso alguno? La que no sabe de su suerte, ni las cárceles en que por la ma-

yor parte, y de ordinario vienen á parar? que a saberlo, guardáranse, y estorbáran innumerables áfrentas y trabajos, en que cada dia las vemos. Verdad es, que por la comunicacion que tuviéron los Egypcios con los Hebreos, estando cautivos en el poderío de aquel endurecido Rey, aprendiéron de ellos, y tomáron conocimiento para muchas ciencias, sirviendo para esto en el segundo cautiverio de los Israelitas, los libros que escribió aquel tan sábio, como discreto Rey Salomon; dexado aparte, que Egypto es tierra muy aparejada para la contemplacion de la Astrología, por no llover en ningun tiempo; pues para regarse los campos sembrados, y árboles, dos veces al año sale el Nilo, y abundantemente los dexa tan fértiles con su riego, que no hay necesidad de mas agua. De adonde con la serenidad del cielo, sin ningun nublado, ni pequeña nube que estorbe la claridad y luz del dorado Sol, ni perturbe la de la plateada Luna, estando las estrellas, así errantes como fijas en su natural resplandor, tuviéron ocasion bastante para la contemplacion de los celes-

tiales astros: pero estos nuestros Gitanos, que en su vida viéron la mar, sino quando los echan á galeras, que si las cumplen (y no pagan con el pellejo, que es lo mas ordinario) vuelven tales, que mas estan para un hospital de incurables, que para quedarse de noche al sereno: criados en un monte, adonde atienden mas á buscar de comer, que á estudios ni exercicios de letras ¿de qué lo han de saber? El vulgo novelero, no solo los tiene por Astrólogos, sino tambien por adivinos; de suerte, que me acuerdo de una burla que hizo una Gitana en un pueblo donde yo vivia, para confirmacion de lo que digo á Vm. y fue: que como esta gente anda siempre mirando como podrá hacer mejor algunos de los empleos en que se exercita, y en decir Gitano, parece que trae aparejada execion, como cédula reconocida. Hallándose en un lugar de este Reyno, se allegó á una casa donde se halló sola á la Señora de ella, que era una viuda moza, rica, sin hijos y de buen parecer, á quien, saludándola primero, dicha la arenga que llevaba estudiada, no dexando

mancebo, viudo ni casado, noble, galan dotado de mil gracias, que no anduviese muerto por ella, la dixo: Señora. yo te he cobrado mucha aficion, y por saber que está en tí bien empleada la riqueza que tienes, aunque vives tan descuidada de tu gran dicha, te quiero descubrir este secreto: Sabrás, pues, que en tu bodega tienes un gran tesoro; y para sacarle tiene gran dificultad, porque está encantado, y no se ha de aprovechar de él sino fuere vispera de San Juan: ahora estamos á diez y ocho de Junio, y hasta veinte y tres, faltan cinco dias, tan en tanto allega tú algunas joyuelas de oro ó plata, y alguna moneda, como no sea de cobre, y ten seis velas de cera blanca ó amarilla, que para el tiempo que te digo, yo acudiré con otra mi compañera, y sacarémos tanta abundancia de riquezas, que puedas vivir con ellas; de modo, que te envidien todos los de tu pueblo. A estas razones, la ignorante viuda, pareciéndola que ya tenia en su poder todo el oro de Arabia, y plata del Potosí, la dió bastante crédito. Llegóse el señalado dia, y fuéron tan puntuales

las dos Gitanas, como deseadas de la engañada Señora; y preguntada si habia tenido cuidado con lo que la habian encomendado, y diciendo que sí, replicó la Gitana: Mira señora, el oro llama al oro, y la plata á la plata; enciéndanse esas velas, y baxemos abaxo, antes que sea mas tarde, porque haya lugar á los conjuros. Con esto baxaron las tres, la viuda y las dos Gitanas; y encendidas las velas, puestas en sus candeleros á modo de círculo, pusiéron en medio un jarro de plata con algunos reales de á ocho, y de á quatro; unos corales con sus extremos de oro, otras joyuelas de poco valor; y diciendo al ama, que se tornasen juntamente á la escalera por donde habian baxado á la bodega; puestas las manos, estuviéron todas por un rato, como quien hace oracion, y diciendo á la viuda, que aguardase, se volviéron á baxar las dos Gitanas, haciendo entre ambas un coloquio, hablando y respondiendo á veces; mudando de manera la voz, como si en la bodega hubieran entrado quatro ó seis personas, diciendo: Señor S. Juanito, será posible sacar el tesoro

que tienes escondido? Sí, porque poco os falta, para que le gozeis, respondia la compañera Gitana: mudando el habla en un tan delgado tiple, como si fuera de un niño de quatro ó cinco años. Confusa la buena de la señora, estaba aguardando la deseada riqueza, quando las dos Gitanas llegáron á ella, diciéndola: Ven señora acá arriba, qué poco puede faltar, para que veamos cumplido nuestro deseo, y tráenos la mejor saya que tuvieres en tu arca, ropa y manto, para que me vista y disfrace en otro trage del que ahora tengo: no reparando en el engaño que la hacian, la simple muger subió con ellas al portal; y dexándolas á solas, fué á sacar la ropa que le pedian, quado las dos Gitanas, viéndose libres como ya tuviesen guardado el oro y plata que estaba depositado para el encanto, cogiendo la puerta de la calle, con ligeros pasos traspusiéron el barrio. Volvió la engañada viuda con toda la ropa, y no hallando las que habia dexado en espera, baxó á la bodega, donde como vió la burla, y hurto que la habian hecho, llevándola sus joyas, co-

menzó á dar voces, y á llorar, sin provecho. Llegóse toda la vecindad á quien contó su desgracia, sirviendo mas de risa, y burlarse de ella que de tenerla lástima; alabando lá agudeza de las ladronas (a).

Cura. ¿Y cobróse alguna cosa de lo que lleváron?

Alonso. Una vez salidas de la puerta, ellas supiéron ponerse en cobró, pues metidas en el monte, no era posible hallarlas; de modo, señor, que estas son sus buenas venturas, su adivinar, el prevenir las cosas, el alcanzar los secretos de naturaleza, y el tener conocimiento de las estrellas.

Cura. La necesidad, hermano, es madre de la industria; y la pobreza, es causa de mil ingeniosas trazas de vivir.

(a) A lo mismo se exponen los que dan asens. á supersticiones. Quiera Dios se tenga presente esta, y otras burlas que en nuestros dias hemos visto castigar, para que acaben de extinguirse unas preocupaciones tan contrarias á nuestra sagrada religion.

Alonso. A ese propósito le quiero contar á Vm. señor Licenciado, un caso que me sucedió á mí con un hidalgo de Sigüenza: Andando yo en compañia de otros tales como estos engañadores, que en efecto, no pudo dexar de pegárseme algo de sus agudezas y embustes, y no se que se tiene esto de una mala compañía, que por la mayor parte aunque uno sea virtuoso, amigo de hacer bien: cortés, bien criado y recogido; viendo en su compañero con quien comunica y trata de ordinario todas estas virtudes, al contrario mudadas y contrapuestas, ya por el amor que le tiene, ya por el mal exemplo que se le pone siempre delante de los ojos, por la mayor parte viene á degenerar de lo que antes era, y pervertirse; de modo, que parece otro, no habiendo quien le conozca: tanta es la fuerza de la mala compañía; yo pues aprendí á echar azogue en los oidos de los jumentos que habiamos de vender, limarlos los dientes, y arrancar algunos, como tuviese necesidad, volviéndole de ocho años, á tres ó quatro; y lo que naturaleza era imposible alcan-

zar, ni poner por obra, siendo ya tiempo pasado; contra toda opinion de toda buena Filosofia, yo lo alcanzaba por mi mucha sutileza; de modo, que en tres meses que con ellos estuve, les hacia ventaja, pudiéndoles dar, como dicen, quince y falta; y ninguno ya se me podia igualar, preciándome de que se me pudiese dar dado falso.

Cura. ¡Oh qué buena gracia era esa para las señoras damas, á quien los años roban su hermosura, haciendo surcos en su frente y mexillas, y desportillando algunas almenas de su boca!

Alonso. Ya señor, para eso no es menester cuidado ni diligencia alguna, pues el Elefante les da su marfil, la casa de Méca, paja; y la Othomana, su nombre y apellido. En efecto, señor, llegando un dia á un lugar con otro mi compañero, en ocasion que á un hidalgo le habian hurtado de un escritorio cantidad de dinero, y afligido, andaba haciendo averiguaciones con la Justicia, aunque las sospechas y mas ciertos indicios eran de los criados de casa, á quien echaba la culpa de su hurto. Viendo yo acaso

la grita y vocería que andaba en la posada, así del dueño, como de los de su familia, entremetiéndome, sin ser llamado de ninguno de ellos, dixe á voces: Por harto poco que á mí me diesen, dentro de doce horas podria decir quien tiene el dinero. Oyólo el señor de la posada, y llamándome, dixo: Si eso fuese así como decís, á trueco de vengarme de una traicion y atrevimiento, como se ha usado conmigo, prometoos, hermano, que os daría un ferruelo y sombrero, con que anduvieseis mejor puesto de lo que os veo Yo lo acepto, le respondí, y si no acertáre, con no darme nada, poco se habrá perdido; y porque empecemos en nombre de Dios, llame Vm. á todos los criados de casa, sin que quede persona en ella que no se manifieste (dixe al buen hombre) y él los llamó á todos, que en parientes y criados, serian como veinte y una persona: y tomando yo otras tantas varillas de unos mimbres delgados, que pedí, del largor de media vara, las repartí entre todos, dando á cada uno la suya, diciéndoles: Estas varas se me han de volver mañana á las diez

del dia, y veráse en una de ellas un extraño prodigio, que si alguno de ellos, de los que aquí estan, fuere el ladron del dinero, la vara que volviere, crecerá quatro dedos mas que las otras; dexando señalado con esto al autor del hurto; pero si no estuviere entre los que aquí estamos, todas las varas serán iguales: y no se aumentará la vara del delinqüente. Con esto se fuéron los sirvientes, llevando sus varas consigo, con presupuesto, que el dia siguiente se me habian de volver á tal hora concertada, sin faltar ninguna de las varas: fuíme con esto; y acudiendo al término señalado, el dueño de casa, llamando su gente, vino con sus varas, pero no iguales, como yo las habia dado; y fué, que una mozuela, pensando que habia de ser verdad lo que yo habia dicho, de que la vara del ladron creceria quatro dedos mas que las otras, remordiendola su conciencia, y hallándose culpada, entró consigo en consejo, y echó la cuenta, diciendo: Esta vara ha de crecer quatro dedos, pues bueno será antes que me afrente, quitárselos yo, y con lo que se ha de aumentar, vendrá

á estar igual con las otras: y así, por mi buena industria quedaré libre, y no seré conocida por ladrona; como lo imaginó, lo puso por obra; y dándome todos sus varas iguales, llegó la mozuela con la suya, quatro dedos mas corta que las demas, miréla yo con mucha disimulacion; y dixela: hermana, vuelve el dinero á su dueño, y no te acontezca semejante delito otra vez, porque no te afrenten. Coloreó la moza; y con poco aprieto, confesó su culpa: Volvió lo que habia tomado; quedó muy contento el hidalgo, y yo con muy grande opinion de adivino, siendo todo, como era, no mas de un poco de buen discurso, que como sucedió bien, pudiera engañarme, y quedar corrido: pero al fin salí medrado de un capotillo pardo, y un razonable sombrero, con que volví á los compañeros, que sabido el caso se maravilláron de mi industria, pues ya sabia mas que todos ellos, haciéndolos ventaja en todo género de estratagema; de suerte, que ó por envidiosos de verme en algun aprovechamiento y mejor opinion acerca de nuestro Conde, ó que por aficion que

me habian cobrado uno de los amigos, me llamó un dia, diciéndome: Alonso, si me ayudares en un negocio que tengo imaginado, no solo nos ha de ser para los dos de gran provecho sino tambien de buena fama y reputacion para con los vecinos de estas Aldeas. Es el caso: Has de tomar una bolsa, y pondrás en ella veinte reales, un poco de hilo negro, una aguja y dedal; y con esto te irás al lugar mas cercano; y preguntando por el Cura, le dirás de este modo: Yo, señor, voy de camino, y con harta necesidad: hame el Señor deparado una bolsa, y aunque pudiera con el dinero que tiene, remediarme, con todo eso, viendo que es ageno, no queria sino que su dueño se aprovechase de él, y se le vuelva; y para esto suplico á Vm. que en diciendo Misa, lo diga en la Iglesia, para que si alguna persona sabe quien lo ha perdido, dando las señas, y sin hallazgo, se la pueda volver, que á mi qualquiera limosna que se me haga, es muy bastante; y no quiera Dios, que ningun género de codicia reyne en mí, porque desde que encontré con ello, no puedo sosegar. Tú

eres ladino; hablas claro, y no siendo conocido, podrás hacerlo facilmente; y yo estaré á la mira de todo, y quando se ofrezca pregonar la bolsa, saldré yo, diciendo, que es mia; daré las señas de lo que está dentro, entregarásmela; y lo que resultare por experiencia, lo has de ver facilmente. Parecióme bien su consejo; dí el sí de hacerlo, concertamos el dia de nuestra obra, que fué un Domingo de madrugada, que salimos los dos juntos de nuestro Aduar, para llegar con tiempo á una Villa, que estaba dos grandes leguas de adonde teniamos la habitacion. Quedóse algo atras mi compañero, y yo solo entré en casa del Cura; halléle acabando de rezar, para irse á decir Misa; habléle cortesmente; propuse mi demanda, con tanta retórica, buen lenguage y buenas razones, como quien la traia bien estudiada. Alabó mi buen intento, admirado de ver, que siendo pobre necesitado y mendigo; teniendo en la mano la ocasion, no queria aprovecharme de ella, aun siendo licito. Hablóme con mucho respeto, teniéndome en posesion de un santo: lle-

vóme consigo á la Iglesia, donde despues de haber dicho Misa, hizo una breve plática á sus feligreses, diciendo: que el que hubiese perdido una bolsa, acudiendo á él, y dando señas de los que tenia dentro, la volvería, porque él sabia donde estaba: Encargó á todos me socorriesen con alguna limosna, exâgerando ser yo un hombre de los mas birtuosos y cuerdos que él habia tratado y visto en todo el discurso de su vida. Poniame por exemplo para todos aquellos que usurpan haciendas agenas; pues no tomándolo, sino siendo hallado, caminando con pobreza, obligado á pedir, buscaba dueño, pudiéndolo ser lícitamente por algun tiempo, á lo ménos, forzado con la extrema necesidad que padecia. Acabó con mis injustas alabanzas el buen Sacerdote, quando mi compañero entró por la puerta del templo; y alargando la cabeza, como que estaba, escuchando lo que el Cura iba diciendo, dixo á voces: Señor Licenciado, esa bolsa es mia, y yo la perdi ayer en tal parte; tiene dentro un dedal, un poco de hilo negro y aguja, y tantos reales: Así

es la verdad, respondí yo entónces. Veisla aquí, llevádosla, y Dios os haga mucho bien con ella: tomó posesion el Gitano de lo que era suyo, sin haber quien lo contradixese; y yo comencé á recibir de todos los oyentes largas y cumplidas limosnas, alabando mi fidelidad, buen trato y buena conciencia; negocio de mucha estima para nuestros tiempos. Valióme la fingida traza setenta reales, ocho panes y comer con un Regidor del pueblo, teniéndome todos los vecinos de él por un santo; pero tal hypocriton representaba yo: cavizbaxo la cabeza, y ladeada, los ojos báxos, inclinados al suelo, voz humilde y ronca, los brazos cruzados y bien cubiertos con la capa, el paso corto y modesto, y la mayor parte del cuerpo inclinado á la tierra. Gozé de esta aparente santidad tres dias, y como ahogado al quarto, me pareció ser justo volverme á mi antigua posada.

CAPITULO IV.

Sigue el mismo asunto, y cuenta lo que le sucedió en el monte, con otros raros y exemplares sucesos, y como se fué á Zaragoza.

CURA.

Harto mejor fuera estarse con ellos, ya que tan buenas obras le hacian; y pues tenia cobrada tan buena opinion, prométole, que habia de tener buen pie de altar.

Alonso. No es negocio tan fácil como parece una fingida hipocresia; pues dexada á parte la ofensa de Dios, aquel cuidado contínuo de andar siempre como en centinela, si le ven descompuesto, en habla, vestido, comida, rostro alegre, entretenimiento, aunque sea lícito; aquel poner escrúpulo en lo que no hay en que reparar, macilento el color, inclinado ó amarillo ó pardo, penitente del infierno, aborrecido del cielo, á donde no es posible que le reciban: desvelándose siempre en agradar á los ojos de

los hombres con una falsa apariencia de santidad; siendo en la soberbia y ambicion el mismo Lucifer, no es para todos, ha menester el que la tuviere, una diabólica traza; pero yo, señor Licenciado, echaba de ver lo malo, y aunque de quando en quando deslizaba y caía en mil trabajos y desventuras, tambien tenia mis lucidos intervalos, con que procuraba evitar algunos pecados, recogiéndome á mas perfeccion y buenas costumbres: no las habia de hallar en el monte entre aquella buena gente; pero con todo eso me volví á mi antigua compañía, de quien fui muy bien recibido, principalmente del señor Conde, porque en mi ausencia habia dicho, que le habia faltado su oráculo. Estuve en su compañía algunos dias. como en noviciado, aunque no se podia deprender cosa buena de semejante junta; pero á lo ménos echaba de ver á quánto puede llegar el sufrimiento y resistencia de los hombres; pues en pariendo alguna Gitana, tomaba la criatura, y en la mas cercana fuente, la lavaba de pies á cabeza, dexándola mas limpia y pura que la mis-

ma nieve; en reparando en si hacia frio ni calor, ni la madre en meterse en el agua acabando de parir. Considerando estos monstruos, criados entre nosotros, daba gracias á Dios, que todo lo sustenta; y conforme la fuerza, da los trabajos. Apelaba luego para las damas cortesanas, á quien el mas delicado vientecillo las ofende, y á las criaturas de los Princípes, criados como entre algodon y vidrieras, y no por eso ménos sujetos á menores enfermedades, ni mas robustos, ántes por la misma razon afeminados, de poco natural y de mas flaca complexion. Miraba entre ellos unos mozos robustos, de una fuerza y ligereza increible, inclinados solo al exercicio de la herrería, ocupados en la fábrica de tenazas, martillos y barrenas, que no parece sino que el oficio en que tratan, corresponde con las obras en que se exercitan, pudiendo arrastrar una pica en Flandes, y asaltar al mas torreado castillo de enemigos de guerra, siendo su vida una campal batalla, corridos, acosados sin haber Lugar que los quiera admitir, ni Ciudad que no los abor-

rezca, como si no tuviesen la condicion y natural de la Loba, animal de tal naturaleza, que estando parida, nunca acude á los ganados, que andan cerca de su cueva, sino á los mas distantes y apartados, que se apacientan por el monte. Yo, señor, aunque tenia tan mal exemplar con lo que cada dia estaba mirando, no habia cosa que mas aborreciese; pues aunque malo, mi natural inclinacion me llevaba á que siguiese otra vereda y camino mas seguro, y no tan ocasionado para perderme; pues al cabo, quien anda de aquel modo en semejantes pasos, ya que se libre de un Juez, no ha de faltar otro bien acondicionado de quien, por bien que salga, si no fueren azotes, serán galeras: así, señor, por quitar ocasiones, confuso, imaginativo y melancólico, un dia me metí por lo mas espeso del monte, si mal no me acuerdo, mas de una legua; y siendo ya casi al anochecer, ví arrimado á un roble un hombre muerto, que segun eché de ver, no habia muchas horas que le habian quitado la vida: lleguéme á él, aunque con algun temor, y víle muy bien tratado, el

vestido nuevo de rico paño de mezcla, espada, daga y espuelas doradas, una cadena de oro al cuello, y en todo su trage, como que venia de camino. Miréle el pecho, y halléle con una mortal estocada: revolvíle á un lado, y mirándole la faltriquera, le saqué un bolsillo de oro con cinquenta escudos, sin otras monedas de plata: no hay mal, que no venga por bien, dixe entre mí, ni ha hecho Dios á quien desampare; pues esta desgracia, buena ventura la puedo llamar. Miréle algunos papeles que estaban en los bolsillos de los balones, que leidos, parecian ser villetes de desafio; y mirando la firma, parecian en los nombres gente principal, porque en Navarra y Valencia, si no son nobles, no se ponen don; donde colegí, que aquel mal logrado mozo, por algunas pesadumbres, que habia tenido, salió desafiado con algunos contrarios suyos, y como desgraciado, hubo de quedar en la estacada, y sin la vida.

Cura. Pues en verdad, que por leyes del Reyno y motu propio de su Santidad, estan prohibidos semejantes desa-

fios, y que si alguno muere en ellos, queda descomulgado, y como á tal se le niega eclesiástica sepultura.

Alonso. Así es verdad, pero la desdicha es, que con la negra caballería, todo se atropella como si se hubiera de ir á morir por quince ó veinte dias, y despues volverse á lo de antes, y el alma propia fuese la de un vecino, ó se traxese por su alquiler, hasta tal jornada, ó la descomunion no fuese mas de veinte ó treinta mil maravedis de pena: *Ubi ceciderit lignum, ibi manebit*: Adonde cayere uno, allí estará para siempre; no por un millon de años, sino por una eternidad de Dios, que es sin fin; pero el ciego no juzga de colores, y los hombres sin vista no reparan en su bien, y vanse tras su mal: lastiméme del caso, y como á lo hecho no hay remedio, procuré el mio lo mejor que pude: tomé los dineros, y aplicándolos á mi servicio, puse la cadena debaxo del jubon, y muy despacio fui desnudando mi difunto, dexándole con algunos de sus vestidos, poniéndole á él algunas piezas que yo traia, con ánimo de hacer por su alma algunos sufragios,

porque en efecto, no era yo como aquel mal testamentario, á quien un amigo suyo le habia dexado cantidad de hacienda; y él, mas codicioso de los bienes que habian entrado en su poder, que del descanso y sosiego del difunto, amonestándole sus deudos á que dixese Misas, diese limosnas, casase huerfanas, favoreciese hospitales, y acudiese á otras obras de caridad, respondió: no es necesario lo que me pedis, porque ó está en el Infierno, ó en el purgatorio, ó en el Cielo, porque en el limbo no puede ser; si en el Cielo, no tiene necesidad de ningun socorro, pues goza de los eternos bienes el que está con Dios: si en el infierno, no tiene remedio, pues el bien que se hace por el condenado, mas tormento es para él: si en el purgatorio, en parte está segura, y tarde ó temprano, pagando lo que debe, saldrá de aquellas penas, al verdadero descanso (a): pero yo pro-

(a) ¡Quántos y quántos! haciendo esta impía reflexion, faltan á las obligaciones, que en el supremo y recto Tribunal de Dios les servirán de horror y confusion.

puse firmemente de hacer por él, y prométole á V. m. como buen hermano, que no hay dia que no le encomiendo á Dios: pues bien pudo ser darle Dios arrepentimiento para dolerse de sus culpas, y contricion bastante á alcanzar perdon de sus pecados.

Cura. Grande es la misericordia de Dios; rico le llama el Profeta en ella; juicios son suyos, para él se queden; su Magestad lo puede hacer; pero dígame, ¿es posible, que con un espectáculo semejante tuvo ánimo para desnudarle, y ponerse sus vestidos, trocando con él lo que mejor le parecia del difunto?

Alonso. Señor Licenciado, es tan comun y ordinaria la muerte, y tantos los que vemos cada dia irse de esta vida á la otra, que verdaderamente no parece sino que la hemos perdido el miedo. Aristóteles dixo: que de los males, el mas terrible era el morir; pero á mí no me maravilló, como á nuestro primer Padre Adan, que aunque le dixéron, que habia de morir por la inobediencia y pecado que habia cometido, no sabia él que cosa era muerte, no tenia de ella ex-

periencia, hasta que vió al inocente Abel, hijuelo suyo, muerto á las manos del fraticida y maldito Cain, tendido en el suelo; quebrados los ojos; el rosicler de su hermoso rostro vuelto en pálido y averengenado y líbido color; sin mover miembro alguno, y sin aliento, el que pudiera tenerle para mas de novecientos años, ó por lo ménos quinientos, que así se vivia en aquellos dorados tiempos, ni tampoco dexé de proseguir con lo que habia comenzado, como les sucedió á unos convidados en Lacedemonia.

Cura. Holgaré de oirlo, prosiga, que con atencion le oiré de buena gana.

Alonso. En un regocijo que tuviéron unos ciudadanos de Lacedemonia, entre las fiestas que ordenáron, fué una, en que hiciéron un grande convite, asistiendo á él la mayor parte de los nobles y caballeros de ella, y estando sentados á las mesas, mediada la comida, que fué no poca ventura, no ser al principio de ella, porque no hubiese fiesta sin azar, entró por la puerta de la sala un venerable viejo, tenido y respetado en la Ciu-

dad por Filósofo, traia sobre sus hombros un muerto, como suelen decir, aforrado en lienzo, ó amortajado; y llegándose á la mesa, en medio de ella, dexó caer el difunto, diciendo á voces: *Aspicite, & comedite.* Ved el presente que os traigo, y comed luego. Fue tanto el horror y pasmo que causó en todos los convidados, que ninguno pudo alargar mas la mano al plato: tanta fue la fuerza de la consideracion de la muerte, entre aquellos idólatras; y para corregirnos, dice la Sabiduría: *Memorare novissima tua, & in æternum non peccabis.* Acuérdate de lo que has de ser, y no pecarás por mas ocasiones que tengas, y mas el demonio procure derribarte: y aquella santa ceremonia con que entra la Iglesia nuestra madre cada principio de Quaresma, poniéndonos ceniza en la frente, á esta mesma razon va encaminada, diciendo: Mira hombre que eres polvo, y te has de volver en polvo; pero sucédenos lo que se cuenta de las Indias, del rio de la plata; mas otro dia lo contaré á V. m.

Cura. Bien temprano es, y con voluntad le escucho, prosiga con su cuento

Alonso. Hay en las Indias un caudaloso rio entre los otros muchos que hay en ellas, que llaman el rio de la plata, en cuyas márgenes se crian vistosos árboles de maravillosas frutas, sustento para los que habitan aquella tierra, y para los innumerables monos que se crian en aquellas riberas; los quales jugando y saltando, andan de rama en rama de aquella vistosa y agradable arboleda, de quien nacen tan crecidas ramas, que muchas de ellas vienen á dar muy adentro del rio: los monos entretenidos en sus juegos, y descuidados del peligro y daño que les está amenazando, no saltan algunas veces, con tanto cuidado, que muchos de ellos no vengan á caer en el raudal de la corriente: el ímpetu del agua es grande; el lugar de á donde caen alto, anchuroso el rio: y así sin poderse valer, por mas que naden, mueren ahogados, al ruido, los que quedan en los árboles, asoman las cabezas por ver lo que pasa, y como espantados, dexan el juego por un rato; pero despues vuelven á entretenerse, hasta que cae otro mono: verdadero retrato de nuestra

vida (a). Caeen el rio dela muerte nuestro vecino, amigo ó pariente ; espántanos el miedo de su desgratia, tiénenos por algunos dias la memoria de aquella desdicha suspensos, temerosos, y melancólicos; pero al cabo de poco tiempo pasa por nosotros lo que por los monos, hasta que cae otro con que se refresquen las pasadas especies de la imaginacion. Podemos andar ya entre los difuntos, y no con aquel temor de aquel gentil hombre soldado, de quien se cuenta que habiéndosele muerto un grande amigo suyo, una noche se recogió en un aposento, y muy melancólico, comenzó á llorar su falta y desgraciada suerte, hasta que ya vencido del trabajo, y cansado de su llanto, se acostó en su cama, dexando una vela encendida sobre un bufete, que en el aposento tenia; pero no hizo mas de meterse entre la ropa, quando volviendo la cabeza, vió cerca de sí al difunto amigo, tan macilento y descolorido, que le causó notable es-

(1) Y verdadera pintura que debieramos tener presente, y conservar en la memoria.

panto; miráronse los dos, y sin hablarse palabra mas. echó de ver que poco á poco se iba desnudando, hasta quedar en camisa; y dexando los vestidos sobre el bufete, donde la vela estaba, se vino á la cama del amigo y alzando la ropa se metió con él. Temeroso el amigo vivo, no hacia sino retirarse, apartándose lo mas que podia, llegando á sí las mantas por enmedio, y casi sacando las piernas á fuera, pero no de suerte que el difunto no le tocase con la una de las suyas, tan helada y fria, que le pareció haberle penetrado todo el cuerpo con aquella frialdad, bien como si entre gran cantidad de nieve le hubieran sepultado; y quejoso de la mala vecindad que le hacia, le mostró algun desabrimiento con enojados ademanes: y el muerto enfadado con la mala acogida que su amigo le habia hecho, sin despegar la boca, se volvió á vestir; y sin despedirse, se salió del aposento, dexándole tan fuera de sí, que en muchos meses no pudo perder la turbacion que habia cobrado con la visita de su difunto amigo.

Cura. En verdad hermano que no

me maravillo y que de muy mala gana llevára yo semejantes visitas como esas.

Alonso. Razon tiene V. m., que por animoso que sea un hombre, forzosamente ha de temer las cosas de la otra vida, y verificase esta verdad en el suceso de aquel mal Re y Balthasar, tan desalmado, sin razon ni término, que perdiendo el respeto á Dios en sus fiestas y convites, se servia con los vasos del Templo, dedicados al divino culto; y porque solo vió escribir unas letras en la pared de la sala donde estaba, dice el sagrado Texto, que del temor que recibió, se le desencaxáron los huesos.

Cura. ¡Tal era la sentencia que se le notificaba!

Alonso. No de menor consideracion fué lo que me acuerdo haber leido en la vida de los padres del yermo en esta manera: En Alexandría moraba un hombre de tan malas costumbres, que á imitacion de la Hiena, no solo se contentaba con robar á los vivos, sino que aun los muertos no estaban seguros de él en los sepulcros: pues como un dia viese llevar á la Iglesia una mal lograda doncella, y

en aquellos tiempos se acostumbrase enterrar los muertos vestidos, y la difunta fuese muy rica y sola en su casa, procuráron sus padres de que su adorno, no solo fuese el mas curioso que se hubiese llevado, sino tambien el mas costoso y rico: Notólo todo el codicioso ladron, y en viéndolo, se juzgó por su dueño, pareciéndole que aquella presa imposible era escaparse de sus manos; y para esto aguardó á la mitad de la noche, quando la gente suele estar con mayor silencio; y llevando consigo unas llaves falsas, y una linterna, se fué solo á la puerta del Templo, y abriéndola, buscó el sepulcro de la dama, que era como un sótano, á donde no reparando en la ofensa de Dios, ni en el temeroso acto en que se ponia, alzando una pequeña laude, baxó por unas escaleras de piedra á un espacioso lugar, donde estaban depositados algunos cuerpos de otros difuntos, y entre ellos el de aquella señora; pero ya que llegaba al último paso, por no llevar con demasiado recato la luz de la linterna, ó por encontrar con la pared de la bóveda, ó algun ayre que le dió de

parte de dentro, al tiempo que baxaba, se le murió la vela, y quedó á escuras; mas no por eso el atrevido mozo dexó de proseguir su destinado intento, porque volviendo á subir por sus escalones, se fué á la lámpara del Santísimo Sacramento, donde habiendo encendido, se volvió á buscar su difunta dama, y comenzando desde los zarcillos, acabó con los zapatos y calzas que llevaba puestas, no perdonando jubon, saya, faldellin ni faja; y como viese que la camisa que tenia vestida, era nueva y muy labrada, parecióle que no cumplia con su demasiada codicia si se la dexaba puesta; y no contento con la demas ropa que la habia quitado, la fué alzando la camisa; mas quando la sacó las dos mangas, descubriendo el pecho, la muerta doncella se sentó en el suelo, y asiendo al ladron de la mano, enojada le dixo: Es posible mal hombre, que no te contentáras con las riquezas que me habias quitado, sino tambien procuras quitarme una pobre túnica, con que cubria mis virginales carnes; y el cuerpo que jamas ha visto hombre humano, has

querido tratar tú tan indecentemente, no reparando en ser yo doncella, y de tan buena fama en toda la Ciudad: Pues sabe que el Señor por tu descortesía y atrevimiento quiere que no quedes sin castigo, y que yo tome la venganza de este delito: Y diciendo esto, con los dedos le sacó los ojos: El desdichado sacrílego, ya que se vió (aunque sin vista) libre, temeroso de la humana justicia, ya que no de la divina, lo mejor que pudo salió de su suetano, y á tiento se vino á la puerta de la Iglesia, y abriéndola, se fué á su casa, para llorar amargamente su pecado, llevándose de camino hartos golpes y calabazadas, así por el Templo, como por la calle.

Cura. Eso, hermano, misericordia fué de Dios, no quitar á ese ladron la vida, y dexarle con ella, para que sin luz viese los malos pasos en que habia andado quando tenia ojos.

Alonso. En efecto Señor, trocado mi vestido con aquel Caballero, dí la vuelta por el monte, con harto miedo de no venir á dar con los contrarios del difunto mozo, y por desviarme mas de ellos,

procuré meterme por lo mas espeso, á imitacion de aquel fugitivo Frances, de noche por los caminos, de dia por los jarales, favoreciéndome la escuridad de las tinieblas, por ser el postrer quarto del menguante, y haber sido algo húmedo, que no fué poca ventura para mí: Paréceme que debí de caminar, aunque con gran trabajo, cinco leguas porque el temor es admirable posta, que no repara en nuevo socorro de otra compañera; y así todo se me hacia fácil: amanecióme cerca de poblado, y por haber traido la capa del muerto, para no ser conocido, cogíla muy bien, y púsemela al hombro, como que venia de camino: que á llevarla tendida, y entrar cubierto con ella, pudiera ser que alguno la conociera, que segun era de desgraciado, esto y mas me pudiera suceder: entré en el lugar, fuime á una tienda, compré pan y queso, comí un bocado, y tomando dos tragos de vino, proseguí mi jornada, teniendo por mas seguro, á costa de mis piernas, verme en el campo, que con sosiego y dormido en alguna cárcel, pues por si lo oiste ó lo viste, ó pa-

saste por allí, quando el delito se cometió, aunque no tenga culpa, no muchos dias, sino meses suele tener de cárcel al pobre pasagero, y aun años, principalmente si no tiene favor de persona grave que hable por él: mi intento solo era lo mas que pudiese alexarme de aquella tierra, porque, escarmentado de la prision que tuve en Valencia, en solo pensar que me habia de ver en otra refriega como la pasada, se me acababa la vida; y para esto determiné de seguir el camino de Zaragoza, informéme bien, para no errar; y confiado en la buena bolsa que llevaba, hallando á un carretero que iba al reyno de Aragon, me concerté con él, y metiéndome en su carro, á pocas jornadas llegué á Zaragoza: Pero ya, señor, es hora de recogernos, quédese aquí nuestro discurso hasta la siguiente noche, que yo tendré cuidado de acudir al servicio de V. m., prosiguiendo con lo que me sucedió en Zaragoza el tiempo que en ella estuve.

Cura. Muy en horabuena, como gustáre estaré yo muy contento, vaya á buenas noches, y véngase mañana, que aquí le esperaré.

CAPITULO V.

Cuenta Alonso la jornada de Zaragoza, y lo que le sucedió en ella, hasta casarse.

CURA.

Quedamos hermano en el camino de Zaragoza, quando caminabas metido en un carro.

Alonso. Buena memoria tiene V. m. que así es como lo dice. En efecto, prosiguiendo nuestro viage, llegué en pocos dias á la ciudad de Zaragoza, llamada en otro tiempo Salduvar; y despues por Augusto Cesar, que la ganó y fabricó sus murallas, Cesar Augusta, de donde corrompido el vocablo de Augusta, se llamó Zaragoza, ciudad insigne, no tanto por la grandeza de su vecindad, pues son quince mil y mas sus vecinos, ni por la fábrica de sus casas y maravillosos edificios, ni por su famoso rio Ebro, en cuya maravillosa puente, hecha de piedra, caben juntos quatro coches, siendo la mejor que se conoce en nuestra Espa-

ña, sin la otra puente de madera, que sirve como resguardo de la principal, para los carros, no por ser tan abundante en sí, que sin tener necesidad de otras ciudades, dentro de su tierra coge trigo, aceyte, vino y seda, que no sin causa se llama Zaragoza la harta, la abundosa, la sobrada, la rica, no por tener como tiene tantos Señores de títulos, Condes, Duques y Marqueses, tantos Caballeros y Ciudadanos nobles, sino por ser el relicario y custodia de los innumerables Santos Mártires, que en ella padeciéron, honra de la militante Iglesia; y gloria de aquella venturosa ciudad, de quien se dice, que el dia en que padeciéron aquellos valerosos Soldados de Christo, como si fuera de un caudaloso rio, así iba corriendo la sangre por las calles; y tambien por sus dos Catedrales Iglesias: La una donde tiene la silla el Arzobispo; y la otra á donde sobre aquel sagrado Pilar la Emperatriz de los Cielos puso sus virginales plantas, visitando á su sobrino y patron de nuestra España, Santiago; y por su grandioso Hospital, pues tiene de ordinario mas de seiscientos en-

fermos, que cura diversas enfermedades, y ochenta mil ducados de renta para regalarlos; y por sus estudios y doctísimas Escuelas, donde se leen diversidad de Cátedras de todas artes y ciencias, desde la Gramática, Retórica, Artes, Medicina, Cánones y sagrada Teología; siendo segunda Salamanca, en sus doctísimos Doctores y Catedráticos: Aquí, pues, llegué un Lunes de mañana, y habiendo descansado, aunque poco, en un parador, despedido y pagado mi Carretero, me fuí á buscar una posada, que en Zaragoza las hay muchas y buenas, encontré con una de una viuda, muger de bien, y con razonable hacienda, aunque segun hube de experimentar al cabo de tres años, era lo mas del marido muerto, y como tutora de dos hijos mancebos que tenia, estaba todo en su poder; recibióme con buena gracia, dióme un aposento con su llave, y en comiendo un bocado, me salí por la ciudad, buscando algun vestido para mudar el que traia, que era de camino, que no fuese de color, porque así pudiese mejor buscar alguna buena

comodidad en que entretenerme: llegué á la ropería, donde concerté un calzon de terciopelo, con su ropilla, un ferreruelo de raja negro, renovándome todo, desde el zapato hasta el cuello y sombrero, que como tenia buen fiador en mi bolsa, no reparaba mi ropero en darme quanto le pedia, saliendo de sus manos mas galan que gerineldos, mostrándose ya la cadena que traia sobre el jubon, á vista de todos, representando con mi buena gracia y talle, alguno de los Caballeros de mayor renta, di un paseo por una y otra calle, poniendo todos en mí los ojos, con andar por todas partes diversidad de gente, mirándolos yo con rostro severo y grave: Ya serian como las tres de la tarde, quando volviendo la cabeza, ví un grande acompañamiento de Señores, que llevaban á christianar á un niño; metíme entre ellos; acompañélos hasta la Iglesia; halléme presente á aquel santo Sacramento, primera puerta de nuestra salvacion; y habiéndose hecho el Bautismo, como no tenia que hacer, parecióme irme á la posada del infante, sirviendo de

escudero, miéntras se pasaba lo poco que quedaba de la tarde; púseme en procesion, cogiendo buen lugar entre todos, sirviendo de convidado, aunque no lo era, hasta entrar en una muy buena casa, al parecer de persona noble y rica, donde subiendo por una escalera, pasado un corredor, entramos en una salâ, donde en un estrado estaban aguardando á los demas que con nosotros venian algunas señoras que quedáron con la madre del niño: hechas sus cortesias, dados sus parabienes, sentados ya todos, y yo que no reusé la carrera, saliéron quatro gentiles hombres, con sus fuentes y toallas al hombro, con el mas regalado y abundante refresco que ví en toda mi vida, sirviendo con diferencias de dulces, no una ni quatro veces, sino seis y siete, requiriendo de quando en quando con el mas regalado y precioso vino que se coge en el Reyno.

Cura. Y el hermano que pasaba plaza de convidado, comeria y callaria como un santo.

Alonso. Prométole á Vm. que quien me viera que me juzgára por algun

Duque ó Conde: Acabóse el refresco, levantáronse los huéspedes á dar las gracias á la señora parida y al señor de casa, y yo entre ellos, por no ser ingrato al beneficio recibido, llegándome á despedir les eché mas bendiciones que quando se veláron, rogando á Dios que de allí á otro año, ó en mas breve tiempo, nos hallásemos en otra tal como aquella fiesta. Volví á mi posada regalado, y con sobra de confitura, tuve que guardar y que repartir entre los huéspedes, contando lo que me habia sucedido por mi buen comedimiento: pasóse la noche, y madrugando el mártes, que como no tenia que hacer, ni en qué ocuparme, no me hallaba: salíme á entretener por la plaza, para ver lo que tantas veces me habian contado, de las muchas cosas que en ella se vendian, así de frutas, como de todo género de caza, á buen precio, que la demasiada abundancia les hace baxar gran parte de su válor: considerélo, y hallé ser mucho ménos lo que me habian encarecido, de lo que yo hallaba por experiencia: fuime á oir Misa,

y habiéndome encomendado á Dios, queriéndome volver á mi posada, por ser ya cerca de las once: al punto que iba á salir por la Iglesia, ví que entraban por ella como hasta treinta ó mas personas, muy bien aderezadas, reparé y miré lo que era, y ví que venian acompañando una novia, al parecer persona principal, pues traia consigo gente de tan buena capa, engolosinado yo de la buena suerte que habia tenido el dia ántes, y del refresco del bautismo: dixe entre mí, yo apostaré que como hoy en la boda con los demas convidados, acordándome de aquel quentecillo de cierto mozuelo, que por que la primera vez que echó mano á la espada, é hirio á dos de ellos con quien reñia, saliendo de la pendencia con nombre de valiente, cobró tanto ánimo, que á qualquiera palabrilla que le decian sacaba la hoja, porque no se tomase de orin: así yo sabíame el camino, tenialo por cierto, quise probar ventura, y sacar el vientre de mal año, ahorrando la costa de aquel dia, no miré si era aciago el mártes, segun al-

gunos abusioneros, como si para desgracias, ó quando Dios es servido de enviar trabajos, fuese menester ser miércoles ó sabado, pues todo depende de la voluntad divina, no solo una hoja de un árbol se mueve sin particular providencia, por quien se gobierna, no solo las superiores causas, sino las mas ínfimas de la tierra.

Cura. Diga hermano, pues qué motivo tuviéron los antiguos para tener al martes por desgraciado, y de poca ventura.

Alonso. Eso señor, tomáron fundamento de los planetas, á quien la loca Gentilidad tuviéron por Dioses, señalando á cada uno su dia en que reynase, y dándole su nombre, como á la Luna el lunes, el martes á Marte, Dios de las batallas, y á Mercurio el miércoles, pues como en las guerras, de necesidad haya tan desastrados sucesos, muriendo en ellas los amigos, los deudos y los conocidos: de aquí tuvo principio el aborrecer el dia del martes, evitando quanto podian casarse en tales dias, ni hacer caminos, ni pretender co-

sas que deseaban: Pues los que tenemos fé, y damos, como es razon, crédito á la verdad de las cosas, no hacemos caudal de semejantes agueros, pues así al uno como al otro dia le crió Dios para servicio del hombre, y su buena ó mala suerte, no es por él, sino por la determinacion del Señor, que á cada uno da aquello que mas le conviene para su bien y remedio. En el martes apartó Dios las aguas de la tierra, mandándola se descubriese y llevase fruto conforme determinaba: y no mirando al dicho comun, ni reparando en supersticiones falsas, y contra la Religion Christiana. como Rey Católico, el Rey Don Felipe III. nuestro señor, de gloriosa memoria, en martes se casó con la Reyna Doña Margarita de Austria nuestra señora, en la Ciudad de Valencia, y fué dichoso casamiento, dígalo la venturosa sucesion que dexáron á nuestra España, el notable amor que siempre se tuviéron, y la perpetua paz en que reynáron. Pero volviendo á nuestro propósito: dexé acabar la Misa de los novios, asistiendo á los divinos ofi-

cios y sagradas bendiciones, como cada qual de los que le acompañaban, y al salir de la Iglesia, metíme entre todos, haciendo mi figura de buen escudero: llegamos á la casa de la novia, tan bien aderezada como para boda. Ya era cerca de la una, y aun hora de haber comido, segun mi antigua costumbre, aunque no se tardáron mucho en darnos de comer, llamándonos á una grande sala, donde estaban puestas las mesas, tan bien aderezadas, limpias y curiosas, como para tales dias era necesario: Sentáronse todos, y yo, aunque no tomé el mejor lugar, escogí un frontero de los novios: sacáron sus principios, fuéron sirviendo sus ántes, medios y postres, no dexando desde las perdices, hasta los gruesos y manidos pavos, con tanta abundancia que pudieran comer otros tantos como allí estabamos, y aun hubiera sobra: entónces yo hice de las mias, cogiendo el mejor bocado, sirviendo de trinchante á los novios, y regalando á otros que estaban á mi lado, hice dos ó tres brindis á la sa-

lud de la señora casada, y otra á la de todos los presentes: Mirabanme, y como no me conocian, unos á otros preguntaban, quien es este Gentil hombre de tan buena gracia: Respondiendo algunos, sin duda que debe de ser deudo de la novia, ó pariente del casado, que ha venido de fuera á este casamiento: Escuchábamelos yo, mas no por eso dexaba de proseguir en mis liberalidades de bolsa agena, no perdiendo bocado que bien me estuviese; porque señor, mozo vergonzoso no es para palacio, y los entremetidos y habladores hacen maravillas, buscan vidas, ganan de comer, encogidos, tímidos y que no saben arrojarse al turbion de aventuras, mueren de hambre, y así por no ser uno de ellos procuraba animarme, sacando fuerzas de flaqueza, aunque si va á decir verdad, lo que comí me pudiera bastar para dos dias. Viniéron postres, alzáronse las mesas, diéronse gracias á Dios, y á los convidados se pidió perdon del poco regalo: y despidiéndome yo con mucha cortesía, se quedáron mirando

unos á otros, sin saber qué decirse de lo que conmigo habia sucedido, sin haber persona que me conociese, ni entender quien me hubiese traido á la boda: pero al fin yo procuraba valerme de mis trazas, y no solamente estas dos veces, sino otras muchas, me hallé en diversas fiestas y regocijos, que como iba tan bien puesto, y mi cadena de oro al cuello, teníanme todos por mas de lo que era, y pasaba plaza de algun Caballero de los nobles de Zaragoza: porque señor Licenciado, no sé qué se tiene esto de andar uno en buen hábito, y mas en lugar que no es conocido, porque de ordinario le juzgan conforme viste, y así yo procuraba miéntras podia andar á lo vizarro, presumir en galas, pisar á lo grave, hablar mas de lo que era menester, y sentarme ya que no en el mejor lugar, en el que mas á próposito me parecia para mi comodidad y sosiego. No hay secreto en esta vida, señor Licenciado, ni cosa fingida que pueda permanecer: experiméntelo en mí propio, pues como habla-

dor, por haberme alabado de los sucesos que habia tenido con unos huéspedes de la posada, no hice mas de apartarme de ellos, quando como si fueran pregoneros, no quedó persona á quien no lo dixesen, y de modo, que de allí adelante fué necesario retirarme á casa, porque no me señalasen con el dedo por las calles por donde me paseaba, diciéndome hasta los muchachos, veis al de la cadenilla, estas manchas tiene, no hay boda ni banquete donde no se halle, amigo de buenos bocados debe de ser, echadle calza, no se nos pierda de vista tan buen pollo: *Secretum meum mihi*, dixo el Filósofo: mi secreto para mí ha de ser, y si yo no callo, qué maravilla es que otro lo diga y descubra mis faltas, ni tenga ley ni fé con quien no supo tener prudencia, teniendo ya edad para poder encubrir sus defectos. Acuérdome, que siendo mozuelo, ántes que los Moriscos saliesen de España, estando un dia en un Cigarral de Toledo, entreteniéndome con unos muchachos Morisquillos, les pregunté, có-

mo os llamais, para que de aquí adelante no ignore vuestro nombre quando os hubiere de nombrar: el muchacho con la simplicidad de criatura, me respondió. Quál nombre me pregunta, el de la calle ó el de casa: yo que oí semejantes razones, eché de ver que no era sin algun misterio la respuesta: y le dixe, ¿pues cómo, dos nombres tienes? por tu vida que me los digas entrambos, que yo gustaré de saberlos; y el niño entónces, sin hacerse mucho de rogar, me dixo: Mire señor, en casa me llamo *Hamete*, y en la calle *Juanillo*; pero que éste publicase quien él era, lo mal que sus padres le doctrinaban, la mala secta en que vivian y la pertinacia de sus errores, no era maravilla, era de tierna edad, sabia poco, decir tenia quanto supiese, lo suyo y lo ageno. Mas una persona como la mia, mas que primera cargado de años, que con quitarme á menudo la barba disimulaba ser ya pasante, ¿por qué habia de ser hablador, ni en mi perjuicio, ni en el ageno? pues en lo uno es poca discre-

cion, quitándome la honra: y en lo otro es pecado, que con las riquezas que tiene el mundo, no lo puedo pagar, siendo como es de mas precio el buen nombre que las palabras, oro, ni plata. *Melius est bonum nomen, quam divitiæ multæ*: dixo el Sábio, pero á lo hecho enmienda, y punto en boca, y pues puede un hombre comer para un dia entero, y tiene estómago para digerir mantenimientos de sustancia gruesa, que aun el fuego material parece que hiciera mucho en cocerla, por qué no guardará en sí una palabra, cosa tan fácil y llevadera, que en solo cerrar los labios, siendo como es materia de viento, se disimulan y encubren infinitos daños. Yo, pues, para evitar los que habia cometido, encerréme por algunos dias en la posada, no saliendo de casa, sino ya de noche, ó muy de mañana, quando con mas sosiego estaba la gente. Con esta traza me fuéron dexando, y olvidándose la matraca que me daban; quitéme la cadena que era como señuelo, pará que me mirasen. Dí en andar no tan á lo gra-

ve y señor. Sucedióme con esto lo que á una señora viuda, y rica: la qual como no tuviese heredero, y estuviese aficionada á un criado antiguo de su casa, mozo, hombre de bien, y de buenos respetos: determinó de hacerle dueño de su hacienda, casándose con él. Y para esto, llamándole un dia, le dió cuenta de su determinacion, y del amor que le tenia. El mancebo reparando en la demasiada desigualdad de ama á criado, del no tener, á verse en prosperidad y grandeza, turbado con tanto bien, como otros con mucho mal, procuró agradecido estorbar el intento, significándola con muchas razones eficaces lo mal que pareceria á quantos la conocian y trataban, el ver que ya que mudaba de estado, escogia por marido á un hombre, á quien ella le habia levantado del polvo de la tierra, pudiendo acomodarse una muger de tantas prendas, hermosa, moza y rica, con persona que la estimase, siendo á gusto de todos sus deudos, á quien tenia obligacion de respetar, siendo, como

era de lo mejor de su pueblo: Oyóle la viuda, y díxole, bien dices, quédese por ahora, y quitemos todo género de murmuracion, y saca el macho del malogrado de tu amo, échale unas aguaderas, en que puedas traer toda el agua que fuere menester para casa. El criado hizo lo que le mandaba, y acarreando el agua con el macho, admirábanse los vecinos, reprehendian el mal tratamiento de una bestia de tanta estima, pues la empleaban en el trabajo que era propio de un jumento: Preguntábale la señora al mancebo, que oía decir por la Ciudad del nuevo exercicio de aguador: y el mozo apesarado, la respondió, diciendo: Oigo tanto que me pesa del mal nombre que V.m. ha cobrado con el vulgo, pues tiene en poco una joya que tanto estimó mi señor, que esté en el cielo. Mas la dueña riéndose le volvió á mandar que prosiguiese en el nuevo oficio, y no le dexase. Pasáronse algunos dias en que le volvió á preguntar qué se decia, ya: si se acordaban del mal gobierno de su casa, del

poco cuidado de su hacienda y poca estima de su macho, en algun tiempo tan regalado de su dueño. Ya, señora, respondió el criado, como cosa comun y ordinaria, aunque me ven no hay quien me diga nada, ni se acuerdan del macho, ni de su amo. Pues así será mi determinacion; bien puedo casarme, que el decir durar puede quando mas, ocho ó quince dias, y despues con el tiempo se olvidará todo, como á mí me sucedió, que en retirándome de no andar por algunos dias, y en mudándome de vestido, como si tal no hubiera pasado, así no hubo de mí memoria; freqüentaba mis paseos por aquellas tan anchurosas calles, por donde sin estorbarse por algunas de ellas caben juntos seis coches, y de mis paseos no dexé de sacar algun fruto, pues por ser de buen talle, razonable rostro, algo aseado y lucido, no faltó quien pusiese en mí los ojos.

Cura. ¡O pobre de mi hermano! ¿y en eso habia de venir á parar en enamorado?

Alonso. No señor, mi aficion fué

lícita, santa y buena, pues fué enderezada para matrimonio, primer Sacramento en el mundo, y tan necesario, que en él se aumentan los hombres, y se ocupan las sillas que perdiéron aquellos soberbios y desobedientes espíritus. Bien es verdad, que no habia cosa que mas aborreciese que casarme, y que pudiera decir con el otro Poeta en su romance.

Aquí de Dios que me casan,
Malos años, no hay justicia.

Pero echando de ver que casarse era como ir á las Indias, que unos vuelven ricos, y otros sin blanca, y no sabia qual de estos habia de ser, conforme á lo del Filósofo, *Uxorem duxisti, navigasti.* Haste casado, entrado has en el mar, y como en ella se levantan quando muy quieta está, las olas que llegan á las estrellas, y las convatidas naves levantadas en montes de agua, unas veces llegan á las nubes, y otras baxan al centro de la tierra: así los pobres casados padecen inumerables fortunas, de dificultades y trabajos: Y el otro Jurisconsulto, encareciendo las

miserias de los que navegan, propio retráto de los que se casan, dixo. *Navigantes, neque inter vivos, neque inter mortuos connumerantur, sed est aliud genus hominum.* Los que pasan el mar, ni se cuentan entre los vivos, ni entre los muertos, sino que son otro género de hombres, que estan tan cerca de la muerte, como de la vida. Petronio, arbitro Poeta, aborrecia el casamiento, de suerte que en sus versos dixo:

Pesima res uxor poterit tamen utilis ese,
si brebiter.
Moriens brebiter, det tibi quid, quidquid
habet.

Terrible es la muger casada, y podrá ser de gran provecho, si muriéndose dentro de pocos dias le dexare por heredero de su hacienda. No ignoraba señor Licenciado la excelencia y mejoria de estado que tienen los Religiosos y los que conservan la limpieza y virginidad de sus cuerpos, semejantes á los que asisten con el Cordero celestial, y que el estado del viudo es mas perfecto que el de casado,

pero para el flaco y que no quiere conservarse en tanta perfeccion, como dice el Predicador de las gentes San Pablo. *Melius est nubere quam viri*: Mejor es casarse, que quemarse, así yo, no sé por quales respetos interviniendo algunos amigos que de mi posada se me llegáron, vine á mostrar alguna aficion para mudar nuevo trato de vida: y para esto como hubiese oido que cerca de mi casa vivia una viuda rica, de mediana edad, no tan hermosa como la fundadora de Cartago, ni tan servida, ni codiciada como Policena, me determiné de mi parte se le diese un recado, ofreciéndome por su servidor y verdadero amante, con debido contrato de matrimonio: no se descuidáron los casamenteros, pues como personas cuidadosas, y que me hacian merced, en solos dos dias me lleváron á vistas.

Cura. En verdad, hermano, que me ha de contar las gracias de la señora novia, que pues la noche es larga, entretenernos hemos con su visita.

Alonso. Tan presente la tengo en la

hora de ahora, como quando Dios la tenia en este siglo, y así me costará poco el cansar mi memoria en lo que Vm. me manda. Era mi bien lograda muger, pasante en edad, de razonable cara, aunque con algunas arrugas, surcos de los años sesenta y dos que tenia, desmoronadas las almenas de la boca, con quatro ó seis portillos, que se divisaban no demasiado, por un poco de bozo con que se cubrian, aunque no bastante al disimulo de dos grandes colmillos que salian á fuera: anchurosa la frente: razonable nariz: buenos ojos; pero corta de vista, no muy alta de cuerpo, ni muy baxa: para su cabello no eran menester trenzados, porque de una enfermedad ó corrimiento, me dixéron no le habia quedado cañon en su cabeza, y toda ella era de modo, que á llamarse Marina, se pudiera decir por mi muger aquella letrilla, que compuso un Poeta, de otra novia, quando la llevaban á la Iglesia.

Moveraos Marina á risa,
Sirviendo de juguetillo,
Pues là llevan de un colmillo,
(Quando sale novia) á misa.

Con sus tachas buenas ó malas, acepté con su envite, y no me descontentó por parecerme que era de buen entendimiento, por las pocas y buenas razones que me dixo, que si de edad mas que suficiente, consideré que era lo que á mi mas me convenia, llevando muger que me aconsejase de gobierno, y para mi regalo la que habia menester; sin andarme á domar potros, mozuelas de todo el dia, en la ventana, edad codiciosa de ser vistas, desproporcionada para una persona como la mia. Habiendo dexado á una parte el año climatérico, ayudando mi buen propósito verla con casa de suyo, bien alhajada, y con oficio de comadre, que por lo ménos en una Ciudad como Zaragoza, teniendo el crédito que tenia, era forzoso ganar de comer para todos, y salir con su industria mejorado: Mostréme el rato que con mi viuda estuve, mas eloqüente que el

Griego Demóstenes, mas amoroso que Macias, y mas derretido que un Portugues: lance forzoso de los dias primeros del noviciado. Despedíme de mi señora, concertando el dia de nuestro desposorio, que con los amigos que se me allegáron, aunque extrangero, se pudo negociar fácilmente, alegando todos ser soltero, conocerme por hombre de bien, buen Christiano, temeroso de Dios, y de buena conciencia. Con esto tuvo efecto lo que pretendia, y con la brevedad posible me desposé, y recibí la bendicion de nuestra madre la Iglesia, celebrando mis bodas con el regocijo y contento, que puedo encarecer á V. m. pronosticándome para adelante una vida quieta y sosegada, y de mucho descanso.

Cura. Gracias á Dios, hermano, que salió de con amos, y que le veo ya señor de su casa, rico y de buena ventura.

Alonso. Engañanse los hombres, y prometénse vida, quando estan á las puertas de la muerte, conforme á lo que escribió un Poeta en quatro versos.

Del prometer al cumplir,
Qué leguas hay de distancia,
Y qué de cosas se esperan
Con engañosa esperanza.

Trocóse la suerte, y ántes de acabarse el pan de la boda, empezáron mis nuevos trabajos y desventuras: descubrió la hilaza mi señora muger, y dió señal de quien era; no trató verdad conmigo, pues no contentándose con ser viuda, vieja, y con dos hijos, mayores que su padre, que en sabiendo la mudanza de estado, viniéron de veinte leguas de donde residian, para quedarse en nuestra compañía, que á dos por tres, por una palabra que la hablaba, nunca pisada serpiente del descuidado y tosco pie del labrador grosero, volvió con mas ira, meneando la ponzoñosa lengua, como la víbora de mi compañera, dada para purgatorio de mis grandes culpas, se volvia para mí, de suerte, que si la pendencia empezaba á las seis de la mañana, habia de durar hasta las seis de otro dia, porque se cumpliesen las veinte y quatro horas, y no quedase falto el término por

su ocasion. Mirase en el dote, en la nobleza, en la hermosura, en si ès sana ó enferma una muger, para casarse ó meterse monja, y no se repara en los dotes del alma, en la discrecion, en las costumbres, en el buen natural, en el ser afable, bien acondicionada, honesta, recogida, y que no haya de ser verdugo del desdichado que la ha de llevar. Riquezas, bienes temporales, honras y nobleza, heredánse de los padres, mas la buena muger, dice la sabiduría, que es don de Dios: *Honores, & divitiæ dantur à patre, uxor autem bona à Deo: In manibus tuis sortes meæ*: dice el Profeta: En tus manos, Señor, está mi suerte, y quien la hubo buena, estime su dicha, y quien no, tal indulgencia tendrá de sus pecados, si pacificamente sufriere lo que sufrí, lo que padecí, y lo que llevé, sin darlo á entender á mis vecinos, que como no habian de remediar mis desdichas, callábamelas yo, y disimulaba, cerrando la puerta de mi casa, diciendo lo que el otro santo afligido ayunque en sufrimiento, de miserias y des-

venturas. *Hæc quæ patimur peccata, nostra meruere.* Si padezco persecuciones y trabajos, pecados son mios: bien los merezco. Verdad es, señor Licenciado, que si quisiera presumir de valiente y arrojado, no me atreviera, por temor de los dos alanos que tenia á los lados, dos mozotes, que el que ménos tenia, pasaba de veinte y cinco, para decir y hacer de modo, que eran tres al mohino, y yo, como buen Juan, habia de sufrir y callar. Acordábame de un manchego recien casado, á quien deparó Dios una compañera, bien semejante á la que yo tenia, que habiéndole contado los casamenteros, su vida y milagros, en desposándose que se desposó, la miró la cabeza y brazos, y preguntándole ella qué ceremonia era aquella, la respondió: me han dicho señora, que es Vm. muy mal acondicionada, y que á pesadumbres quitó la vida al otro marido y hallo por mi cuenta, que es testimonio que la levantan, pues con haber poco mas de quince dias que enviudó, no tiene señal en el rostro, ni ci-

catrices en la cabeza, el brazo está entero, y yo no hallo lesion alguna, de donde colijo, que debe de ser Vm. una santa, que á ser tal como me dixéron, y tan desabrida de condicion, no era posible, sino que alguna vez saliera de madre el pacífico marido mi antecesor, dexando impresas algunas señales de su cólera: Y palabras fuéron éstas de tanta eficacia para la recien desposada, que en quanto duró su matrimonio nunca tuvo pesadumbre con su marido, temerosa de lo que al principio le habia oido decir.

CAPÍTULO VI.

Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en el matrimonio, hasta que enviudó.

CURA.

No me parece bien semejante trato, que ha de ser verdugo de su muger el hombre casado, ántes la ha de amar,

respetar y querer, que el andar de otro modo es de gente bárbara, sin Dios, ni ley ni razon: y que el que se casa no recibe á su muger por esclava, sino por su compañera, alivio de sus trabajos, consuelo de sus penas, y medio eficaz para el fruto que se consigue del matrimonio.

Alonso. Así es verdad, que jamas me pareció bien el jugar de manos, el mal tratamiento, el hablar con descortesía, y el maldecir á los casamenteros: dexado á parte, que es de gente ruin y baxa, usar de semejante término, como si ellos tuvieran la culpa de sus pesadumbres. Pero señor, el medio que tomaba para estorbar algunos daños que se suelen seguir de demandas y respuestas, era tomar la capa y salirme de casa, siguiendo el consejo del Sabio: *Date locuminæ*, dad lugar á la ira, dexad pasar aquel primer ímpetu, y no encendais mas el fuego de la cólera, hacialo así el Filósofo Sócrates, el qual como estuviese casado con una víbora, en fi-

gura de muger (a), un dia fuéron tantas las voces que dió, y palabras descomedidas que dixo al pobre marido, que por evitar algun descendimiento de manos, tuvo por bien de baxarse al patio, y dexarla decir hasta que se cansase la desbaratada muger, no contenta con lo que habia dicho y hecho, viendo el poco caso que Sócrates hacia de ella, y que estaba al cabo de la escalera, tomó un caldero lleno de agua, y echósele encima. El buen hombre, en lugar de tomar venganza de semejante atrevimiento, riéndose la dixo: yo ya me espantaba, señora, que dexaba de llover habiendo atronado tanto.

Cura. Exemplo fué ese para los maridos impertinentes que ahora se usan, para los que por liviana causa ponen á sus mugeres como á las hijas del Cid, para los holgazanes que procuran que ellas trabajen quando ellos se pasean, teniendo obligacion de sustentar su casa con su trabajo y sudor, quando no

(a) ¡Ah, y quántos Sócrates hay hoy dia!

tiene renta con que poder hacerlo.

Alonso. A ese propósito me acuerdo haber oido decir de un vellaco mal acondicionado, que por liviana ocasion que la pobre muger le daba, llegándose á ella, con amorosas y fingidas razones, con voz alta, de suerte que sus vecinas le oyesen, la decia. Válgala Dios, hermana, no callará y mudará esa mala condicion que tiene: y con esto la daba un pellizco, que la dexaba fuera de sí con el dolor que sentia. La pobre casada pedia justicia al cielo de sus agravios, favor á sus vecinos, que culpaban sus gritos, oyendo las buenas palabras del taimado marido, alabándole por un santo, y á ella teniéndola en reputacion de una muger sin término, razon ni entendimiento.

Cura. Ahora dígame, hermano ¿de qué modo empezó á llevarse tan mal con esa señora? ¿qué principio tuvo, qué ocasion la dió?

Alonso. Dos capítulos me puso; y con lo que mas procuró, entre otras cosas, para hacerme cargo, fué el decir que era yo desabrido, desamora-

do, seco, sin jugo, y que no la mostraba el amor que ella quisiera (a).

Cura. En eso razon tenia.

Alonso. Ya los tiempos no corren como solian: las ternezas y azucaradas razones, son propias de desvanecidos Poetas, que no dexan diosa, sol, luna, estrella, aurora, clavel, ni azucena, que no las comparen con sus damas: van al mar, sacan las perlas para sus dientes, y estiman en poco el oro de Arabia, para compararlo con sus cabellos, como si no pudiesen tener liendres, y de en quando en quando criar otras sabandijas. Hacia burla de un aficionado Poeta otro, que aunque lo era, no lo estaba, y con una redondilla le dixo, dándole matraca.

Venturosa fregoncilla,
Pues mereció cada hora
Ser llamada bella aurora,
Siendo moza de Zorrilla.

Llamar corazon, alma, vida y pa-

(a) Esta es una enfermedad que ya se ha hecho casi comun en las mugeres.

raiso, un hombre á su muger, señor Licenciado, bien se ve que es mentira: Yo como persona amiga de verdad, nunca púde inclinarme á semejantes razones: y para bien de paz la rogué, que se contentase con ser señora de su casa, con ser la regalada, la querida, y con esto aun no estaba alegre, señal certísima y patonómica, de su mala inclinacion. Yo señor, de mi natural era encogido, nada desenvuelto, y pedirme mas que si, ó no, era pedir peras al olmo, retrato verdadero, sino era original, del Macias, que enamorado de una Ninfa, por quien andaba muerto, quexándose de su ausencia, y desfogando el pecho del incendio en que se abrasaba, adquiriendo nuevo espíritu que le alentase, suspirando dixo.

Suspiro, ve á Magdalena,
Vete á Magdalena, y dile,
Que si está hilando, que hile,
Que hile muy enhorabuena.

No topaba aun en esto solo el estar conmigo tan desabrida mi mal acondicionada consorte, sino que deseaba

que me ajustase yo tan á su gusto, que no hubiese mas de un querer, una voluntad con la suya: de modo, que de dos sugetos, quedase propiamente en solo uno: sin haber division, siendo impertinencia lo que me pedia, como en otras cosas tenia de costumbre.

Cura. Diga hermano, ¿y qué era?

Alonso. Como ella era viuda, del pasado marido tenia guardados unos jubones, tan al gusto, que habia de ser el que se los pusiera tan parecido á los sayones que se solian pintar en el martirio de algun santo: y con este gentil aderezo queria que saliese yo á dar que reir por la Ciudad, y que me corriesen los niños: dióme un dia un sayo tan cumplido de guarnicion, tan corto de talle, y ancho de manga, que se debió de acordar de él, y de lo guarnecido, un Poeta; quando dixo el aderezo con que salió una novia mal aderezada.

La guarnicion era tal,
Que entiendo que el oficial,
Al tiempo que la cortó,
Sin duda que imaginó,
Que era para algun frontal:

Muy labradas á carreras,
Las mangas, y tan groseras,
Que quando se descogian
Con el viento, parecian
Dos grandísimas vanderas.

Procurarla yo meterla por camino, era como predicar en desierto, diciéndola: advertid señora, que ya se pasó el tiempo del Conde Don Peranzules, y que nuestra España, de cada dia usa nuevos trages, no bastando pragmáticas y provisiones, para remediar tan inumerables gastos, sacando cada uno nueva traza, nuevo modo de vestir, no mas de como le pasó por la cabeza, imitándole todos, como á verdadero restaurador de las galas, y de mayor curiosidad, ya perdida en el mundo. Usa el Italiano, el Frances, el Flamenco, el Ingles, el Turco, el Indio, desde que tuvo principio su nacion, de una misma forma de vestido, sin haber mudado el uno el sombrero, ni el otro el turbante, y solo el Español es variable, no habiendo camaleon que así mude de colores, como él de traxes, y diversas hechuras, que ésta debió de

ser la ocasion que tomó el otro pintor, que retratando todas las naciones, á cada una la fué vistiendo con el hábito que siempre ha guardado; y llegando al Español: pintóle en carnes, y con un paño entero al hombro, y esta letra por orla.

El se corta de vestir,
Y aunque pase de lo justo,
Andará siempre á su gusto.

Cura. En verdad, hermano, que tiene razon, que aun con tener yo mas de cincuenta años, poco mas ó ménos, tengo experiencia de la diversidad de zapatos que se han usado, tan diferentes en su hechura, porque unos ví redondos, otros puntiagudos, de una suela, de dos, y de tres, y de quatro, otros romos; con orejas y sin ellas, largos de pala y corta: y si en el calzado es esto, qué será en lo demas (*a*).

(*a*) No diria el Señor Licenciado esto, si viviera en nuestro tiempo, pues ya no se varia, ni el zapato, ni la hebilla, ni el peynado, &c. &c. sino cada tercer dia.

Alonso. Lo que veo señor, es, que como las edades se van acabando, y el mundo va siempre como la rueda de la fortuna, dando vueltas, viénese á usar al presente lo que se habia usado en el tiempo de Don Pelayo, y estas melenas y guedejas, que V.m. ve usar á los galancetes, no es de ahora, que así las traian los soldados del Cid, y de aquí á treinta años, si Dios es servido, vendrá otro uso, y lo que hay de sobra de cabellos en esta era, en la venidera ha de ser estar todos calvos, que no habrá otra dificultad, mas de decir uno, esto ví en la Corte, fulano traia la cabeza de esta suerte: En las Indias se tiene por honra la calvez, y es de modo, que los muy poblados de cabello, para imitar á los que no le tienen, á nabaja procuran quitárselo, siendo monos de naturaleza, que no hay Reyno que no tenga su plaga. Mas volviendo á nuestro propósito, el ser yo tan bien acondicionado, imagino que fué la razon de ser mi ama tan desabrida y terrible conmigo, y que á ser yo como un casado, de quien se cuenta,

que por ser tan mal acondicionado, su muger le quitaba quantas ocasiones echaba de ver que le podian causar algun enojo, escarmentada de que todas las pesadumbres de su casa las habia de pagar ella, como principal fiador de sus impertinencias. Pues como un dia la hubiese enviado dos libras de peces, diciéndola el que los truxo, que los aderezase luego para cenar, porque ya venia su marido; como persona de cuidado, procuró tener la cena á punto, puesta su mesa: de suerte, que aunque su condicion era terrible, no tuviese en que tropezar, para salir de juicio con su demasiada cólera, como acostumbrada de ordinario. Llegóse la hora de la cena, vino á su posada el marido, con la gracia que solia, ó con mucha peor: pidió le sacase que comer, y ella truxo unos peces fritos. ¡O mala muger, qué has hecho! dixo el marido, yo no los queria de esa suerte, sino cocidos: Tambien los hay como los quereis, respondió la casada, y sin detenerse, se los puso en la mesa. No sabeis darme gus-

to en cosa, replicó con mucho enojo el dueño de casa, que á donde habia peces tan crecidos, mas sabrosos fueran asados, y con pimienta y agrura, y no de esa suerte. No parece sino que estaba yo imaginando lo que habiades de pedirme; tambien los tengo asados, pimienta está molida, y naranjas no os pueden faltar, que dos teneis en vuestra mesa, respondió la buena muger.

Cura. Por malo que fuese un hombre, no era posible llevarse mal con tal muger, y mas adivinándole los pensamientos para quanto la pedia.

Alonso. Así lo digo yo, señor, que quando uno no quiere, dos no barajan; pero mi compañera no andaba conmigo de ese modo, sino que si la decia blanco, habia de ser negro: y si azul, colorado. Era un espíritu de contradicion, dado de Dios para purgatorio de mis graves culpas(*a*): su plática comun,

(*a*) Si á todos los que les sucede hoy lo mismo, lo llevan con paciencia, y su Magestad (como es creible) se lo toma en descuento de sus pecados, mucho llevan adelantado para la vida eterna.

y sus pensamientos, eran: así yo me vea con unas tocas largas y mongil, y me saque de poder de este holgazan de mi marido: Y aunque por dos ó tres veces estuve para ello, que quantos me veian, afirmaban no haber de ser posible vivir, ayudando ella por su parte á sacarlos verdaderos. Con todo eso me tuve firme, y no quiso el Señor quedase en la demanda, sucediendo por mí lo que á un pobre hombre, á quien su muger le trataba tan mal, con estar tan débil y flaco, de unas calenturas que tenia, que sus vecinas, movidas de compasion, y el Médico que le curaba, la comenzáron á reprehender con alguna aspereza: diciéndola, mirad que es cargo de conciencia no tener cuidado con este enfermo, y mas teniéndole tan á la muerte, y vos tan obligada á mirar por su regalo, y no dexarle morir de hambre: mirad por él en hora buena, ó en la otra, ó sino llévenle á un hospital que mas regalado estará allí que en vuestro poder. ¿Eso me dices á mí, y en mi cara? Pues en verdad que es-

tá allí colgada la gallina, y que va comiendo de ella, dixo la descuidada enfermera, y con mucha cólera: Y el Médico con mucha flema la respondió: ya yo veo que es verdad lo que decis, que el ave allí está colgada, y se habrá comido la cabeza, que esa falta; los sesos le valdrán mas que un pisto, y no quedará ahito, ni será menester echarle melecina contra el embargo. Dábame en cara los mas dias, en que yo no la truxe ninguna hacienda (*a*): y que sustentaba y me daba de comer, sin ganarla un real, y no echaba de ver á sus galeotes, paseantes de dia y de noche, que para sacarlos cada mes de la cárcel no tenia hacienda, ni fueran bastantes muchos ducados para aliviar la pereza de un Escribano, los pasos lerdos de un Procurador, el acriminar las cosas de un Fiscal, y aplacar el rigor de un enojado Juez: y séle decir á V.m. que ya que no sobraban, era demasiada mi solicitud, mis humi-

(*a*) Este es un contagio, casi comun.

llaciones, mis rugos, mi buena plática, y buena retórica: de modo, que todos esos señores solian decir, que con mi crianza y buenas razones, los tenia obligados, para hacer por mí quanto les pidiese: dexado á parte que si quiera por ser su ordinario escudero, merecia suficiente salario, para mi cóngrua sustentacion, porque yo era el que la acompañaba á quantos partos la llamaban: Verdad es, que no se perdia nada, porque como ya conocido por marido de la señora comadre, la parida, el señor de la casa, la madre, tia ó hermana, nunca dexaban de regalarme, principalmente si el parto iba largo, y nos quedábamos toda la noche en vela, no me descuidando de ganar las albricias, de ser infante ó infanta, que si daba buena nueva á quien deseaba varon, era poco darme un ferreruelo y ropilla, haciéndoseme todo mortal veneno, con los desabrimientos de mi muger. Procuré de hablar á algunas vecinas y amigas, comuniquélo con su Confesor, que era una alma bendita, y aunque se corri-

gió por algunos dias, duróle paco la enmienda, volviéndose á lo que ántes, sino peor: viniéndola á suceder lo que á una gata regalada de la Diosa Venus: Mas quede por ahora para otro dia, que ya estará V.m. cansado de oirme.

Cura. Prosiga hermano, que á sentírme cansado, yo se lo dixera.

Alonso. Tenia una gata la Diosa Venus, que habia criado desde pequeñuela, tan regalada, lucida y grûesa, como suelen ser las de un refitorio (*a*): tanto la amaba, que si fuera galan, no la pudiera decir mayores requiebros: del modo que algunas doncellas simples, que en teniendo un falderillo, no hay madre que á su hijo, puesto á los pechos, le diga mayores locuras; llamándole Rey, Papa, Emperador, Duque, Marques, como ellas suelen mostrar su demasiada aficion con encarecimiento y amorosas razones: así

(*a*) Nunca los que andan á tales alrededores lo pasan mal.

nuestra Diosa debia de ser algo niñera, y por el amor que la tenia, para mostrársele mas de veras, la pareció ser justo volverla en una dueña honrada: como lo imaginó y trazó lo puso por obra, y con absoluto poder la volvió en una hermosa y bien dispuesta dueña, reverenda, de tocas largas. Sucedió que en este tiempo, por la merced que se le hizo á Hércules, en satisfaccion de su desgraciada muerte, por el mal consejo del vengativo Centauro, con la engañada Dianira, quedando con su ensangrentada camisa, hecho otro bolcan de fuego: y su padre Júpiter para honrarle, le volvió en luciente estrella. Todas las Diosas y Ninfas de los rios, agradecidas á tan señalada merced y liberalidad, dándole las gracias, de una en una le fuéron haciendo un franco y regalado convite, adonde no solo acudió el famoso Dios, sino todos los demas Dioses, juntamente con sus mugeres, desde Saturno, hasta el remojado Neptuno, y así le vino á caber el dia de su fiesta á la Diosa Venus, puestas las mesas, sen-

tados los Dioses, comenzada la música de Orfeo, atendiendo todos á la suavidad de su vihuela, acertó á salir por la sala un raton, paseándose de una parte á otra, no con poca risa de los convidados, viendo un animalejo con tanta desenvoltura (que verdaderamente, sino fuera por el mal olor que causa, y por ser tan nocivo adonde anda, no dexando cosa que no roiga, ni esté segura de sus dientecillos, pudiera servir de juguete, y tenerle por entretenimiento.) Fué en ocasion el caso, en que acertó á salir la señora dueña de la Diosa, ántes gata, y ya con tan reverendas tocas, que quien la viera, forzosamente la habia de juzgar por una grande y reverenda viuda, traia al hombro una toalla, en la una mano una fuente de oro, y en la otra un aguamanil de lo mismo, insignias de los que han de dar agua á manos á los convidados: Llegó á la mitad de la sala, hizo la reverencia á los Dioses, y como el ratoncillo volviese á su paseo, fuéronsele los ojos, y sin reparar á lo que venia, á la gravedad del lugar, y

á los que la habian de ver en tal desacato, y á ser ya persona de cuenta, y que ya no era gata como ántes, ni á la merced recibida: Arrojó la fuente, derribó la toalla, dexó caer el aguamanil, y alzándose las sayas y tocas, comenzó á correr tan desaforadamente por la sala, que á pocos lances y saltos, con la boca vino á coger el animalejo, y como si hubiera hecho una gran hazaña, se le puso en la falda de su señora, como solia en otros tiempos. Miráronse los Dioses unos á otros, las Diosas y Ninfas, se azorráron un poco, y algo melindrosas, diéron muestras de algun sobresalto de miedo: Corrióse Venus de la afrenta que la habia hecho su sonlocada dueña, y hecha un fuego de cólera, vuelta para la mal inconsiderada sirvienta, la dixo: gata fuiste, y gata serás, y pues al cabo de tantos años que te he criado, te vuelves á tu natural inclinacion, dexa el grave mongil, y reverendas tocas, y coge los ratones que vieres, que quien nace para ser ruin, y de baxos pensamientos, sacarle de oficios groseros, y

de poca estima, para que suba á honrosos cargos y dignidades, es quitar al sol que dé su luz, á la piedra que no baxe á su centro, y al fuego que no se apague y muera con el agua, su mortal enemiga. Esto dixo la Diosa, y al punto volvió la reverenda dueña á lo que ántes era, quedándose en forma de gata. Ya sospecho que V.m. me tiene entendido (*a*). Mi señora muger disimuló su natural inclinacion, tuvo paz conmigo algunos dias, cansóse del bien, y buscó mi mal, y si ántes era vocinglera, maldiciente, gruñidora y mal hablada, que con la vejez que por su mala inclinacion de allí adelante fué pregonero en el gritar, tarabilla de molino en desasosiego contra mí, y un mortal enemigo, y solícito fiscal de mis ligeras culpas. Pasé esta vida de galeras dos años y medio y catorce dias, cinco mil años para mi tormento; pe-

(*a*) A la verdad que muy rudo será el que no lo entienda, y sepa hacer la aplicacion á muchas cosas.

ro quien presto se determina, tambien se arrepiente presto: Dixo un Poeta, y el Cordoves Séneca. *Priusquam facias consulto, ubi consulueris mature facto opus est.* Hermano, ántes que hagas la cosa, considérala bien, y despues de considerada, podrás hacer lo que mejor te estuviere.

Cura. Razon tiene en lo que dice, pero él se lo quisó, y se lo buscó, paciencia habrá de tener.

Alonso. Sucedióme á mí, señor Licenciado, lo que á un buen hombre, verdadero retrato mio: el qual el dia que se casó, de secreto se llegó á comunicar su negocio, con algunos deudos y amigos suyos, á quien les dixo las muchas causas que le movian, para elegir por muger á la señora fulana, por quien andaba perdido años habia, las muchas esperanzas que tenia si con ella casase, de vivir en perpetua paz y sosiego, las grandes expectativas de sus herencias, y el mucho dote que le traian, dexado á parte su gran hermosura y gracias, con que la habia dotado el cielo. Atendiendo á

todas estas razones, un su primo, como deudo mas cercano, muy viejo, y de mayor experiencia, le respondió. Hermano, de ningun modo os conviene ese casamiento, por muchas razones. La primera, por la general, que esa señora no es legítima, sino hija de una muger de mala fama, y la suya no ha sido muy buena; no está muy sana, y malas lenguas han dicho, que aunque se ha sudado, serán necesarias unciones; por dos cuernecillos ó gomas, que la salen en la frente; es algo corcobada, por el dolor que dicen que padece de riñones; no tiene dientes, y los que trae los hizo un barbero; no es tan niña que ya no pasa de sesenta y dos; no tan bien acondicionada, que no traiga revuelto el barrio donde vive, y á sus vecinas no las dexe vivir con perpetuas pendencias: el dote suyo son dos casas viejas, que para repararlas no teneis hacienda: para que herede de su tio, ha de ser necesario que muera todo el género humano. Estas gracias tiene la que me decis, harto os he dicho, miradlo. El otro entónces, con la

paciencia mayor del mundo, le respondió, diciendo: pues ya no tiene remedio, ya está hecho, ya me casé, ya está la novia en mi casa, si yo me lo quise, yo me lo sufriré, miéntras que el Señor fuere servido que lleve tan trabajoso purgatorio; pues al fin no son los hombres eternos, y el cuervo y el ciervo, aunque viven doscientos años, tambien viene la muerte por ellos, y los mas fuertes y soberbios edificios, los consume el tiempo, y contra él no hay salud perpetua, ni gigante que no venga al suelo; vióse manifiestamente en mi bien lograda muger, pues con parecer en su fortaleza y robusto natural, eterna en el vivir; con un catarrillo, una nonada de enfermedad que la dió, de venir una noche de un parto, le sobreviño una perlesía á todo el lado derecho, cogiéndola la lengua, de modo que fué ventura poderse confesar, y pedir misericordia á Dios, que si algun consuelo tengo en todos mis trabajos, es conocerla yo, que fuera de aquellas recidumbres y cóleras, era lo que se podia desear, buena y honra-

da. Vivió con su accidente seis dias, y á la entrada del séptimo dia dió cuenta al Señor de sus pecados, dexándome á mí libre y metido en nuevas persecuciones y penas. Cerró mi muger los ojos, y los abriéron sus dos hijos, que como á padrastro me pusiéron dexándome en carnes, sacándome la hacienda que ellos ni su madre no habiad ganado, sino yo adquirido por mi sudor, y buena industria: pudiendo decir lo que dixo un viudo pobre, á quien por habérsele muerto la muger, y sin dexar hijo alguno que heredase, le quitáron toda la hacienda, y consolado en alguna manera, escribiendo una letra á un su amigo, dixo:

Lunes murió mi muger,
Martes todo lo destruyes,
Acabáronse en un dia
Dineros y pesadumbres.

No valió el decir que habia traido doscientos ducados, quando me casé con la difunta, que vine á su poder bien tratado, con dos pares de vestidos, y algunas joyuelas de oro, para que me diesen algo de lo que que-

daba, sino qué por justicia me echáron de casa mis dos enemigos, y sus tios: cumplida la novena, dexándome con sola una sotanilla de bayeta, y un sombrero no muy bueno, y sin aforro, como de viudo. Veame aquí V.m, dexado de todos, sin blanca, desacomodado, mal vestido, y sin saber á dónde recogerme: Lloraba á mi desabrida muger, que aunque mala, todavía con ella no me faltara cena, ni cama, ni mis contrarios me quitaran la hacienda por el dote de su madre: entraba conmigo en consejo, considerando á donde irme: si en casa de los amigos que convidé para mi boda, ya era otro tiempo, entónces rico, y al presente pobre; y el adagio comun me lo enseñaba. *Dum fueris dives multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Ten por entendido hermano, que si fueres rico, estuvieres próspero y abundante de bienes de fortuna, hallarás y tendrás muchos amigos; pero si fueres pobre, y la fortuna y tiempo dieren con tus bienes al traste, has de verte solo, y sin ha-

llar quien te dé la mano (*a*): todo lo echaba de ver, mas como á los entremetidos haya fortuna prometido su favor, cobrando algun ánimo me fuí á la posada antigua, de adonde habia salido para casarme, hallé á los huéspedes, y pedíles algun socorro para poder salir de Zaragoza; donde por ser ya conocido, no me estaba bien quedar en la Ciudad. Afligiéronse de verme, y yo con ellos me enternecí, acordándome del modo que llegué á su casa, y como entónces me habia de salir con tanta necesidad, pobre y miserable. Movidos de lástima, me dié-ron doce reales, con que habiendo cenado y dormido aquella noche, en oyendo Misa, despedido de ellos me fuí á un parador, buscando algun carretero con quien poder salir de una Ciudad, en que tantas desdichas me habian sucedido: determinando irme á donde quiera que fuese, y deparóme Dios un buen hombre, tan de partida

(*a*) Esta es una verdad poco ménos que evangélica.

para Portugal, que tenia uncidas ya dos mulas al yugo del carro, y acababa de aparejar otras dos que llevaba por raetas. Lleguéme á él, habléle comedidamente, preguntándole si me podria llevar consigo; y respondióme, que por tener tan ocupado el carro, y ser mucho el peso que llevaba, no era posible acomodarme; pero que pues no era enfermo, y de buena edad, pues él habia de ir poco á poco, y las jornadas de los carreteros, quando mas largas, cada dia son siete ú ocho leguas, bien podria irme con él, ofreciéndoseme de que á ratos él se apearia, para que subiendo yo en su lugar, me aliviase del trabajo del camino. De tan buenas razones y ofertas le dí las gracias, y así los dos salimos juntos del parador, tomando el camino del famoso Reyno de Portugal. Mas pues ya es tarde y hora de que V. m. se recoja, quédese en este punto hasta mañana, que siendo Dios servido, proseguiré con mi viage.

Cura. Razon tiene, que ya estará cansado, váyase con Dios, que mañana le aguardo.

CAPÍTULO VII.

Da cuenta Alonso de su llegada á Lisboa, y como entró á servir de mayordomo á un Caballero Portugues.

ALONSO.

Préciome de obediente, y mas con V. m., y así vengo puntual á lo que se me mandó.

Cura. Prométole hermano, que me ha dado mucho contento, no se nos pase la noche, prosiga, y advierta que es la jornada de Portugal.

Alonso. Así es como V. m. lo dice, y ruego á Dios, que no se me olvide, que no fué viage para mí de menor trabajo que los demas. En efecto salí de Zaragoza, con mi carretero, hombre tan de bien, y buen término, que le quedé en obligacion mientras la vida me durare, que el ser agradecido, y acordarme de los beneficios recibidos, fué costumbre mia muy de atras, que la ingratitad, son de los pecados que mas aborrece Dios,

y de ingratos suelen decir que se llena el infierno. Recibí de mi compañero en todo el camino muy buenas obras, así dándome de comer, como dexándome subir muchas leguas en el pertigo del carro, aunque el bien que me hacia, no le echaba en saco roto, porque como llevaba quatro mulas, tenia yo comedimiento de ayudarle, así en darlas de comer, como en aderezarlas en sus colleras y cuerdas; de modo, que conmigo ahorraba un mozo á quien dar salario, ya que á mí me sustentaba. Llevamos nuestro viage con la mayor conformidad del mundo, hasta entrar en Lisboa, cabeza del Reyno de Portugal, de las mejores que el mundo tiene, porque dexado á parte su grandeza y máquina de tanta vecindad, como hay en ella, pues segun algunos, serán ochenta mil sus vecinos; la muchedumbre de gente que anda por las calles de todas naciones, los maravillosos rios, y bien labrados templos; la grandeza del celebrado Tajo, por cuya anchura navegan infinidad de navios, sin los menores vasos que de ordinario la bastecen de todo género de

mantenimientos y regalos; el gran Palacio del Rey, cuyas cercas las christalinas aguas le combaten; su abundancia de pan, vino, carne y frutas, á tan moderados precios; los muchos Señores titulados y caballeros ilustres que en ella viven, de grandes y crecidas rentas; el ser la Corte de todo el Reyno, á donde hay tres sillas Arzobispales, la de Braga la de la ciudad de Ebora, y la de Lisboa demas que son los Portugueses afables amorosos, tratables, bien acondicionados, animosos, y de grande ingenio, entendidos, y por armas y letras insignes, á quien de derecho se le debe el nuevo conocimiento de sus Indias, y mucha parte de la riqueza que goza Castilla. Viéndome, pues en Ciudad tan populosa y rica, tuve por cierto haber de hallar en ella el remedio que deseaba; y para esto, despedido de mi buen amigo, salí de su posada á buscar alguna comodidad con que pasar mi vida. Llegué á la Rua, calle de Lisboa, de las mejores, por donde acertó á pasar un Caballero muy cargado de luto, y con el hábito de Christus al pecho, enco-

mienda de mucha estima en aquel Reyno, y que no se da sino á personas muy calificadas. Lleguéme á uno de los pages que le acompañaban, á informarme, si por ventura aquel caballero me habia menester en su servicio, haciendo mi cuenta: Estos criados estan de luto, mi vestido es de lo mismo, la mitad del camino está andado, pues por lo ménos no será menester entrar pidiendo, como otros criados, si acaso hubiere de servirle; respondióme el criado conforme á mi deseo, no se vaya de con nosotros porque Don Pedro mi señor, por falta de un mayordomo que los dias pasados se fue al cielo, anda en busca de una persona como la de V. m., y es buena ocasion ésta para hablarle, porque muy presto nos irémos á casa: Agradecíle la buena nueva; fuime en su seguimiento, y en breve tiempo entramos todos en una casa de las mejores de Lisboa grande de portada, y ricamente labrada, un anchuroso zaguan, luego un gran patio, correspondiente una reja, por donde se echaba de ver un curioso jardin, á un lado una espaciosa escalera de piedra,

señales todas de ser su dueño persona muy rica. Apeóse el Caballero, y allegándome á él, con la mayor cortesía que pude le dixe estas, ó semejantes razones: Yo, señor, soy un pobre hombre, que habrá que llegué á esta Ciudad tres ó quatro horas: soy Andaluz, y por trabajos que me han seguido años ha, no vivo en mi tierra, procuro acomodarme con algun Caballero como V. m. para servirle, he sabido que hay necesidad en casa de un criado como yo para el servicio de V. m., si acaso fuere á su gusto, lo que sé decir de mí, es, el ser fiel, y que lo que se me mandare, no será menester decírmelo dos veces, por haberme preciado siempre de ser puntual con los que sirvo: fiador, ni quien me conozca yo no le puedo dar, ni muchas leguas de aquí hay quien pueda abonarme, á mis obras daré, siendo Dios servido, por fiadores bastantes de quien soy; pues como ya viejo y caido en la cuenta, tengo firmes propósitos de ser un exemplar de todas virtudes. Oyóme el Caballero, y sonriéndose, dixo aunque aventurára toda mi renta, no

os dexara salir de casa, humor teneis, y no sois nada bobo; servid como decis, que nó perderéis nada conmigo: ocho dias ha que se me murió el mayordomo de casa, y en su lugar os tengo de recibir; y diciendo y haciendo, sin sentarse á comer, me metió en un aposento que en el patio estaba, que le servia de escritorio, y sacándome un libro, me le puso en las manos, diciéndome: aquí hallaréis la razon por donde habeis de gobernaros, la obligacion que teneis, á lo que habeis de acudir, la renta que tengo, y el gasto ordinario: la confianza que hago de vos os obliga á mirar por mi hacienda, con la diligencia que prometeis de acudir, lo que no supieredes, y hubieredes menester, lo podeis preguntar, que una persona ya de vuestros años, y de entendimiento, no tendré mas que decirle. Con esto me dexó, habiéndome entregado otros muchos papeles; y llamándole por ser hora de comer, se fué. y yo empecé á tomar conocimiento en lo que tomaba á mi cargo.

Cura. De esta vez, hermano, medrado ha de quedar, en buena casa, rica, y

con buen amo, que en efecto los Caballeros Portugueses siempre son pródigos, y nada escasos, la comida cierta, y con buen salario, y cobrado de su mano, ¿qué le podrá faltar?

Alonso. Para un desgraciado jamas hubo bien que durase, ni constancia en las cosas: buena comodidad habia hallado yo, mejor que merecia, á no tener mi Señor Don Pedro una hija, hermosa, heredera de su hacienda, muchacha de poco tiempo, y de ménos seso, amiga de mirar, y de ser vista, conocida de todos, por ser quien era, noble y hermosa, y ella que se lo sabia, no la pesando de que se lo dixesen, ni de ser servida, ántes dando ocasion á algunos pisaverdes de la Ciudad á que la solicitasen, pretendiéndola con título de casamiento. Exercitaba yo mi oficio de mayordomo con el mayor gusto del mundo, acudia á todos los negocios de mi amo, y con ser muchos, y tratar con tantos, á todos los tenia contentos; tanto puede una afabilidad de un hombre, un hablar bien, ser comedido, no soberbio, ni tener en poco con quien se trata, por po-

bre y humilde que sea. Muchas veces, sin pretenderlo, ni querer oirlo escuché grandes alabanzas de mi buen término, y con verme en la posibilidad que podia desear. Esta doncelleja me traia inquieto, y desasogado, buscando algun remedio para estorbar el daño que forzosamente á todos nos estaba amenazando, á mi Señor de pesadumbre, á la muchacha de deshonor, y á los criados de alguna cárcel, donde acabase de purgar mis pecados, ya que en la de Valencia salí por libre, aunque condenado en costas, solo porque miré al Sol quando salia; para evitar tantos daños, determinéme á solas verme con la niña; y con las mejores razones que pude, afeé su liviandad, poniéndola delante su nobleza, el ser heredera de su casa, que por lo ménos las de su calidad, era poco ser Señoras de título, el mal exemplo que daba, pues en las ordinarias mugeres, es delito grave, y en las principales gravísimo, como de mayor quantía. Dixele, Señora, que el paño de sayal, basto y grosero, ande al polvo, y al lodo, y no con la limpieza que se debe, aunque ofende

á la vista, no es tan insufrible, que de suyo es, lo que poco vale, estimarse en poco; pero que el brocado, la tela fina, los bordados de seda y oro, que anden llenos de manchas por un descuido, por un mirar mal, por no recelar lo que puede ser, ¡lástima es grande! y no remediarlo, es cargo de conciencia; ganar una persona buen nombre, buena fama y crédito, ha menester mucho tiempo; trabajar mucho, y perseverar constantemente en todo género de virtud, y para perder lo que tanto cuesta y vale, quánto será menester, pues si una vez cae en la lengua del vulgo, (que pocos escapan) aunque sea mentira, ¿cómo se podrá remediar? Recupérase la hacienda, el edificio mas levantado, si una vez viene al suelo, se vuelve á reedificar, por mayor costa que tenga, sin estorbo de inconvenientes, y para volver á mejor estado la honra, que por liviana ocasion se pierde, ¿qué de montes de dificultades se ofrecen? como persona experimentada se lo digo á V. m., si se enmendare, hará lo que debe, como yo en advertirla el daño que la amenaza; y si los pocos

años no la dexan caer en la cuenta, con decirlo á Don Pedro mi señor, cumpliré con mi oficio, y con lãs muchas obligaciones en que me ha puesto. Oyóme la moza atentamente, y quando entendi me respondiera con algun género de humildad, siquiera por ser yo de quien mas confianza hacia su padre, el de mas autoridad de los de casa, por mis años y barba, en quien se iban ya divisando algunas canas, que la demas gente, aunque habia en la posada hartos criados, eran todos mozuelos de primera tixera; demas que era yo á quien mostraba mas amor que á todos los demas que le servian: me dixo mi Portuguesilla: Sois un bellaco descomedido, advenedizo, ruin, mal intencionado, y yo os haré moler á palos, por hablador. Dixe yo entre mí entónces lo que Chuzon del Pedroso, quando fué á vistas con la señora su muger.

Cura. Holgára de saber ese quentecillo.

Alonso. Tratáron de casar á Chuzon del Pedroso sus vecinos con Mari Gorda, personas iguales en calidad y hacien-

da, llevándole sus amigos á vistas de la desposada, le rogáron, por vida vuestra hermano, que pues sabeis tan poco, y no os dió el Señor mejor entendimiento, que lo que ménos podais hableis en la visita, y delante de vuestra desposada; porque os hago saber, que por ningun modo se puede disimular mejor un hombre necio, como hablando poco, y mas en juntas donde hubiere gente cuerda, y que sabe: prometió de hacerlo así Chuzon; llegando en esto á sus vistas, entráron en la sala, saludáronse unos á otros; tomáron sus asientos, y Chuzon miró á la desposada á lo mudo, habló-la por señas, como si fuera sorda, y aunque estuviéron buen rato en la visita, y tomáron un refrigerio, el desposado no despegó la boca, con tanto extremo que la mal sabida de la novia, mirando á su madre, la dixo: En verdad, que me parece que el mancebo que me quereis dar por marido, que es un gran borrico: no fué tan entre dientes la razon, que no la oyesen los mas que allí estaban, y el desposado entre ellos; y muy contento, mirando á Toribio, su vecino, le di-

xo: Compadre, bien puedo hablar, que ya estoy conocido, si yo hubiera siempre callado, disimulando con las cosas, dexándolas para el superior tribunal, bien sé que me hubiera ido mejor, que no es para todos la reprehension. No es justo que un oficial suba en el púlpito, lugar dedicado á gente docta, eclesiástica, exemplar en vida y costumbres. Pero señor Licenciado, yo confieso mi culpa, en no me pareciendo bien qualquier negocio, luego decia los inconvenientes que podia traer, no me ajustando con los Doctores que le querian seguir, grangeando yo de decir verdades, mortales enemigos para mis pretensiones.

Cura. ¿Y qué hizo esa dama?

Alonso. Dexóme con la palabra en la boca, y arrojando fuego por los ojos, se entró en su aposento; mas como culpada, no se atrevió á agraviarme, ántes disimuló nuestra riña, que esto de no estar uno libre, parece que no le dexa hablar su misma conciencia, enmendándose por algunos dias; pero la virtud quiere perseverancia; y empezar bien, y cansarse al mejor tiempo, es de personas

mudables: echélo de ver en mí doncella, pues sin cumplirse la novena, hallé mas mal de lo que imaginaba.

Cura. ¿Hubo alguna desgracia de las que suelen suceder á mozuelas demasiado libres.

Alonso. Cerca andaba de perderse, y no una vez, sino muchas, á no estar yo de por medio, perro fiel de la honra de mi señor, centinela de su casa, y guarda vigilante de lo que mas estimaba. Tenia, señor, esta niña seis ó siete paseantes, entre ellos gente noble y rica, y otros, aunque hidalgos, la misma pobreza; y de estos, inconsideradamente puso los ojos en un mozuelo, galancete, no de tan buen talle como á ella le pareció; por extremo pobre, propia condicion de loba, que siempre se aficiona de lo peor: A éste, por órden de las criadas, dió en favorecerle y regalarle, enviándole algunas joyas de mucha estima, con determinacion de que otro no habia de ser su marido: El mancebo, si mas le dieran, mas recibiera, por ser devotísimo del glorioso Doctor Santo Tomas. Verdad es, que su miseria y

necesidad podia ser suficiente causa, siendo, como era el Caballero del milagro, siempre bien puesto, regalado, y con pages, y la renta, como si Dios no hubiera criado oro, plata ó cobre, ni aun llovió jamas sobre sembrado suyo, cosas que suceden por muchos buenos: Tuvo traza mi escogido amante de valerse muy de ordinario de una mozuela, criada de casa, á quien regalaba; stratagema de guerra, ir ganando voluntades de los criados, para que no mormuren, y disimulen lo que vieren. La moza que era buen oficial embarrador, hacia á dos manos, recibida del Señor, y de la Dama, sirviendo de concordar y ajuntar voluntades. Tercera se llamaba á lo político, y alcahueta á lo grosero; oficio, que á no ser pecado el exercitarle, no le hay de mayor provecho: Verdad es, que siempre tiene cuidado el Señor Teniente de dar á las tales alguna buena mitra, pintada en ella su vida y hazañas. Era liberal mi pretendiente del pan de mi compadre; y como gastaba de bolsa agena, que con dádivas y ruegos, hizo con su tercera, que le metiese una no-

che en el jardin; confiado, que por una puerta que salia á una quadra de mi Señora, entrára á verse con ella, y tuviera efecto su pretension, á no andar yo tan sobre aviso; porque en viniendo que vino mi señor, en recogiéndose todos, cerré yo la quadra con la llave maestra, haciendo lo mismo en la puerta por donde habia entrado el confiado amante, que en aquella ocasion estaba escondido entre unos jazmines, y como si no hubiera sospechado cosa alguna, entregué todas las llaves de las puertas á Don Pedro diciendo: ya es hora de que V.m. y todos sus criados se recojan: Con esto me fuí á mi aposento, que tenia una rexa sobre el jardin, á donde me puse á ver lo que pasaba, por haber sentido ruido dentro, no ignorante de quien podia ser. Serian como las doce de la noche, y era de invierno, á trece de Noviembre, víspera de plenilunio, habiendo precedido grandes muestras de agua, y tan ciertas, que no haciéndose de rogar las nubes, comenzáron á enviar una tan apresurada y rigurosa lluvia, bien como si las cataratas del cielo se

hubieran abierto; de modo, que muerto el demasiado fuego de amor, del escondido Portugues, con la mucha frialdad y humedad, le forzó á que buscase algun alivio entre tanta tormenta; y viendo luz en la rexa donde yo estaba, llegándose cerca, con voz humilde, preguntó diciendo: quién es el que está ahí, es el señor mayordomo, el Castellano Alonso, á quien el señor Don Pedro, por muchos títulos estima en tanto. Si soy le respondí: y V.m. quién es, que á esta hora, y con tal noche, habiendo quebrantado la casa de un hombre tan principal como mi Señor, se atreve á hablarme! Y él tan temeroso, como arrepentido, dorando lo mas que pudo su atrevimiento, respondió: Señor Castellano, si en algun tiempo ha sabido qué cosa es amor, si ha sido aficionado, podré seguro pedirle favor, y que me ampare en la ocasion presente; pero si no, no tendré mas que hacer de contarme con los muertos, que ya poco me falta, dos horas ha que estoy aquí entre estos jazmines, bien como si estuviera en un rio; el vestido tan hecho agua, que á

poderle torcer, todo el jardin se pudiera regar con la que tiene; y lo que es peor, que llueve sobre mí dos veces el cielo, una del agua que arrojan las nuves, y otra de la que corre de estos naranjos y laureles, tan helada y fria, que quando no me muera esta noche, no es posible llegar á medio dia de mañana; mire por su vida qual me siento, y si puede sacarme de este mar de agua que me cerca, hágalo, y confie de mí, que no dexaré de quedar tan agradecido, como lo verá por la obra. Entónces yo, por una parte muerto de risa, en ver que con tanto rocío no dexaria de apagarse el fuego de su cuidado; y por otra, compadecido de su trabajo, le respondí: Por cierto señor, si yo hubiera de hacer el oficio á que me obliga la merced y confianza que Don Pedro mi señor hace de mi persona, no sé como respondiera; pero al fin si á lo hecho no hay remedio, y dar en que entender á los que duermen, recordándolos, seria perder su honor la heredera de esta casa, y de lo que no hay, ni ha habido, cada uno añadir lo que le pareciese y diese gusto: No puedo dexar

de amparar este delito, y disimular esta falta, sin que persona alguna lo pueda entender: bien quisiera que V.m. se fuera á mi posada; pero está echada la llave maestra á todas las puertas; y en cerrando con ella, no es posible abrir; pero lo que puedo hacer, es, que V.m. tome estas dos sábanas, y atarlashe yo por las puntas á los hierros de esta rexa; y atándolas por allá baxo una con otra, subiráse sobre ellas, como quien está sobre unos estribos; y de este modo arrimado á la pared, podrá V.m. defenderse de la mucha agua que recibe sobre sí: y diciendo y haciendo, tomé mis dos sábanas de la cama, y atando cada una al canton de la rexa de mi ventana, que estaba no muy alta del jardin: lo que sobraba de ellas dexé caer abaxo, avisando al remojado pretendiente, que con la traza que le dí, se subió sobre ellas, sirviéndole de amparo mi traza contra la inclemencia de la noche, de que no pocas gracias me daba, aunque le duró poco la alegria, porque quando el agua era grande, y llovia con fuerza, salian muy afuera las canales; pero como fue-

se aplacándose la furia, y escampando, venian las góteras con ménos fuerza; de suerte, que caían arrimadas á la pared, y por el consiguiente, sobre el desgraciado amador; y quexándoseme de sus desdichas, me dixo: Señor Castellano, no hay bien para mí; conjurado veo, conjurado veo al cielo; mi muerte es cierta; peor estoy ahora de lo que ántes estaba, ¿no vee el agua que cae sobre mis hombros y cabeza? desesperado estoy, no puedo sufrir tantas desdichas. Y yo por animarle, le respondí: Señor, vuesa merced habrá de saber, que á un pobre labrador le picó, estando descuidado, un Alacran, animal, que aunque ponzoñoso, no es de muerte su picadura, aunque causa gravísimos dolores: Fuese á curar el pobre hombre, y animándole el Cirujano, le dixo: Hermano: animaos, que quando todo turbio corra, en veinte y quatro horas se aliviará el dolor; y diciendo esto, dió el relox un quarto, y con mucha alegria dixo á los circunstantes: alabado sea Dios, que para veinte y quatro horas no me faltan mas de veinte y tres horas y tres

quartos. Así que, señor, ahora deben de ser las dos de la noche, mi Señor se levanta á las ocho, de dos hasta ocho van seis, paciencia, que remedio tienen los trabajos, y esto que pasa V.m. póngalo á cuenta de los muy perfectos amadores, que verdaderamente no lo fueran, si todas las cosas le sucederian como deseaba. Quexábase á un Médico un fatigado enfermo, diciéndole: señor Doctor, yo me estoy muriendo, porque no puedo comer, ni beber; no sosiego de noche ni de dia, ni es posible que pueda pegar los ojos, pues ha un mes que no he dormido una hora. Y el Médico le respondió diciendo: eso es estar malo, que á no lo estar, comiera, sosegára y durmiera. Así, que aplicando el cuento, el sufrir una y seis noches por lo que se ama, con hielos, ventiscas, nieves y aguas, eso es tener amor, ser pretendiente, servir á la dama, padecer y tener sobrada paciencia, quando su merced de la Señora está descuidada, y durmiendo en su regalada y mullida cama.

Cura. Buena flema gastaba, hermano, y el pobre paciente, ¿qué le respondió?

Alonso. Enojado me dixo: gentil consuelo para quien está acabando; y yo le repliqué: Suplíco á V.m. no se pudra, porque ni yo lo comí, ni lo bebí; y si está, no como debiera, no es por mi culpa; V.m. se vino al jardin; V.m. se mojó; V.m. tendrá salida de este remojado lugar, á lo mas breve, salido el Sol, porque yo tomaré entónces las llaves, haciendo franca la puerta, para que vuesa merced se vaya y porque ya es muy tarde, y yo me siento algo malo guarde Dios á vuesa merced muchos años, con esto cerré mi ventana, dexando al pobre Caballero, no colérico, ni echo un fuego, porque aunque fuera un bolcan, se apagára su incendio; desesperado, sino arrepentido, de haberse entrado en aquel purgatorio: Recogíme un poco, y dormí mal, por el cuidado que tenia de echar del jardin aquel penitente, y en oyendo las seis, que casi no era de dia, llamé al aposento de mi amo, pidiendo las llaves; y ántes que los demas criados se levantasen, baxé al jardin, y abriendo la puerta trasera, busqué á mi buen hombre, que así él, como su ropa, se

pudiera torcer: habléle cortesmente, rogándole se fuese á su casa, y se estuviese ocho ó diez dias, sin levantar de la cama, para restaurar un trabajo tan grande como habia pasado; así lo hizo, tomando mi consejo; pero aunque quisiera hacer otra cosa, no le fuera posible, porque se quedó por seis meses tullido, sin haber remedio de tenerse en pie.

Cura. Cierto estaba, que toda una noche de agua, y en invierno, que habia de hacer mucho mal á una persona delicada como ese mancebo.

CAPITULO VIII.

Sigue la propia materia, y cuenta Alonso algunas cosas, dignas de tenerse en memoria.

ALONSO.

Estos son los gages y honras que sacan de la guerra de Cupido: Las honras, dignidades y riquezas que se grangean. No ha visto vuesa merced salir un mozuelo de su tierra, hijo de buenos pa-

dres, deseoso de ver mundo, vase á Flandes, exercítase en la milicia, gasta sus años en servicio de Dios y de su Rey, vuelve á la Corte, cansado ya de trabajos y de años; presenta sus papeles, y su Magestad premiando sus servicios, dale un hábito, y hácele Alcayde de alguna Fortaleza, á donde con mas descanso goce de lo que trabajó, y sirvió en su mocedad. Pues lo mesmo se halla en las guerras de Venus, aunque en diverso modo: desvélase un pisaverde en el servicio de su dama; las noches de invierno y nieves las lleva con los pocos años, como si fuera el estío, cargado de hierro, como si estuviera en frontera de enemigos, hecho centinela de sus competidores, perdiendo su salud y su alma en estas refriegas y otras semejantes: llega la vejez, habiendo grangeado de sus liviandades, perpetuos dolores de cabeza, incurables llagas, verse atormentado de asquerosas bubas; lance forzoso de los soldados de este Capitan y Príncipe de perdicion.

Cura. Diga hermano, y qué hizo en este suceso aquella dama, entendió la

desgracia de su pretensor, favoreciόle en su enfermedad.

Alonso. En tomando fuerza una negra aficion, y echando raices de asiento en un corazon de un hombre, con dificultad se olvida. Era mi doncella la Señora mandona de casa, gobernábalo todo, hasta el dinero, porque mi Señor era un Juan de buen alma; desdicha grande para un buen gobierno. Tenia la Portuguesica en su compañía criadas de su humor, y de pocos años, pues la que mas tenia, no pasaba de veinte y cinco; mire V.m. que buenos juicios para Alcaldes, ninguna de ellas trataba sino de dar gusto á su Señora, y ella en regalar á su desgraciado tullido, á quien los cinco meses que estuvo en la cama, no le faltó dineros, aves y conservas, en tanta abundancia, como si fuera el mas poderoso y rico de Portugal; sirviendo de instrumental mensagero la fiel Acates de los pasados conciertos: No era en mi mano sufrir semejantes libertades; y aunque queria disimular, reventaba de pena, viendo la perdicicion de tanta hacienda como se hundia, el mal exemplo

de las doncellas, pues no era posible, sino que todas lo sabian, la ignorancia de mi D. Pedro, y poco cuidado que tenia con aquella hija, con quien para guardarla, era menester un Argos, y aun no bastara: ya me cansaba tanto silencio; y así forzado de la razon y buen zelo, llamé una tarde al correo de estos mis enojos, y á solas le dixe: Ven acá hermana, ¿es posible, que en tanto tiempo no eches de ver el peligro en que estás, y nos tienes á todos? ¿con qué alma eres ocasion de que se pierda una muchacha noble, sola en su casa, querida de su padre, y heredera forzosa de su hacienda? quándo te has de cansar de ser tan perjudicial tercera, juntando tan desiguales sugetos, y destruyendo lo que yo sé que por tu causa se ha echado á mal: da órden de enmendarte, donde no, yo buscaré el remedio que convenga á tanto daño. Oyóme la criada, y sonriéndose, me respondió: No es de nuevo, señor Castellano, estar vuesa merced mal conmigo, pues somos de diversa nacion, incompatibles á querernos bien; no echa de ver que mi Señora se ha de casar con este gentil hon-

bre, y que sin duda está de Dios, pues le quiere tanto, él es Caballero, gentil hombre, comedido, y que la estima y quiere, como si ya estuviera en su poder; y en verdad, que desde que empezó á tratar este casamiento, que no he hallado en el mozo un sí, ni no; tan bonito, tan cortés, tan bien hablado como una dama; pues que el no apartarse de noche ni de dia de nuestra calle, con tanta perseverancia y firmeza como el dia primero. Esto me dixo; y harto ya de sufrir impertinencias, humanándome mas de lo que fuera razon, la rogué que se sentase un poco, oyéndome las razones que la queria decir: Curiosa de saber lo que pretendia, nos sentamos los dos á solas; y lo mejor que supe, la dixe de esta suerte: Ella hermana, quando mucho medre, por ser estafeta de estos negocios que trae entre manos, serán doscientos azotes, llevándonos de calles á todos los criados á ser por algunos dias vecinos del Alcayde de la cárcel, por si acaso lo supimos, entendimos, ó no dimos aviso de lo que pasaba, quién la mete á ella en saber si está de Dios este

casamiento, y mas guiado por su mano. Qué Frayles se han puesto en oracion, qué Misas se han dicho, qué informaciones se han hecho de una parte y otra: Callan su padre, y sus deudos de nuestra ama no se acuerdan de que mude estado esta Señora; y ella procuradora de los embargos, impertinente, con cuidados que no la tocan, como judiciario Astrólogo, se mete en las estrellas, como si ella ó él pudiesen saber con certeza lo que el cielo tiene determinado de cada uno: Lo mejor es dexarlo, soseguémonos todos; y porque mejor lo pueda entender, óigame esta fabulilla, que me acuerdo haberla leido muchos años ha, y es: Que en casa de un Caballero habia una Señora, que estimaba en mucho una perrilla que habia criado; mereciéndolo el animalejo, por ser amorosa, muy pequeña, y gracias que la habian enseñado: sobre todo tenia un amor tan grande á su amo, que cada vez que venia de fuera, eran tantos los regocijos, fiestas y saltos que daba, que obligado el Señor á sus caricias, la tomaba en brazos, haciéndola, en retorno de su

agradecimiento, otros tantos alhagos, llegándola á su rostro y pecho, bien como si fuera algun regalado hijuelo de casa. Frontero del patio estaba la caballeriza, adonde tenia un jumento su habitacion ordinaria; y como viese el mucho amor que le mostraban á la perrilla sus dos Señores, y sabido por qué, no mas de por dos brincos, quatro saltos y un ladrar desabrido, imaginó, diciendo si á esta nonada la tienen en tanto, porque sale á recibir á su amo, yo que soy grande de cuerpo y de mayor voz; si quando viene de fuera, saliere con algun regocijo á recibirle, qué no hará conmigo: cierto es que me regalara con mayores veras, pues soy de mas provecho que aquella savandijuela. Esto imaginó, y púsolo por obra; y un dia entrando el Señor por el patio, salió el jumento, dando carreras de una parte á otra, rebuznando con mucha furia, alta la cola, dando coces por las paredes y postes, y no contentándose con las locuras hechas, puesto en dos pies, echó los brazos por los hombros á su amo, y sacando la lengua, le comenzó á lamer el rostro, allegando el suyo con

sus orejas al de su Señor: El descuidado Caballero, del nuevo sobresalto que le habia sucedido, comenzó á llamar á sus criados que le favoreciesen; y no siendo perezosos, acudiéron con unos gruesos palos, y el Amo por otra parte, de suérte paráron al atrevido jumento, que sin acordarse mas de retozo, á palos le hiciéron entrar en el establo. Ahora, señora doncella, apliquémos la obra: no digo yo que sea ella la inconsiderada bestia, envidiosa del bien y regalo de la perrilla, mas podréla decir, que á unos les está bien meterse en algunas cosas, y hacerlas, y lo que hacen y dicen, á todos parece de perlas; y estas mismas en otras personas, son odiosas, se aborrecen, y se reciben tan mal, que en lugar de darles gracias por ellas, lo que grangean y sacan es, deshonra, malas palabras, disgustos y pesadumbres; métase ella, hermana, en su fregado y en su rueca, que esto será para ella, y para nosotros mas seguro, y case nuestra ama quando, y con quien nuestro Señor fuere servido.

Cura. Prométole, que la dixo harto

mas de lo que ella quisiera oirle.

Alonso. Así, señor, se echó de ver, porque nunca saeta se despidió del encorvado arco con mayor ligereza y velocidad, que la mozuela se levantó de donde estaba, y sin despedirse de mí, me dexó: tal enojo cobró con mis razones; pero era predicar en desierto. Ya el enfermo con el demasiado regalo, y favorecido tanto de la dama, como del tiempo apacible de la primavera, habia cobrado las perdidas fuerzas; y no descuidándose de sus antiguas pretensiones, volvió á lo que solia, y con el amparo de su buena tercera, acrecentó nuevos cuidados á los que ya traía: acabáronse entónces los de mi pretendiente, á no ser yo el que los estorbaba, principal causa de malograrse sus esperanzas, estando tan cerca de haber efecto sus deseos: Y fué, que segun entendí, con una joyuela de oro que la dió á la tercera, alcanzó que una noche que habia de faltar de casa Don Pedro, mi señor, le metiese en una sala, por donde tenia correspondencia al quarto que mi Señora habitaba, baxándo á él por una escalera

falsa: Verdad es, que mi ama, este caso ni el otro, no lo supo, que solo fué concierto de la mala criada, á veces deshonra y menoscabo de quien se sirve de semejantes personas, imaginando tienen en su casa gente de quien se pueden fiar. Olí el poste, que como perro ventero todo lo buscaba; y sabiendo que el galan estaba ya en su puesto, hice de modo que se desconcertase la ida de mi Señor á caza, para de allí á tres dias, y como yo asistia siempre al desnudarse mi amo, fui cerrando todas las puertas por de dentro, de modo, que aunque quisiera no podia baxar, ni salir de á donde estaba encerrado, sin hacer pedazos quatro puertas de las mas recias de nuestra posada. Ya era media noche, y el Caballero esperaba su aventura, que jamas le llegaba, desesperado, sin cenar, ni tener donde recogerse ni arrimarse, sino era un poyo de una ventana de rexa que tenia la quadra: buscaba por donde salir, y no era posible librarse de su cárcel, mejorada buen rato de la que tuvo en el jardin, con tanta frescura. Caía mi aposento debaxo de aquella amorosa

prision: de suerte, que con facilidad podia oirle las quexas, toda la noche estuvo dando sus paseos, y de en quando algunos suspiros, bien sin provecho. Llegada la mañana, y haciendo yo de la deshecha, ignorante de lo que pasaba, entré por el aposento de mi Señor, subiendo por la escalera, abriendo todas las puertas que habia cerrado la noche ántes: el Caballero que sintió subir gente, y que subian adonde él estaba, con la espada desnuda en una mano, y en la otra un broquel, se puso á esperarme, diciendo: por Dios os pido, hermano, que pues venis á matarme, me dexeis confesar solamente, y en pidiendo misericordia á Dios, haced quanto quisieredes de mi persona, que ya tengo tragada mi muerte, bien merecida por mis locos atrevimientos; y pues los presagios de mi desdicha he visto, no os llegueis á mí, si no quereis morir á mis manos, sino llamadme primero un Confesor, con quien pueda consolarme, y me oyga de penitencia. Reíme de verle tan arrepentido, y díxele que se sosegase, y perdiese el temor, que yo no iba á matarle,

ántes procuraba dexarle salir libremente, dándome palabra de no entrar mas en casa de mi Señor, ni solicitar á la criada para semejantes ocasiones; y que si es que pretendia casarse, no habia de ser de aquel modo, sino con voluntad y beneplácito de mi amo y señor Don Pedro, á quien podian echarle algunas personas graves que le hablasen: dióme muchas gracias por el consuelo que le habia dado, diciéndome: Señor Castellano, algun Angel debeis de ser, pues estando ya muerto, me habeis tornado á la vida; yo os quiero hablar claro, sabed, que esta mañana se me ha puesto la muerte delante de mis ojos, y yo la veo todas las veces que me pongo enfrente de aquel quadro, y en pasándome á un lado, hallo que se ha vuelto una dama, y si al otro lado, un gentil mancebo, qué significa esto: fácil es de entender, y declarar: yo soy aquel mancebo que allí parece, la dama es vuestra Señora, á quien yo amo tanto de corazon, con tantas veras: Esta aficion y querer me ha de traer á que pierda la vida: sonreíme entónces, y dixele: V. m. señor, no ha

caido en este mysterio: habrá de saber, que esta imágen que dice, es una pintura hecha con cierta traza, inventada ahora nuevamente, con ciertas tablillas, que pintadas por el un lado, hacen parecer un galan, y por el otro una dama, y enfrente, en el llano de la tabla, una muerte; de modo, que hace tres figuras, mudando el lugar para mirarla.

Cura. Ya yo me acuerdo de esas imágenes, que diéron un tiempo en usarse mucho, aunque ahora no se hacen como solia; y ví en una Imágen de un Salvador, la de un Christo crucificado: y la de la Madre de Dios, al principio diéron mucho gusto, y se estimáron; pero despues con la abundancia de ellas, y tenerlas todos, viniéron á valer en muy baxo precio, sucediendo lo que en las Esmeraldas, que con ser unas piedras tan agradables á la vista, y de tantas virtudes, solo porque hay muchas, y tenerlas tantos, han venido á estimarse en poco.

Alonso. A este propósito fue lo del tordo de Augusto César, que ya V. m. habrá oido decir.

Cura. No me acuerdo de él, y gustaré de oirle. Pues es temprano para recogernos.

Alonso. Entraba triunfando en Roma Augusto César, premio que daban los Romanos á los valerosos Capitanes que habian vencido alguna guerra, y por haber sido aquella victoria de tan grade importancia para el Imperio Romano. Muchos dias ántes que llegase el Emperador, le fuéron previniendo las fiestas que le habian de hacer á su recibimiento: Y entre los Romanos que se apercibiéron para aquel dia, fué un pobre oficial, que á un tordo que habia criado, le enseñó á que dixese: Salve César Augusto: Dios te guarde César Augusto, Llegóse el tiempo que esperaban del triunfo, y llegando á la casa del Romano, comenzó el tordo á dar grandes voces, diciendo: Salvete Dios victorioso César Augusto. Cayóle tan en gracia al Emperador, que mandó le llevasen el tordo á su palacio; y al dueño se le pagó, de suerte, que quedó con suficiente hacienda él y sus hijos, de la buena fortana del Romano: no se tenia por bue-

no, quien no criaba su tordo, enseñándole las propias razones, con esperanza, que en otra ocasion habian de tener mejor premio; y entre los muchos maestros, hubo uno á quien le cupo enseñar á un pájaro tan rudo, y tan apartado de quanto le decian de dia y de noche, que con estarse quebrando la cabeza, sin entender en otra cosa, era como si se lo dixeran á una piedra. Viendo el poco fruto que sacaba de su trabajo, volviéndose al tordo, cada vez le decia: *opera impensa perit*, trabajo y tiempo mal gastado, con tampoco premio y galardon. Sucedió, que pasando algun tiempo, volvió Roma á celebrar otro recibimiento al César, y no quedó ningun ciudadano que se olvidase de su tordo, y por todas las calles que pasaba, hallaba tordos que le decian: Dios te guarde César Augusto. Llegando, pues, á la casa del pájaro rudo, en aquella ocasion no lo fué, porque no se olvidando de su enseñanza, le dixo: Guárdete Dios victorioso César. Enfadado ya el Emperador de tantos saludadores, volvió diciendo á los que le acompañaban. *Horum sa-*

lutarum satis domi habeo, de estos saludadores, y que me den parabienes, bastantemente los tengo en casa, y como si tuviera natural juicio el enjaulado tordo, repitió al mismo tiempo que dixo su razon el César: *opera impensa perit*, trabajo sin fruto, pues no se saca premio de mi enseñanza: fué de suerte el gusto que le dió al César la razon dicha en tan buena oportunidad, que no solo se llevó el tordo á su casa, sino que á su dueño le hizo grandes mercedes; pues volviendo á nuestro propósito. Mi noble Caballero me dió gracias, asi por la libertad que le daba, como por el ánimo que le habia puesto, porque verdaderamente, él estaba ayuno del mysterio de la imágen, y no me espanto, porque, lo uno el temor, y lo otro la poca experiencia que tenia de semejante pintura, no era mucho, lo que era blanco le pareciese negro, y qualquiera hormiga se le representase un Elefante, que esto y mas puede hacer la imaginacion en una persona melancólica. En efecto, señor, sin que ninguno entendiese lo que pasaba, saqué á mi Caballero del aposento, y

roguéle, que lo pasado, pues no tenia otro remedio, fuese en hora buena; pero que para adelante pusiese enmienda en sus pretensiones, negociando, y tratando las cosas de otro modo, y echando de ver que habia de ser de cada dia peor, por mas que me desvelase en remediar las cosas, y que otro dia le habia de hallar en el aposento de mi ama, escogí por mejor partido dexar la comodidad que tenia, aunque era muy buena, y de mucho provecho, por no verme en una prision como la de Valencia, y sin culpa: y esto mismo aconsejaria yo á los criados de los señores, quando viesen algun defecto en la casa, y no lo pudiesen remediar sin detrimento de su honor ó vida, ó por algun notable inconveniente, que se salgan, despidiéndose de sus amos, que mejor es que los tengan por mudables, y de poco conocimiento, que no que vengan á pagar lo que ni pecáron, ni tuvieron culpa, ni se halláron en ello, que en efecto pagar por otros, estar inocentes, y llevarlo de voluntad, es obra solo para Dios, que pagó lo que no pecó, y no pudo pecar, y

no para los hombres, amigos de nuestra comodidad y provecho. En efecto, señor, yo me despedí de Don Pedro mi señor, fingiendo que me enviaban á llamar de mi tierra: sintió mi partida, y pagóme mas de lo que debia: Lloró por mí y yo por él, que en verdad que tenia todo quanto se puede desear en un buen Caballero. Busqué con quien salir de Lisboa, y hallé unas mulas, que salían de vacío para Toro; concertéme con el mozo que las llevaba por poco precio; pero ya es muy tarde, quédese mi jornada para otra noche.

Cura. Dios se la dé muy buena, hermano; y mañana le espero en el mismo puesto.

CAPITULO IX.

Da razon del fin que tuviéron los amores de la dama Portuguesa, y como en Toro entró á servir á un Pintor de mala mano.

ALONSO.

Guardando su órden de V. m. he venido aun mas temprano de lo que suelo otros dias.

Cura. Yo le oigo de tan buena gana, que ya me parecia que se tardaba: quedamos, hermano, en la jornada de Toro, ya puesto á caballo con su mozo de mulas, milagro grande verle salir como persona grave, con tan buena comodidad; pero ántes que pasemos adelante, dígame por su vida: ¿oyó decir en qué vino á parar aquella Señora de Portugal?

Alonso. Estando yo en Toro, tratando con unos Señores Portugueses, me contáron maravillosas cosas á cerca de lo que V. m. me pregunta, porque ya sin tener una vigilante centinela como

yo era, pudo la dama, como aficionada, dar entrada á su querido galan, no reparando en el disgusto de su descuidado padre, siendo ocasion de este desconcierto el mal consejo de la sobornada mozuela, á quien yo habia profetizado en lo que habia de venir á parar, sucedió, pues, que una noche procuró esconderse en el jardin el enamorado mancebo, teniendo de su parte á la medianera de sus conciertos. Siendo sabidora de todo la Señora mi ama, con palabra de que habia de ser su legítimo esposo, y confiada de este tan deseado contrato, en viendo sosegada la casa, y á su parecer durmiendo al descuidado padre, baxó de su quarto por una escalera que venia á dar en el aposento de Don Pedro; y de allí abriendo una reja, que servia de puerta, entró en el jardin, á donde su amante la aguardaba, llevando en su compañía su fiel Acates. Este baxar á abrir, y pasear de una parte á otra, no lo hiciéron las dos con tanto silencio como las convenia, porque, ó bien del pisar con algun descuido, ó el ruido de la ventana que se abria, hubo

de despertar mi amo con algun sobresalto de un sueño que entónces soñaba, de que unos ladrones le estaban robando las mejores piezas de su baxilla: Dió voces, acudió gente, y hallando las puertas abiertas, confirmó su sospecha: llamóse la justicia; miróse la casa, y baxando al jardin, hubiéron de encontrar con los desgraciados amantes, que á no estar allí la justicia, y tantos testigos, sin entenderse de persona alguna, mi Señor diera cabo de ellos, que aunque en condicion era un Angel, quando se enojaba era terrible, y no era mucho en ocasion y agravio semejante: en efecto, la justicia tomó la mano de todo, llevóse el Caballero á la cárcel; depositóse la Señora en casa de una su vecina viuda, adonde por bien de paz se vino á casar con su amartelado, al cabo de algunos dias: á la mozuela, causa de toda esta pesadumbre, por tercera, la diéron doscientos azotes; á los demas criados, aunque sin saber el negocio, los echáron de casa, renovándose toda ella de nueva gente de servicio; y mi Don Pedro, por hacer mal á los desposados, y tener nue-

vo sucesor á su mayorazgo, de allí á poco tiempo mudó de estado, casándose con una doncella noble.

Cura. No me maravillo, que un padre enojado haga estos extremos; pero prométole, hermano, que tengo lástima á la Portuguesilla.

Alonso. Yo tambien confieso mi culpa; pero, pues se lo quiso, y no pecó de ignorancia, tómese lo que de aquí adelanta se hallare.

Cura. Ahora volvamos á nuestro cuento.

Alonso. En efecto, señor, puedo decir á V.m. que el cielo en esta jornada tuve muy de mi parte, y con la posibilidad posible llegué á la ciudad de Toro, una de las mejores que hay en Castilla la vieja, abundante, rica, bien cercada, amigable sitio, famosa por su caudaloso y soberbio rio, con quien vienen acompañados otros seis, que todos siéte fertilizan la tierra, y dan gran número de pesca á los naturales y extrangeros, demas de la gran cosecha que tiene de pan, vino y tanta diversidad de frutas, con que provee á muchos lugares y ciuda-

des del Reyno: tanta es la abundancia que en ella se coge: entretúveme dos dias sin acomodarme, considerando, qué orden tomaria de vivir, porque andar siempre de casa en casa sirviendo, ya de escudero, ya de mayordomo, ó page, teníalo á mucho trabajo, pudiéndome arrimar á algun oficio que me diese de comer: pues suele decirse, quien ha oficio, tiene beneficio; siendo como es virtud grande sustentarse el hombre del trabajo de sus manos, que de ello se precia el Apóstol, diciendo: *Laborantibus manibus nostris*, que es como decir: comemos de nuestro sudor con el trabajo de nuestras manos. Esto imaginaba, quando me hallé á la puerta de un pintor, que en un portal de su casa estaba dibujando un quadro de San Christóbal: Detúveme en mirarle; y él de verme con tanta atencion, me preguntó, diciéndo, ¿de adónde era? ¿qué buscaba? ¿y de qué vivia? Díxele yo la aficion que tenia á su arte, quan aficionado era á los pintores, el haber poco tiempo que habia llegado á la ciudad, y el estar desacomodado en aquella ocasion, buscando

alguna persona á quien pudiese servir: como vos hermano gustasedes de estar en mi casa, replicó el pintor, os enseñaria el oficio, y habeis llegado en buena oportunidad, que no tengo aprendiz, y en su lugar os recibiré luego: yo que ví el cielo abierto, y no habia cosa que mas por entónces desease, no me hice mucho de rogar, ántes agradeciendo su ofrecimiento, le dí muchas gracias, ofreciéndome á servirle con la puntualidad, amor y aficion que me fuese posible; quitéme la capa y sombrero, como ya criado de casa: híceme una gran olla de cola para unos lienzos; aparegé los pinceles; molí unas colores; saqué aceyte de espliego de nueces y linueso, bien como si ya estuviera metido en la obra, prometiéndome dentro de poco tiempo haber de ser un Ceuxis, á cuyas pintadas ubas, baxáron las aves á picarlas; ó un Apeles, de cuya pintura el mismo Ceuxis fué el engañado, llegando á la tabla, para tirar un velo que parecia natural, y no pintado, segun estaba al vivo, ó ya de nuestros tiempos el Mudo, tan estimado de la magestad del gran Filipo

II, ¿mas qué hombre hay que no se engañe? y yo que en desgracias podia dar quince y falta al mas desdichado.

Cura. ¿Pues qué tuvo con ese maestro?

Alonso. Qué tuve, me pregunta V. m. mas que no tuve. Quanto á lo primero, él era hombre de bien, y bien intencionado, liberal, trataba su casa con muy buen órden; pero era mal pintor, discípulo que habia sido de otro peor que él: mire V. m. con qué principios saldria: persona era, que me dicen, que pintando una Imágen de la purísima Concepcion de la Reyna del Cielo, pintándola con todos sus atributos de Sol, Luna, palma, ciprés, platano, estrella, fuente y huerto, á cada cosa ponia su rótulo, diciendo, aquesta es palma, ésta es estrella, y aquel Sol; y con mucha justicia y acuerdo lo escribia, que aun está en litis pendencia, si el ciprés era fuente, ó la Luna era plátano. Pues el bueno de mi amo pintó un dia al sagrado Doctor de la Iglesia San Gerónimo, haciendo penitencia en el desierto, y á su lado el Leon; y para que se le com-

prase alguno de los que acuden de las aldeas los Juéves, colgó la Imágen á la puerta; los muchachos del barrio, como es natural suyo, en viendo algo de nuevo allegarse á ver, y dar su parecer en todo, como si se le pidieran, ó entendieran, en esta ocasion, no hubo quien faltase, mirando la pintura, decian unos á otros: no veis el gato, ola el gato. Mi señor, que por oir lo que decian, estaba junto á la puerta, respondió mirándome, gato, aun no tan malo, cerca voy para que sea Leon, y á este tono, iba lo demas que hacia; otras veces la Reyna santa, Santa Catalina, ó la Apostolada Magdalena, salian pintadas de sus indignas manos, con sus insignias, del modo y suerte que suelen de ordinario pintarse; á la una con su rueda y espada en las manos, y á la otra con su vaso; pero aplicaba los dedos y manos á lo que habian de tener, que si no era por milagro, no era posible se tuviesen. Sacaba yo de lo que allí veia, quánto importaban los buenos maestros, la buena doctrina, la larga experiencia, pues no todos son San Agustin, que por sí solo, con su di-

vino ingenio alcanzó lo que otros en muchos años aprendiendo y estudiando, no pueden, ni les es posible; ni ya me maravillo de lo que de ordinario se suele decir, alabando la habilidad y saber de uno; de fulano bien se puede fiar, y pedir quanto quisieredes, pues es discípulo de tal maestro; mas el mio no tenia lo uno ni lo otro, porque era adocenado, y con ser como era, ganaba de comer, mostrándose en esto como en todo la providencia del Señor, que dá á cada uno, conforme su posibilidad y fuerzas, lo que ha menester.

Cura. Hermano, si todos fuesen de un gusto, de una voluntad y un parecer, no habria diferencia entre buenos y malos, entre lo muy perfecto y razonable.

Alonso. Acuérdome, que un dia sacó Panarra una danza de Filisteos, y él hacia la figura de Sansón, y traia en su mano la quijada de un jumento, y despues de haber danzado todos juntos, y hecho sus mudanzas, Sansón, representando su figura con la quixada, heria á los danzantes, como si los matára verdaderamente; y luego, para alivio de su can-

sancio y trabajo de la batalla de sus enemigos, alzando la victoriosa quixada del pesado animal, bebia de una fuente que tenia dentro hecha, pero en lugar del agua que habia de salir, era vino tinto. Estaba presente con el Alcalde el Cura de la aldea, grande Teólogo, y enojado contra Panarra, le dixo: parece la danza que es herética, porque de la quixada del animal, no salió vino, sino agua, que el vino no lo bebió Sansón en toda su vida. Sonrióse Panarra, y mirando al Cura, le respondió: no se meta en eso, pues sabe poco, y no echa de ver la providencia del Señor, que da á cada Sansón lo que ha menester, á mi el vino, y al otro el agua. Sentia yo estas cosas de mi Señor en el alma, y quisiera que las Imágenes, ó no se pintasen, ó fuesen muy buenas; y no quedaba por decirlo, aunque sin provecho, no sirviendo mas de que se enojase conmigo, diciéndome algunas palabras, no de poco peso y consideracion; tenia costumbre de pintar la casa Otomana, los Emperadores Romanos, los Dioses de los antiguos, y yo entónces, sin tener

respeto á lo que le debia, con algun género de atrevimiento, reprehendia su trabajo y la vana curiosidad de algunos: diciéndole, en verdad, Señor, que no tanto me admiro de que V. m. pinte al Soldan, á Rosa su muger, á Bayaceto, á Neron, á Julio César, á Júpiter y á Venus, sino de que haya tantos que los compren, adornando sus salas y aposentos con figuras, que por lo ménos los representados son tizones del infierno, exemplo de maldad, la misma soberbia, deshonestidad y torpeza: Qué mejor adorno y pinturas, que las de unos Mártires, Hermitaños, Apóstoles ó Vírgenes: y si de otro género; una casa de Austria, unos Príncipes católicos, que viviéron y muriéron como Christianos, dexando fama y nombre de nuestra sagrada Religion, que tuviéron: celébre el Persa, el Africano, el Indio á los de su nacion, y estese Bayaceto y Amurates en Constantinopla, corte de los sequaces de Mahoma: sí que nuestra florida España, siempre ha tenido y tiene de presente varones ilustres, famosos en armas y letras, y es razon no se olviden,

sino que su fama, y nombre se eternice, que de esto sirven las Imágenes y retratos que ahora usamos, y no como sentia aquel mal Emperador Constantino, perturvador y enemigo de la católica Iglesia; pero yo, Señor, no me maravillo de que se pinten quadros de la historia de Jarifa, de la Otomana de Celin y de Gazul, porque en efecto la codicia puede esto y mucho mas: pero que haya quien los compre, y que haya tan malos gustos, que los tengan en sus Salas y aposentos, de eso me espanto. Desterró la megestad del Rey Filipo III, la mala semilla de estos agarenos, y mi pintor no acababa de olvidar sus retratos, cosa de gran importancia, tiempo, colores y lienzo mal gastado, pues en verdad que no quedaba por decirlo; y de suerte, que enfadado conmigo, me dixo mas de lo que debia oirle, principalmente, porque una vez pintado el rostro de la Reyna del Cielo, le matizaba con colores tan obscuros y pardos, que verdaderamente mas parecia India ó Etiópe, que rostro de Señora hermosísima, como lo fué la sagrada Vírgen.

tanes del General Holofernes, mirando la perfeccion y hermosura de la santa viuda Judit, tratando entre sí, y comunicando el mucho interes que se les seguia de hacer guerra, y destruir á los de aquel pueblo de Betulia, decian: quando esta gente no tuviera mas de tener tan hermosas mugeres, era bastante causa para que viniesemos contra ellos, y los echasemos de sus casas, para mas libremente gozarlas: pues si Judit, figura de nuestra gran Señora, defensa y amparo de todo el humano linage, mas fuerte y valerosa que esotra matrona de Betulia, que no á Holofernes, sino á la infernal serpiente quebrantó la cabeza, ¿qué hermosura la conviene tener? Y sabemos por experiencia cada dia, que los Alemanes y Flamencos son blancos y rubios, por la mayor parte, por habitar en region tan fria; por el consiguiente lo han de ser los Judíos y hijas de Jerusalen, pues tambien en aquella tierra hay nieves y hielos, y por el mes de Marzo, muy buenos frios. De aquel malo y desobediente hijo Absalón cuentan las divinas letras, que su hermosura era por

extremo, y que sus cabellos de oro eran adorno á las damas de su Reyno, aunque para él fuéron destruicion y remate de sus dias; pues si en el desobediente fué tanta la hermosura y rosado color, en ésta (exemplo de humildad y obediencia) ¿por qué no habia de ser mas blanca que las azucenas, con quien es comparada, y mas rubia que el Sol, de quien está vestida? Símbolo de la pureza, virginidad y honestidad. Esta blancura, y ser blanca la santísima Vírgen, la viene de derecho, por ser como es la mas casta, la mas honesta y mas santa de las mugeres, y mas pùra y limpia que los Cielos. Dexo aparte, que siempre que se ha aparecido esta serenísima Señora á los Santos, ha sido vestida de blanco, señal que la blancura és el color que mas la agrada.

Cura. Repare hermano, que se atribuyen á la Madre de Dios aquellas palabras: *Nigra sum, sed formosa*, negra soy, pero hermosa. Sacando algunos de este lugar haber sido morena.

Alonso. A ese Señor puedo yo responder de otro modo, porque dexado

aparte los muchos sentidos y explicaciones de los Doctores sagrados, á quien se les debe todo respeto y reverencia, no será fuera de propósito decir: *nigra sum, sed formosa*: negra soy, pero hermosa: de casta soy de pecadores, á quien la culpa hizo negros, afeando la hermosura de sus almas; pero yo no soy como ellos, porque en mí nunca hubo culpa ni mancha de pecado, porque soy toda hermosa. Demas de esto en el capítulo primero de los Cantares, pág. 1. col. 1. casi alude á este sentido, diciendo: *Nolite me considerare, quod fusca sim, quia decoloravit me Sol*, no me considereis como á los demas hijos de Adan, de quien todos han salido con manchas de pecado; pero voy por otro camino, porque el Sol me dió resplandor y lustre, purificando y apartando de mí todo lo que era fealdad, obscuridad y sombras. Llámase la Sagrada Vírgen escogida como el Sol, y hermosa como la Luna; y si ha de parecerse al Sol y á la Luna, fuerza es que sea blanca, pues la hermosura de la Luna en ser blanca y clara, consiste como la del Sol en ser claro y resplan-

deciente, que por eso suele decirse, que en dos meses del año suele estar la Luna mas hermosa, en el de Enero, y en el de Agosto, porque en el uno con la frialdad del invierno no se exhalan vapores de la tierra, y en el otro, con el calor del tiempo se consumen. Alaban mucho las divinas letras las muchas partes de belleza que tenian Esther, Judit, Michol y Abigail, y de ninguna de ellas se dice que fuese morena, que á serlo, sin duda ninguna se dixera: dirán algunos que tiene fuerza, y hace ley la comun pintura que se suele guardar de muchos pintores, que pintando á la Vírgen nuestra Señora, la pintan no blanca, sino muy morena.

Cura. ¿Y qué responde á eso?

Alonso. A eso puedo responder, que tambien pintan al glorioso San Josef, padre adoptivo de Christo Señor nuestro, junto á la Madre de Dios en su virginal parto, y en la huyda de Egipto, y píntanle con tanta barba, tan viejo y cano, que su rostro parece de mas de ochenta ó noventa años, tan consumida y arrugada la cara, que mas estaba para

descanso y regalo un hombre de sus dias, que para los trabajos de un largo camino; no siendo así, pues el sagrado Evangelio le llama varon, y en buen Latin: conforme se destribuyen las edades, la edad de varon y su tiempo, viene á ser, quando llega á treinta años. porque á los cinquenta se llama hombre, y de allí adelante viejo; y á serlo el santísimo Patriarca, llamaráselo el sagrado Texto, como lo dice de Santa Isabel, y del santo viejo Simeon, y de otros muchos, de quien por extenso refiere la historia los años de su edad; pero parécelés pintar así al virginal y santo Esposo de nuestra Señora, no porque fuese viejo, sino por la honestidad de la Madre de Dios, como si fuera menester mocedad ó vejez en los templos, que tan propios eran del Espíritu Santo, en quien tan particularmente, como en propia casa y morada asistia, y jamas se partió de ella, dexado aparte, que una doncella de tan poca edad no se habia de casar con un hombre de tantos años, tan imposibilitado á llevar los trabajos que tuvo Christo nuestro Salvador en su sagrada niñez;

y porque no sea todo decir razones aparentes, sino que vaya con mas fundamento, conforme al modo de los Juristas, que quieren, que siempre se hable, trayendo y alegando una ley, en confirmacion de lo dicho, refiere Níceforo Calixto en el lib. 1. capít. 40. que Christo Señor nuestro, fué moderadamente rubio, que es como decir, castaño, como lo fué su santísima Madre: y dícelo así Sotomayor, Catedrático de prima de la Universidad de Coimbra, sobre los Cantares en el tom. 2. fojas 992, en la col. 2. en el fin de ella, y Dionisio Cartusiano, en el libro de las alabanzas de la Vírgen señora nuestra, en el cap. 39. dice: Que el cabello de la Madre de Dios era rubio, sus ojos zarzos, las cejas negras y arqueadas, la nariz aguileña, labios colorados, dedos y manos largas. Y por el consiguiente, si el cabello era rubio, no habia de ser morena, porque fuera deformidad, y no dixera con la hermosura que habia de guardar con las demas partes; y las demas que vemos con el cabello de oro, siempre tienen el color del rostro blanco y encar-

nado. Y esto mismo dice el Padre Viegas en el cap. 22. del Apocalipsi, tratando de la hermosura de nuestra Señora; San Epifanio referido de Nicéforo en el lib. 2. cap. 23. de la historia Eclesiástica, escribe, que la Sagrada Vírgen fué de mediana estatura, ni melancólica, ni risueña, y de un resplandor sobrenatural, como el de Moysés y Judit, y el color como de trigo, y este color como dice el Padre Barradas en el tom. 1. de sus concordias, en el lib. 6. cap. 9. á fojas 294. en la columna 1. en el medio de ella, que con penitencias que hizo de ayunos, y otros santos exercicios, adquiriendo nuevos merecimientos aquella Señora, que siempre estuvo llena de gracia, como se lo dixo aquel celestial embajador, el color que de suyo era muy agradable, le volvió en otro color pálido, macilento y amarillo; y esto debe de ser el color de trigo, que dicen haber tenido su celestial rostro, porque grano ó espiga de trigo, dice con una amarillez, como tostada algo, y subida de color: y las que por alguna enfermedad y pasion del hígado, tienen al-

guna especie de tiricia, aunque hayan tenido el color del rostro encarnado, se les vuelve en otro, á modo de un dorado muy claro, mezclándoseles mucha cantidad de cólera con la porcion de la sangre: y de esta suerte pudo ser, que por la poca salud, entrando ya en edad la Reyna del Cielo, y tratando ásperamente su delicado y virginal cuerpo, mudase el color de su cara, de rosicler que era, en un trigueño tostado: no es bien le canse á V. m. ahora en decirle por extenso qual sea el mejor temperamento de los cuerpos humanos, por no enfadarle con muchas disputas, pues segun la doctrina de Galeno en su segunda parte *de temperamentis*, cap. 1. muestra, que los blancos y rubios son de mejor condicion que todos los otros, y que son afables, piadosos, amigos de hacer bien; y conforme á esto, así teniamos necesidad que fuese la que siempre habia de ser Abogada nuestra. Y es cosa natural de Dios hacer y disponer las cosas con suavidad y amor; de modo, que á su Santísima Madre no la habia de criar flemática ni melancólica, co-

mo lo son los que tienen el color moreno, como Galeno afirma, en el libro que escribió: *Quod animi mores sequantur corporis temperiem*, que las costumbres corresponden á la templanza del cuerpo, y aunque esta regla no podia valer por ser Esposa del Espíritu Santo, y de mayor gracia y sabiduria á los ojos de Dios que criatura jamas hubo, ni habrá en el Cielo ni en la tierra; y la verdadera sabiduría y prudencia está en saber cada uno refrenar sus pasiones, y no dexarse llevar de su natural inclinacion, y así dixo el Poeta: *sapiens dominabitur astris*, que el hombre cuerdo y sabio tendrá dominio sobra las estrellas.

Cura. En verdad que me ha dado contento su opinion, y que de aquí adelante la he de tener por la mas verdadera; pero prosigamos con nuestro asunto.

CAPITULO X.

Conoce Alonso no sentaban bien á su Amo las disputas que con él tenia, y determina dexarle é irse á Segovia.

ALONSO.

No habia persona de mas noble condicion que mi amo, pues con reñir los dos todos los dias siete ú ocho veces, toda nuestra pesadumbre se acababa; de suerte, como si cosa alguna no hubiera pasado, no sé yo si por echar él de ver, que en quanto le decia, llevaba mucha razon y justicia, que esto de tratar verdad siempre parece que obliga al hombre de ménos término, dexado á parte que él y su muger me tenian particular aficion, y nuestras riñas eran como entre padres é hijos adonde no es necesario intervenir autoridad de terceros para poner paz, porque como si toda mi vida me hubiera criado con ellos, así me tenian, y jamas hallé gente que mas merced me hiciese, pero yo era de tan

mal natural, que quanto mal me parecia, nunca guardaba respeto, y sin tener polilla en la lengua lo decia á las claras, topase donde topase. Muchos de los desabrimientos nuestros era yo la principal causa que á nacer mudo, cupiera con todos, y hubierame ahorrado de hartos trabajos.

Cura. Harta impertinencia me parece esa, sino dexar correr el agua por donde quisiere; y si su amo pintaba bien ó mal, dexarle; diérale á él de comer, y allá se lo hubiera con su oficio.

Alonso. Ya yo soy diferente de lo que solia, ni es necesario llevarme á la casa de los podridos, puente tengo de ser, y dar paso por mí á qualquier pasagero, imitando al espejo, que á quantos á él se llegan, á todos hace cara, sino es, que falto de memoria como el Ciervo, vuelva á dexar tan buen propósito, y á ser peor de lo que ántes era.

Cura. Cuénteme, hermano, esa fábula.

Alonso. Andaba en un ameno soto un grande y poderoso Ciervo con un hijuelo cervatillo suyo, estando en lo me-

jor de su gusto, quando mas descuidados estaban, acertó á pasar por allí un perrillo, con mas ruido de ladridos que tenia de cuerpo. Oyóle el Ciervo, y temeroso, olvidado de la buena comodidad que allí tenia, y de la abundante yerva que dexaba, arrancó á correr con tanta ligereza, que hacia ventaja al viento; y el hijuelo viendo correr al padre, no descuidándose de ir en su seguimiento, no le perdió pisada. Cansados de correr, volviéron la cabeza, y viéron quan seguros estaban en la soledad del bosque, y que si alguna cosa se movia, era alguna hoja de los árboles, meneada del fresco airecillo que la movia, ó algun pajarillo, que mudando sitio, saltaba de uno en otro ramo; viendo que estaban seguros, y la poca ocasion que habian tenido para tan gran alboroto, dixo el Cervatillo: padre, no poco maravillado estoy de quan para poco seamos dos animales tan grandes y tan ligeros, como naturaleza, nuestra madre nos ha criado, ¿por qué razon, ó en qué ley cae, que á un ladrido de un guzquejo, como si viniera algun Príncipe con le-

breles y ligeros galgos en nuestro seguimiento, no de otra suerte, hayamos temido el alboroto? dos leguas habemos corrido sin parar un punto, y sabido por quién, por un perrillo que yo con mi poca fuerza, de una coz que le diera, le quitara la vida; solos fuimos nosotros los desgraciados; á nosotros nos negó la naturaleza lo que concedió á los demas animales, siendo corta para los de nuestró género, no por cierto: dióle al Jabalí colmillos, uñas y dientes; al Leon; al Aguila el encorvado pico; al Caballo ligereza y pies fuertes; y al Toro cuernos como á nosotros, con que nos defendamos. Cortedad es nuestra, teniendo dos tan fuertes ramos en la frente, y cada uno con quatro ó seis agudas puntas, no defender con ellas nuestro partido, y siquiera mostrar al que nos ofende alguna resistencia, y no, en oyendo menearse una mosca, correr y mas correr, como si no tuvieramos armas muy bastantes para vengarnos de nuestros enemigos. Si muerde el Perro á un Jumento, ¿no le tira una coz? ¿La simplecilla Abeja no clava su aguijon? ¿pues por-

qué no harémos nosotros alguna defensa? oyóle el padre y considerando sus razones. le dixo: razon tienes, remediarse ha para adelante, que el no caer en las cosas muchas veces, es causa de grandes yerros: vamonos á nuestro antiguo sitio, que allí podrémos estar con mayor comodidad y regalo. Volviéronse los dos por su camino, mas no anduviéron mucho, quando atravesando una fugitiva Liebre, fué causa de menearse unos ramillos, que por humildes besaban la tierra; oyólo el viejo Ciervo, y en oyéndolo, nunca disparada saeta pasó por el ayre mas ligera, como él corrió por las espesas matas con el hijuelo que le seguia, hasta que ya de correr cansados, mas por fuerza que de voluntad, hubiéron de detenerse, y corrido el Cervatillo de la cobardía que mostraban, quexándose, le dixo á su padre; como es posible que tan presto pongamos en olvido los buenos propósitos que teniamos: no sois vos el que poco ha me distes palabra de haberos de enmendar, poniéndoos en defensa de los que os hiciesen algun agravio? asíes verdad, res-

pondió el Ciervo que una mala costumbre con dificultad se olvida, estoy hecho á correr, á no esperar, ni resistir á cosa que viene tras mí, no me puedo detener, tengo por mas seguro el huir: no tienes que decirme, que aunque mas me digas, no te ha de ser de provecho: clara y bien clara esta la aplicacion, no será menester comento, Señor Licenciado, ni maestro que explique lo que quiere decir la sentencia. Todos los dias hacia exâmen de mi conciencia; proponia de enmendarme, y como mal penitente volvia á mi antigua culpa, sacando de ella aborrecerme; cobrar enemigos; tenerme por hablador, y no sacar yo ningun provecho.

Cura. Por necio tendria yo á un hombre que conoce su falta, y no pone enmienda, teniendo entendimiento bastante para irse á la mano, y corregir sus yerros.

Alonso. Dice V. m. muy bien; pero en mi favor tambien hay bastantes razones, que acreditan mi natural inclinacion; y la primera y principal será, ser bueno y piadoso mi intento; y si decia

ó reprehendia, era movido de caridad, justo zelo, y con ánimo ne hacer algun fruto, sirviendo á Dios con buenos consejos: Bien como lo que ví en una Ciudad de este Reyno, un Sábado de Quaresma, á un Predicador famoso: predicando á los Regidores y Justicia de ella en esta forma: como los Caballeros y Justicia: á quien tocaba el gobierno de la Ciudad, no podian asistir los Viernes de Quaresma á oir la palabra de Dios, por estar ocupados en sus Ayuntamientos y Juntas de gobierno, señaláron los Sabádos, en que se determinó se les predicase aquel dia, nombrando para esto los mejores Predicadores que en aquella ocasion florecian, así de los Conventos, como de la Iglesia Catredal de la Ciudad, donde estaban predicando por su órden, al que le cabia aquella semana; cúpole la suerte á un Prebendado de la santa Iglesia, persona tan docta como virtuosa, y tan discreta como prudente: predicó un admirable sermon, con elegante lenguage, admirables comparaciones, mucha escritura, bien apropósito traida, y reprehendiendo algunos des-

órdenes del mal gobierno, dixo: No poco me maravillo, ¡ó Ciudad ilustre! y no sé si diga, que no doy crédito á semejante yerro, como me han dicho: si el zelo de aumentar las rentas de los propios, es desordenada codicia, si es no haber advertido en los inconvenientes que se siguen, remedio tiene, como confio que se hará para adelante, es el caso: Hanse proveido y nombrado pesadores de la red del pescado, con tal aditamento, que estén obligados de dar cada año ocho ducados por la merced que se les ha hecho del nombramiento, y con esta carga usan del oficio que se les ha dado. Pregunto, señores, este dinero ¿de dónde ha de salir? ¿quién lo ha de pagar? ¿pues cómo, trabajar todo un dia, y sin premio de su trabajo? ¿quién nunca vió pagar censo sin propiedad, sin provecho ni usufructo de lo que posee; no basta el mal nombre de los pesadores y carniceros, sin que se les dé ocasion para mayor daño. Acabó su sermon, y los Señores Regidores miráron el negocio con tanta prudencia y atencion, que salió luego decretado se

les diese el nombre de pescadores, á los que lo tenian, sin llevarles por ello cosa ninguna. De esto sirve el tener quien vaya á la mano al mal órden; quien avise de los descuidos que hay en la República, que muchas veces por una buena amonestacion y aviso se pone remedio, y enmiendan faltas, que de cada dia fueran en mayor daño, á no haber quien las estorbase y reprehendiese. Esto mismo era lo que á mí me movia con todos mis amos, pero saliame al revés mi pretension, que los sin ventura no habian de nacer. Los unos se enfadaban de mis razones; y en lugar de darme gracias por mis avisos, me volvian malas palabras, y la de ménos ofensa era la de habladorcillo, palabrero de poco seso, y ménos asiento; dándome en cara con las casas que habia mudado, que verdaderamente no podia saber quien habia sido el coronista de mi vida y milagros; ó yo quien era lo que debia traer escrito en la frente, pues en qualquier Ciudad que llegaba, luego me decian: Alonso el mozo de muchos amos; lo mismo me decia mi señor pintor, que aunque reci-

bia de él obras como de padre, tambien hacia de las suyas, y me daba del pan y del palo, por ventura para obligarme á que hiciese lo que hice quizá, y aun sin quizá, movido por el comun parecer ordinario, que dice: no te diré que te vayas, mas haréte obras con que te despidas; que para un criado que no es nada lerdo, no ha menester Catedrático que se lo explique y declare, y á su falta comento por donde lo pueda entender: Caí en lo que pretendia; conocí sus cartas, y ganándole por la mano, un dia que nos vimos á solas, le pedí con algun sentimiento, me diese licencia, porque me habian enviado á llamar de Segovia unos deudos mios, personas ricas, y que podian favorecerme. Fingió con algunas muestras pesarle de que le dexase; llamó á su muger; contóla lo que conmigo le habia pasado; como queria dexarlos, y de la jornada de Segovia. No son esclavos los criados, respondió mi Señora, si él gusta de irse, no hay mas de pagarle lo que se le debiere, y á la bendicion de Dios, que ni á él le faltará donde estar, ni á nosotros otro aprendiz, que nos sir-

va con voluntad y amor: Bien cierto es lo que V. m. dice, la respondí; aunque no estoy concertado, sino que hasta ahora he sido mal aprendiz, pues he tenido y servido, como dicen, siete oficios, aprendiz, oficial, dispensero, criada y criado, mayordomo y escudero, suplico á V. m. se me dé algo para ayuda de mi camino, que la prometo á V. m., que aunque quisiera salir de la Ciudad no tengo con qué, si V. m. ó mi Señor no me socorren: seis meses ha que me servis, dixo el pintor, y por la voluntad que os he tenido, aunque no os debo nada, ni obligacion de pagaros, pues no lo ganabais, toma esas dos docenas de reales, y Dios os haga bien: recibí mi moneda, díles las gracias, y tomando mi poca ropa, pues por la misericordia del Señor, de ordinario andaba como el caracol; y para mudarme de un barrio á otro, no habia menester ganapanes, seguro de polilla, y de ladrones; pues si no me desnudaban, no me podian hurtar la ropilla sa'í de Toro para la Ciudad de Segovia, pareciéndome, que en ella, por su noble y caudaloso trato, hallaría al-

guna comodidad en que ganar de comer, por haber oido decir, que era verdadera madre de forasteros, y que como tan rica á todos ampara y recibe con amigables brazos: Los dineros que llevaba eran pocos, porque aunque yo, siendo aprendiz del pintor habia hecho algunas figurillas á ratos perdidos, y me vandeaba con mi poca habilidad, pintando alguna vez la pelea de Hercules, con la serpiente de siete cabezas, otras veces á Santa Marta con el dragon, y al Apóstol San Bartholomé con el diablo atado con una cadena, pinturas para algunos labradores como las de Apeles, y á quatro reales no eran vistas ni oidas, que en esto, como en todo, se ven las maravillas del Cielo, que todo se apetece, todo se vende, y ninguna cosa dexa de hallar dueño por mala que sea.

Cura. Qué quiere, hermano, ojos hay que de lagañas se enamoran.

Alonso. A ese propósito me acuerdo, que conocí un gentil hombre, de buen talle, bien entendido y muy galan, casado por sus desdichas, con una que se preciaba de muy dama, aunque para de-

cir verdad, no tenia cosa para poderlo ser; porque si tenia el no ser gruesa era tan por extremo flaca, que para cimenterio de huesos nada le faltaba; crecida de cuerpo, algo espesa, sus ojos, aunque hundidos, de ordinario le manaban algun arrope; tan tierna de años, que no eran mas de cincuenta y nueve; y tan bien acondicionada, que entre sus vecinas jamas le faltáron pleytos, no teniendo un dia de paz: mirábala el bueno de su marido, y con la paciencia del pacifico Job la decia: mirad muger, hombres hay que de legañas se enamoran, y yo fuí el uno de ellos: así eran los compradores de mis pinturas, ellos iban contentos, y yo lo quedaba mucho mas, con la miseria que me dexaban, con que vine á allegar algun dinerillo, que con lo que me dió mi amo fue ayuda para ponerme en camino sin pedir nada á nadie. Sentíame recio, de buena disposicion y ánimo; el tiempo me favorecia, era enjuto, no demasiado caloroso, ocasion para que no buscase cabalgadura, fiado en mis pies, pues en hacer las jornadas no muy largas, podria

atreverme á qualquier camino. Con esta buena determinacion salí de Toro, sacando para mi provision lo que me pareció necesario, y que no fuese de mucho peso y estorbo; valiéndome mi traza para quatro dias, que como ya no era niño, todo era menester; pues aunque poco á poco caminaba, no podia dexar de sentirlo: de modo, que quando llegué á Santa María de Nieva, me dí por vencido, porque ni atras ni adelante no podia dar paso, sintiendo con esto un demasiado calor en mí, como si me amenazára una gran calentura. Temeroso, no quise salir de la Villa á pie; y así, viendo que salian unas panaderas para Segovia, me concerté con una, para que me traxese á caballo hasta la Ciudad; tráxome por cinco reales que la dí, trayéndome hasta la Vírgen de la Fuencisla, donde quise quedarme para adorarla, dándola gracias de haberme Dios traido á su santa casa: Mas, pues ya es tan tarde, y V. m. está con justa razon enfadado de oirme, quedese mi viage de Segovia para mañana, que yo sé, que me acordaré de acudir al puesto.

Cura. Prométole, que le oyera otras dos horas de muy buena gana; pero pues gusta de recogerse, y ya es hora, vayase á buenas noches, y veámonos mañana.

CAPÍTULO XI.

Cuenta Alonso el milagro que obró nuestra Señora de la Fuencisla con la Judía Ester y el orígen de la limosna, llamada ofrenda, en la Ciudad de Segovia.

CURA.

Ya veo, hermano Alonso, quanto cuidado tiene, y conozco la obligacion en que estoy: en Segovia quedamos, no se pase el tiempo, prosiga con su viage.

Alonso. Quedé, Señor, en el sagrado templo de la Madre de Dios de la Fuencisla, sagrario edificado en honra de la milagrosa Imágen que en sí tiene, con limosnas de todos los Ciudadanos de Segovia, por tener, con justa causa, particular estima y reverencia con esta sa-

grada Imágen, patrona suya.

Cura. Ya yo tengo noticia de sus grandiosos milagros; y pues en su santa Ermita estuvo, cierto es que sabria muy por extenso el milagro de la Judía, de quien ántes que pase adelante, recibiré mucha merced me le cuente.

Alonso. El caso fué tan grande, que aunque ande impreso en algunos libros, verdaderamente es digno de que todos le sepan; y pues V. m. gusta de oirle, diré breve y sucintamente, como le leí en la tabla que está en el mismo templo de la Vírgen nuestra Señora, en esta manera: El año de mil doscientos treinta y siete: reynando en Castilla el Rey Don Fernando, que por sus heroycas y santas virtudes fué llamado el Santo, en este tiempo hubo en la Ciudad de Segovia una noble y principal Judía, llamada Esther, rica, discreta y hermosa; y tanto, que de su belleza aficionado un Caballero, la comenzó á solicitar por todas las vias y modos que le fué posible; paseando su calle de dia y de noche; y ya que no del corazon de su dama, sacando centellas de los pedernales de su puerta,

con el correr y brincar de su caballo; mas Esther, que de semejantes cosas no hacia caso, daba de mano á los paseos, músicas y desvelos de su loco amante: era casado el Caballero, y con muger zelosa. Sabidora ya de los nuevos amores de su marido, movida mas por sospechas, que de razon y justicia; ciega de enojo, y rabiosa de zelos, considerando, que su marido, estimándola en poco, la dexaba por una Judía, se fué con otros deudos, y conocidos suyos en casa del Corregidor de la Ciudad; y ante él la acusan de adulterio, y juntando á su querella otros sobornados y falsos testigos, que no le faltáron (que de estos siempre ha habido en el mundo abundancia) se hizo cabezâ de proceso contra la inocente y hermosa Esther, de mala, deshonesta y adúltera; la qual, como no tuviese quien la diese favor, pues su marido era el mayor contrario, y sus mismos deudos y mas cercanos parientes los que la perseguian, como en negocio que tanto tocaba en su deshonor y honra, fué condenada á despeñar, género de muerte mas usado en aquellos

tiempos, porque entónces no acostumbraban á apedrear las adúlteras conforme á las leyes que en Jerusalen solian guardar los Judíos; y ya como republica de ménos gente de la que solia ser, acomodábase con este género de castigo. Truxéron por las calles acostumbradas á la inocente culpada, hasta que llegáron al lugar del suplicio, que era lo mas alto de unas peñas, llamadas grageras, por los cuervos que á ellas se recogian; cuya altura aunque era mucho mayor de lo que ahora parece, por haberse desgraciado grandes pedazos de aquellos riscos, ya con el tiempo, que todo lo deshace, ya con las muchas aguas y humedad, que tienen en sí siempre, y por curiosidad mia, la altura que ahora permanece, la hice medir, y tiene sesenta y dos varas, que contadas á tres pies cada una, como miden los albañiles, hacen ciento ochenta y seis pies; demás, que fuera de ser tan altas estas peñas; salen tantos pedazos y puntas á fuera, que no era posible llegar al suelo ninguna persona que cayese de arriba, sino hecha pedazos. Aquí, pues, en lo

mas alto de estos riscos, pusiéron á la afligida dama, con sola una alcandora blanca, que era como camisa; atadas sus manos atras; su madexa de oro suelta al viento; atados sus pies con una gruesa soga; rodeada de verdugos para arrojarla; todo el campo y los caminos llenos de gente, codiciosos todos de ver un tan lastimoso espectáculo; y esperando ya el fin de su vida. Mas quiso su buena dicha y suerte, que al tiempo que iban á arrojarla, alzase los ojos Esther ácia la Iglesia mayor, que entónces estaba junto á los reales Alcázares, y venia á estar frente á frente de adonde ella estaba; y alcanzando á ver una Imagen de la Madre de Dios señora nuestra, que hoy es de la Fuencisla, y estaba en un nicho de la puerta de la santa Iglesia, movida de una celestial inspiracion y divino auxílio, mirando á la Reyna del Cielo, la dixo de esta manera, con fervorosa fe y voz alta, que la oyéron muchos: Virgen Santa María, como valeis á una Christiana, valed á una Judía; y pues eres Señora y amiga de limpieza, mira mi inocencia, y el peligro en que estoy; socórreme

Señora, que si me libras de este presente trabajo en que me veo, toda mi vida gastaré en tu servicio, en tu sagrado templo, recibiendo ante todas cosas el agua del Bautismo. Esto acabó de decir, y con extraña crueldad la arrojáron de aquellos encumbrados riscos donde estaba; mas al punto que salió de las manos de los crueles verdugos, vino á dar en las mejores que se pudiéron hallar despues de Dios en el Cielo y suelo; pues la Sagrada Vírgen la recogió en las suyas, no dexándola hasta ponerla en la tierra libre, sana y consolada, con la gloria de tan celestial favor y regalo. Algunos hay que dicen, que vino la Vírgen nuestra Señora á favorecerla en figura de Paloma, y así se pinta el milagro, conforme á esta opinion; mas el libro intitulado *Fortalicium fidei*, que yo he visto en el cap. 9. de bello Judáyco, donde hace mencion de este maravilloso suceso, dice: que la Sagrada Vírgen nuestra Señora en sus manos la traxo desde lo alto, hasta ponerla libre y sin daño alguno; dexandola en lo llano del camino, adonde habia de llegar hecha

pedazos. Viéndose, pues Esther libre de tan gran peligro por el beneficio y merced de la Santísima Vírgen no la quiso ser ingrata, ántes con muchas lágrimas de piedad y gozo pidió á los Christianos, que á tan maravilloso suceso se halláron presentes, que luego la bautizasen, confesando á voces, que queria ser del gremio de la Iglesia Católica; á tan grande y prodigioso milagro acudió el Obispo D. Bernardo, que entónces regia la Silla Episcopal de Segovia, y los mas principales Ciudadanos de ella; y junta la Clerecia, con las cruces de todas las Parroquias, la traxéron en procesion á la Iglesia mayor dando todos mil gracias á Dios, que por medio de su bendita Madre obra tales maravillas, y ganando una alma para el Cielo. Llegados al templo, el Obispo la bautizó, dándola por nombre María, para memoria del beneficio que habia recibido, y por sobrenombre del Salto, por el trabajo y peligro en que se habia visto, y tambien por el salto que dió de la ley de Moyses, á la ley Evángelica de gracia. Luego que María del Salto se vió bauti-

zada, pidió al Obispo la dexase estar todo el tiempo de su vida en la Iglesia, porque su intento era servir á Dios y á la Vírgen en ella ocupándose en algun santo ministerio, y así se hizo, conforme deseaba; y miéntras la duró la vida, no salió de la Iglesia antigua, que estaba en la Plaza de de los Reales Alcázares, y despues hecha la Iglesia mayor nueva, que ahora tiene la Ciudad, se mudó su cuerpo con mucha veneracion, y le pusiéron en la pared del claustro, donde está pintado este maravilloso suceso.

Cura. ¿Y el marido, la dama y testigos qué se hiciéron? que en verdad que se puede desear saber en qué paráron.

Alonso. Ni la historia lo cuenta, ni Autor ninguno hace mencion de ellos; pero puédese creer piadosamente, que el marido, los testigos, y Judíos que viéron tan admirable caso, se volverian á Dios, dexando su ley Mosayca, y la dama pediria perdon á María del Salto del testimonio, que zelosa la habia levantado, y de alli adelante, con notable enmienda, corregiria su cólera, para que otra vez no se despeñase á semejan-

tes daños y crueldades. Despues para memoria la divina Imágen de la Madre de Dios, que como dixe estaba en el nicho de la puerta de la Iglesia Catedral, se puso en una pequeña Ermita, donde el Señor obró por ella grandes milagros. Y despues, creciendo con mayor fervor la devocion de los Segovianos, la edificáron en honra y servicio suyo el suntuoso Templo que ahora tiene, á cuya translacion la noble Ciudad hizo notables y grandiosas fiestas en que se halláron los Católicos Reyes y Príncipes y otros muchos grandes de España: De cuya fiesta escribiéron elegantemente el Licenciado Simon Diaz, que al presente asiste, como Administrador de la sagrada Ermita, y Frutos de Leon, hijos de Segovia; y tambien escribió, aunque sucintamente, el Doctor Gerónimo de Alcalá Yañez, Médico y Cirujano, una breve relacion en un pequeño librillo, dedicado á la muy noble y leal Ciudad de Segovia.

Cura. Prométole, hermano; que tengo de leer todos esos libros, porque verdaderamente esas fiestas han tenido

nombre y fama por todo el mundo; pero volvamos á nuestro cuento.

Alonso. Descansé en la Ermita; y no quisiera salir de ella, mirando aquella mas que milagrosa Imágen de la Madre de Dios, por tantos títulos y razones estimada, que sino es hablar, no le falta otra cosa: advertí las riquezas que tenia; las muchas y preciosas lámparas que ardian en su presencia; el adorno del altar; las pilas de jaspe, presente hecho á la Emperatriz del Cielo por el Capitan Juan de Roca, hijo tambien de Segovia; y hallándome algo descansado, salí de la Ermita para entrar en la Ciudad antigua, famosa, noble, leal y rica: antigua, por haber tenido su Fundador aquel famoso Hércules: leal, por que fué la primera que á la Reyna Católica Doña Isabel, de gloriosa memoria, entregó sus llaves, quando otras Ciudades estaban puestas en armas, con la rebelion de las Comunidades: noble por las muchas casas ilustres de Caballeros que tiene, que aunque pudiera por extenso referir á Vm. su calidad, antiguedad y nobleza, y habia bien que decir de cada una de ellas;

pero para quedar corto, y quando mas diga, no decir nada, mejor es dexarlo á historiadores de mas levantado estilo, á quien de derecho pertenecen semejantes causas: rica, por tener como tiene el trato mejor, y de tanto caudal, tan honoroso y necesario, como es el de los paños, cuyos hacedores son sin número los que tiene Segovia, gente principal de todas naciones, Montañeses, Vizcaynos, Gallegos y Portugueses, que como no todos en sus tierras pueden ser mayorazgos, es forzoso tomar modo de vivir; y así, exercitándose en la fábrica de la lana, no solo adquieren con su industria, caudal suficiente y hacienda, sino que tambien son verdaderos padres de familias, sustentando innumerables oficiales, á quien por su trabajo dan de comer.

Cura. Dígame, hermano, ¿vió la puente que dicen de los diablos?

Alonso. Ese, Señor es dicho del vulgo, porque el demonio, padre de maldad, enemigo capital de los hombres, jamas supo ni hizo cosa que no fuese para daño y perdicion nuestra; y cosa de tanto provecho, y necesaria para el sus-

tento de la Ciudad, y que no se pudiera pasar sin ella, sino con gran trabajo, es cierto, que no habia él de ser su autor y artifice; y si lo hubiera sido, procurara con todas sus fuerzas, permitiéndolo Dios, que cosa suya no estuviese en pie, derribándola por el suelo, pues como dragon ponzoñoso busca nuestro mal, y procura estorbar todo bien; y así, lo cierto es, que su autor fue Trajano, Emperador de Roma, obra digna del Romano Imperio: Maravillosa en su fábrica, y contada entre las maravillas del mundo: escribió de ella el doctísimo Jorge Vaez, Jurisconsulto de Segovia, y Antonio de Valvas, y Baraona, hijo de esta Ciudad, hizo tambien una curiosa y elegante narracion en un subido y levantado verso: en efecto, Señor, de muchas claras y cristalinas fuetes, que nacen de las sierras vecinas, y de la nieve que en ellas se derrite, viene encañada el agua hasta llegar á la Ciudad, adonde sobre arcos de piedra tosca y parda, á los principios solos, y despues llegando á lo mas baxo del lugar, siendo doblados unos sobre otros, viene á entrar en

la Ciudad, repartiéndose por diversos conductos, abasteciendo las fuentes y caños de los lugares públicos y plazas, jardines, y pozos de las casas, qual si fuese un caudaloso arroyo, suficiente para todos los ministerios necesarios, así del arrabal, como de la Ciudad: fuíme, ántes de llegar á verla, á los Alcázares Reales, fábrica antigua, y Palacio de los mas fuertes y vistosos que tiene el Rey D. Felipe nuestro Señor, estan vecinos de las casas Obispales del Señor D. Melchor de Moscoso y Sandoval, Obispo en esta Ciudad, hijo del Sr. Conde de Altamira, tan noble en sangre, como exemplar en letras; tan cuerdo, y de maduro consejo, como mozo en los años, de una loable y santa juventud: en lo seglar tenia el gobierno Don Sancho Girón, que para honrarle el sobrenombre bastaba, caballero del hábito de Alcántara, exemplo de Corregidores, y por su Teniente el Licenciado Diego Cambero de Valverde, persona de tanta cordura, y de tan larga experiencia, que con haber habido ántes dos Jueces que gobernasen la República, parecien-

do ser bastante para la judicatura y buen gobierno de ella, el Real Consejo le envió solo á gobernarla y regirla.

Cura. Con tales sugetos, ¡qué bien nó se podrá esperar en Segovia!

Alonso. De allí me fuí á la santa Iglesia Catedral, obra insigne y digna de la grandeza de una Ciudad como la de Segovia, pues con ser tan poca su renta, ó casi ninguna, es otro segundo Escorial en su fábrica, y no es mucho, pues la va edificando la caridad y limosna de sus piadosos Segovianos, y en bolsa de Dios no es posible que jamas pueda faltarle.

Cura. Son esas las limosnas que llamáron antiguamente echar piedra, y ahora se llaman ofrendas.

Alonso. En el tiempo que la Iglesia mayor estaba junto á los Reales Alcázares, y arrimada á las casas Obispales, ántes que se mudase á la plaza mayor, adonde ahora está para ir edificando la Catedral nueva, iban todos los dias de fiesta por sus Parroquias, así la gente principal, como la plebeya, sin excusarse ninguno por noble que fuese, á traer los despojos, así de piedad, como de made-

ra, para andamios y otras cosas necesarias con que se iba levantando la obra que se intentaba, gastando en este santo exercicio Fiestas y Domingos; ocupacion digna de la piedad de los de Segovia, y para muestra del contento y gozo, con que acudian á semejante trabajo (que lo era grande) llevaban las angarillas adornadas y cubiertas de seda, flores y olorosas yerbas, haciendo ventaja en su zelo y generoso ánimo, á la reedificacion de aquel tan celebrado Templo de Jerusalen; pues como, segun doctrina del Angélico Doctor Santo Tomas, la industria de los hombres inventó el dinero, dándole calidad para que todo lo valiese, hallándose por él el trigo, el pan, la carne, el pescado y todo aquello que faltaba, ó tenia necesidad alguno de los que iban á pedir alguna cosa, no del modo que ántes se usaba, porque si alguno habia menester algun aceyte, iba en casa de su vecino, y llevabale, porque se lo diese otra cosa para trueco de lo que recibia; pero como ya el dinero tenga el valor, y sin serlo sea en calidad qualquiera cosa de quanto pueda imagi-

narse, los Ciudadanos, para qué diese fin con mayor brevedad el sagrado Templo, y continuamente se prosiguiese con el edificio, diéron nueva traza, y fué, que se echase tales dias señalados, ofrendas, así por la gente noble, como por los oficiales de la Ciudad, y porque pareciese que iban para aquel efecto, determináron se pusiese la limosna en unas velas, segun ahora se hace, llevando una vela de cera blanca de á libra cada uno, y en ella un escudo de oro: sirviendo la cera para servicio y culto del Altar de la santa Iglesia; y la limosna de la moneda para la obra: echa la primera ofrenda la Ciudad y linages el dia de los Reyes en cada un año; los demas Domingos y Fiestas señaladas van echando sus ofrendas todos los oficios que son muchos: y sin estas, dos naciones nobles, que son Vizcaynos y Montañeses: Y porque no se reserve persona alguna, el dia del Apostol San Pedro echa su ofrenda el Cabildo de la santa Iglesia; teniendo tambien la Clerecía otro dia señalado en que echar la suya: hasta los Lugares cercanos, que

son como arrabales de la Ciudad, vienen por la Pascua de Espíritu Santo á traer en sus carretas y acémilas piedra, cal y arena: materiales forzosos para aumento del sagrado Templo; y de este modo ordinario es con el que se procede, por haber sido su principio el echar ó mudar las piedras de un lugar á otro, se llamó esta limosna echar piedra; y al présente se llama ofrenda, variándose el nombre; negocio de mucha virtud y exemplo: viendo con el zelo y voluntad con que se continua cada año, sin haber intermision, ni poner falta en ningun modo.

CAPITULO XII.

Entra Alonso á servir á un Perayle; y despues de mozo de percha en casa de un Mercader.

CURA.

En verdad, hermano, que me he holgado de oirle, prosiga con su viage.

Alonso. Andúveme por la Ciudad dos ó tres dias, entreteniéndome, y toman-

do algun alivio del cansancio pasado de mi camino, y de la indisposicion que habia tenido, visitando los Conventos y casas de devocion que tiene Segovia admirables, así en edificios, como en riquezas de Religiosos y Religiosas, donde se hallan personas de toda virtud, de saber y letras; pero considerando, que el poco dinero que me habia quedado, se [illegible] habia de ir acabando forzosamente, si no tomaba órden de vivir, determiné de acomodarme en algun oficio, adonde luego ganase de comer; y el mas á propósito que pude hallar, fué el del perayle. Verdad es, que es el de mayor trabajo, que aquí verdaderamente se puede decir: *In sudore vultus tui vesceris pane tuo*, con el sudor de tu rostro comerás tu pan, mas proprio para gente moza, que para personas entradas ya en dias, de quien se debia de acordar un viejo en el tiempo que debiera estar en su punto la caridad, compasion y misericordia, el dar consejos saludables y virtuosos á los que deben dexar buen exemplo de obras y palabras: éste, pues, cercano ya á la muerte, y como dicen

en los últimos trances de su vida, pues casi no podia formar la voz, rodeado de toda su familia, y junto á su cabecera un hijuelo solo mayorazgo de la gruesa hacienda que le dexaba, puestos en él los ojos, le dixo semejantes razones entre otras: Mirad, hijo mio, que si prestaredes dineros, sea sobre prendas que valgan el quatro tanto, no sobre ropa, sino plata, oro ó cobre; y si á vuestra heredad hubieredes de traer obreros que cultiven, así las tierras, como las viñas, no los escojais ni admitais viejos, sino gente moza, que pueda trabajar; y no que á lo mejor del tiempo sea menester que esteis delante, para que aproveche el jornal que os lleva.

Cura. En verdad, hermano, que ese hombre era caritativo, y que no dexaria por misericordioso de hallar misericordia.

Alonso. Hay hombres de corazon de piedras; pero yo, fiado en la divina providencia, me aventuré; y buscando un maestro, le pedí me llevase á su casa, dándole palabra de servirle con muchas veras, si me enseñaba el oficio, y me

admitia por aprendiz: dificultó un poco, por verme ya amatelado la barba como pluma de tordo de mas de un año; pero asegurándole yo su partida, hizo quitar la capa y sombrero; y poniéndome dos palmares en las manos, me dixo: ¿cómo os llamais? Alonso, le dixe; y respondióme: Alonso, buen nombre, y mal mozo, no querria que se dixese por vos: empezad por ese vayarte, y miradme á mí como empiezo á cardar, en el nombre de Dios, y de su Santa Madre, alzó mi amo los brazos, y yo imitéle; y le prometo á V.m. con muy buena gracia, mirándome otros compañeros que estaban trabajando, que no me hacian ventaja, con estar ya exercitados en el oficio, que para decir la verdad, el mas cansado, y de mayor trabajo es que tiene la lana; y que quanto se gana, aunque mucho mas fuese, todo es poco para un cansancio y trabajo tan intolerable, y mas para quien no estaba acostumbrado á semejante exercicio. Mas no vengan desdichas, ¿cómo pasará un hombre por delicado que sea? Dió el relox las siete horas, mas deseadas que el dia

de fiesta para los niños que van á la escuela; y como si cayera algun gran turbion de agua, bastante para apagar un fuego, así el sonido de la campana puso fin á nuestras continuas alabanzas; tomáron sus capas y sombreros los oficiales, y despidiéndose de mi amo, saliéron, diciendo, iban á almorzar; y mi maestro, y yo con otros dos aprendices, nos sentamos á la mesa que nos pusiéron con dos panes, una asadura guisada con su ajo, y un jarro de vino: el olor me bastaba para abrirme á mí las ganas del comer, porque como habia trabajado mas de hora y media, llevaba la salsa de San Bernardo; y mostróse muy bien, pues de los dos panes, el pan y medio en poco ráto le puse en cobro; y no era mucho, porque iba mojando en el caldillo: mirabame la maestra, y alabando mis buenas ganas, me dixo, viendo que no me habia quedado nada delante; ¿quereis mas, hermano? Dios lo da con mano liberal siempre, como ahora, la respondí, que en verdad, que como estoy convaleciente y cansado, que no puedo comer tanto como eso; pero confio en

Dios, que iré cobrando fuerza, y comeré de otra suerte: en casa de Bercebú podreis vos comer, me replicó la muger, y no en mi casa; eso habia yo menester, doce maravedis habeis ganado; y habeis comido real y medio, y no podeis comer; á otra parte, hijo mio, que talle llevais, que á la comida, merienda y cena gastareis de pan, vino y carne ocho reales: caro aprendiz sois; salid luego, y dexad mi casa: quando V.m. me eche de ella, la respondí, no faltará quien me reciba en su servicio, y mas en año tan fértil de trigo.

Cura. A tantas malas razones, ¿qué dixo su maestro?

Alonso. Era la señora mi ama, y tocábale el mandar aquellos dias, dexado á parte, que porque hubiese paz en casa, por via de buen gobierno, le convenia callar, por ser el natural de la maestra medio víbora, ó medio serpiente, sino lo era entera; y los que alcanzan tanto bien por su desdicha, lo mejor que pueden hacer es, disimular, y no se dar por entendidos, por importar mas el sosiego de casa, que el servicio de un mozo, por

bueno que sea: yo, Señor, dí gracias á Dios por mis trabajos, pedí á mis amos perdon por el disgusto que les habia dado sobre mi negro almuerzo, y echando de ver, que si me despedian no era por deshonor alguno, ni falta que tuviese, sino sobra de un poco de pan mas ó ménos, me salí de su casa con determinacion de otro dia buscar un obrador venturero, y como otros entrar por mi jornal, confiado en mi buena habilidad. Pues con sola una leccion que me diéron, parecia estar suficiente, para hacer un exámen; y no se maraville V.m. de mi soberbia, pues cada dia podrá echar de ver ingénios tardos, rudos y tan dificultosos de aprender lo que se les enseña, que seria mas fácil domar un toro, volver el ímpetu, ó somar quieto, arrancar el mas soberbio y levantado monte, que hacer que los tales perciban una palabra; y por el contrario, otros de tanta agudeza, tan prontos y fáciles para qualquier cosa, que no hay aguila que así vuele, ni saeta, que con mayor velocidad pase por el ayre: yo, pues, aunque por extremo, como otros, era entreve-

rado, y luciáseme qualquier obra que entre manos tomaba, dando de mí buena razon y cuenta; paseéme por la Ciudad aquel dia; y madrugando otro con los oficiales que metió un capataz de un Mercader, me llevó consigo, entendiendo que era tan exercitado en la percha como los que llevaba. Ayudó para esto el decir yo, que habia trabajado en Cordoba y en Toledo, y decia verdad, aunque por otro camino, pues no sé yo que haya mayor trabajo que estar uno dependiente y sujeto á la voluntad de un Señor, por bueno que sea: en efecto, pasé plaza, hice mi figura como los demas, no solo aquel dia, sino otros muchos; y tambien que no tenian que reñirme falta alguna que hiciese. Mirábanme mis compañeros; y como no me conocian, alcanzaba con ellos mejor nombre y opinion de la que yo podia desear, y entre mi cansado trabajo, notaba yo el modo de proceder que tenian; el cantar de los Viernes los pasos; el Sábado los gozos, y todos los dias en dando las diez: Rey D. Sancho, Rey D. Pedro, vayase por ello, despachábase entónces la esta-

feta, traia cada quatro, ó cada ocho, con que se animaba todo fiel Christiano, aquí sí que se podia vivir, y aun beber, sin estarnos mirando á la boca si se come ó no se come, pues para trabajar todo es necesario, y el que camina, por cansado que vaya, tomando algun refresco, toma aliento: no habia hombre que no fuese Gobernador, y Regidor del mundo, mucho mejor que los que se desvelan con nuevos arbitrios, consumiendo vidas, gastando su hacienda, y haciéndose malquistos con todo el Reyno. Todos los Consejos teniamos de ordinario en nuestro obrador, sin haber un maravedí de renta entre nosotros; consideramos con muchas veras, qué gente era menester para ganar la Casa Santa; ventilábase el negocio; habia varias opiniones, resultando de la disputa algunas malas palabras, y peores obras; saliendo algunos de los litigantes muchas veces con las manos en la cabeza, para que tuviese de comer el solícito Procurador, el Alguacil, Fiscal y Escribano. Verificándose bien el comun dicho de las madres viejas: Dios desavenga, quien nos manten-

ga. Habia fueros y tandas, regocijo entre nosotros muy conveniente á la bocolica; daban las doce de medio dia, y no quedaba holla que pudiese estar segura, pues á la una se habia de volver á nuestra tahona; y si algun tiempo se podia excusar, era de medio quarto de hora, quando mucho, porque para mas, nuestro Guardian tenia cuidado de que fuesemos puntuales en todo: llevábase de esta suerte toda la semana: Lunes y Jueves habia el socorro para alivio del ordinario gasto de cada casa, miéntras que el Sábado, hecha cuenta, se hacia pago de quanto se nos debia, premio bien merecido, y galardon bien trabajado, que si con paciencia se llevase, no poco merecimiento se podia grangear, ni era de estimar en poco tener una ocupacion tan forzosa, que si se quisiesen divertir por algun vicio, no hay disciplina que así corija, y vaya á la mano la sensualidad y torpeza, como el continuo asistir de noche y de dia á semejantes obras, pues con la ociosidad, madre de los vicios, todo mal se saca, como del sudar, trabajar y ocuparse loablemente, toda virtud,

modestia y recogimiento, aunque no faltaban desaguaderos enmedio de nuestras congojas, porque como nuestra vida es mar, forzosamente ha de haber de todo, quietud, vientos crecidos, borrascas, y olas que se levantan hasta las nubes.

Cura. ¿De qué modo en la casa de un pobre oficial?

Alonso. Venido el Sábado en la tarde, aunque lo mas ordinario era Domingo de mañana, ibamos en casa del Merçader á cobrar la semana, sacando por junto lo que á cada uno le pertenecia; pero lo que me ponia nueva admiracion y espanto, era ver repartidos en diferentes esquadras, no solo á mis compañeros, sino á otros muchos semejantes en la perdicion, y poco juicio, pues en poco mas de dos horas ponian en cobro, perdiendo en ilícitos juegos y borracheras lo que no habian podido ganar en muchos dias, sino á costa de su grande sudor y cansancio, y no reparando en los grandes inconvenientes que suelen traer tales entretenimientos. Servia yo de Predicador, aconsejábales por el mejor camino que podia, el remedio de su

perdicion y mal término, diciéndoles: hermanos, teneis hijos, (que por la mayor parte, gente pobre, carga de esta jarcia) y vuestra muger, en esta ocasion, enfadada de los hijuelos, está aguardando el sustento que llevais ganado para toda vuestra familia, pues despues de Dios, vos habeis de ser el que los habeis de alimentar; y ya que no teneis renta, vuestro sudor ha de ser el que los ha de dar de comer; dexado á parte, que echais á mal en una hora lo que habeis estado rebentando muchos dias para ganarlo: dexo á parte los juramentos, las malas palabras que os decis, vuestro compañero y vos, que son lances forzosos de los que juegan, el procurar engañar, el deseo de quitar al perdido hasta la camisa; y persona ha habido, que imitando á nuestro primer padre, se quedó en carnes: No os acordais, que quando os casasteis, os dixéron, no os damos esclava, sino compañera, pues á qué esclavo se le ha quitado la comida como vos haceis, ó qué bárbaro pudo sufrir lo que vos quereis que pase la pobre de vuestra muger. Llegais á vuestra

casá habiendo perdido lo mucho ó poco de vuestro trabajo; os cercan las obligaciones, que es fuerza os den pesadumbre; vuestro vecino no las ha de remediar, y por ventura le habreis enfadado otras veces con la perdicion que traes, qué gusto os puede quedar, ó qué buena cara mostrareis, considerándoos tan sin esperanza de favor ó remedio; pero al fin, pára todo en lo que suele parar, pagando vuestras deudas con ausentaros, haciendo iguales á vuestros acreedores, dexando vuestra tierra por algunos años, huérfanos de mal padre á los hijos, que ni pueden ganar de comer, ni aun lo saben pedir, y á la que os llevó para tener amparo con vos, tan sin él, y tan sola, que á no haber sido tan corta su ventura, la hubiera sido harto mejor no haberos visto ni conocido; pues suele decirse, un alma sola ni canta ni llora; y ella acompañada de un hombre tan desalmado como sois, y con tantas almitas de Purgatorio, sin haber pecado, sino por pecados vuestros, qué puede tener, sino estar en una perpetua guerra, en un tormento y aflic-

cion, cautiva, causada por un vicio tan desordenado de un juego: ¡ó juego!, pues así consume y acaba hacienda, honra, vida y alma: que juegue el rico, el poderoso, el que tiene mucha renta, aunque es malo, llevadero es; pero vos, hermano, porque, ó para qué, no llueve Dios sobre cosa vuestra, ni cayó granizo sobre viñas ni sembrados de vuestros padres: ¿lo que hoy ganais, lo habeis de comer mañana? y sino trabajais, no lo puede haber, sino es con trampas ó enredos, pues por qué habeis de jugar, y holgar: á los oficiales se les permite los dias de Fiesta hasta real y medio, para que se entretengan, y vos salis, no solo de lo permetido, sino que no guardando órden ni razon en las cosas, todo va, y no como ha de ir, tan sin rienda, que no hay caballo desbocado, que así se despeñe (*a*): esto de ordinario les aconse-

(*a*) No seria fuera de propósito, que este Sermoncito le oyesen muchos de los Artesanos de hoy dia, que sin reparo á las fatales conseqüencias de sus vicios, la desnudez y necesidad de sus mugeres y tristes hijos, hacen Pascua el Lunes, y Fiesta algun otro dia de la semana.

jaba; y oíanme ellos con tanta risa, como si les dixera alguna patraña; y burlándose de mí, decian tener mucho andado para Predicador, que guardase la boca, y saldria eminentísimo, sacando de aquí por mi cuenta, que esto medra el que sin ser rogado ó pedido, siquiera, se mete en dar consejos; pero al fin, como no todos son de un natural, y cada uno hijo de su madre, no faltaba quien volviese por mí, y alabase mi intento: milagro, y no poco de estimarse, pues si hay zoylos que murmuren, y no se contenten con cosa que ven ni oyen, tambien hay quien ampare y favorezca el buen zelo, y lo que se pierde en unos, con otros viene á restaurarse: con estas y otras cosas pasaba mi vida, y aunque trabajosa, sin salir de Segovia, me estuviera miéntras me durara la vida, á no sucederme la desgracia que le contaré á Vm., que fué en esta manera: Estábamos una tarde, como soliamos, en el obrador, con el mayor regocijo y contento que podré encarecer; habiase cantado, y con muy buena gracia, quantos

romances se venian á la memoria del Rey D. Pedro, de D. Alvaro de Luna, de D. Sancho sobre Zamora, no dexando los valerosos hechos del Cid y Bernardo del Carpio, quando, cansados ya los de una y otra banda, venimos á tratar sobre qual tenia mas poder, el Soldan de Persia ó el Turco Soliman: dixo uno, el Turco es muy poderoso; es Señor de muchos Reynos; tiene grandes riquezas, muchísima gente, muy dada á la guerra, porque como entre ellos no hay Religiosos, sino que todos se casan, y el que mas mugeres puede tener y sustentar, las sustenta y tiene, multiplícase en ellos la generacion, dexado á parte la multitud de Genizaros que tiene, Soldados que solo serian para la guerra: mi compañero dixo, que no porque el Soldan alcanza en mayores riquezas, es mayor su Reyno; y sus Soldados y gente de guerra estan mas exercitados en las armas, y como gente diestra hacen ventaja, aunque fueran ménos, á los del Turco: no es así, replicó el otro, y á pocos lances vino un mentís, y tras él un golpe con los palma-

res en la cabeza, que dexó tendido en el suelo á su contrario, alcanzandole con los gavilanes una mortal herida; los mas que allí estabamos, tuvimos por mas seguro poner tierra en medio, que aguardar á la Justicia y Escribano, y fué cordura, porque en llegando que llegó el Teniente, viendo el peligro del herido, á quantos halló llevó á la cárcel, y á encontrar conmigo, sin duda que me sucede otra como la de Valencia.

Cura. Notable disparate, por cierto, que por algo tomaban pesadumbre.

Alonso. Por estas y otras tales cosas muy de ordinario teníamos nuestras pendencias; y así, para evitarlas, determiné de irme á Barcelona, por haber oido decir del Reyno de Cataluña grandes bienes. Pero ya, señor, es hora de que nos recojamos; y así con su buena licencia de V.m. se podrá quedar la jornada para el siguiente dia.

Cura. Sea como gustare, que aquí me hallará aguardándole con la voluntad que he tenido para quanto me quisiere y ordenare de mí.

CAPITULO XIII.

Cuenta Alonso la jornada de Barcelona, su cautiverio, los trabajos que le sucedièron, y como habiendo sido rescatado, tomó la resolucion de acabar sus dias sirviendo de ermitaño.

ALONSO.

Es la vida nuestra, señor Licenciado, como la mar, como la guerra, y como la fortuna; y así como en todas ellas, y en cada una de por sí, hay tempestades, vientos contrarios, quietud, ayres amorosos, favorables, malos sucesos, desastrados fines, victorias, riquísimos despojos, volver de prosperidad en suma desdicha y desventura, subir de humilde y baxo estado á la encumbrada silla del Imperio, así en mi tragedia lo podrá Vm. echar de ver, y yo á mi costa haber experimentado, ¿qué de veces me ví en buen hábito, rico, favorecido de gente noble? y quántas deseando un pedazo

de pan para satisfacer mi necesidad y miseria: víme sobrado con quien me sirviese; despues pobre, y tan solo; desamparado de todo favor representé en el tablado de mi vida el papel que suelen muchos representar, haciendo el personage de un Rey, de un Príncipe, y luego el de un pobre pasagero, ó pícaro.

Cura. Eso, hermano, dixo el Espíritu Santo, mostrándonos la variedad de las cosas, y la poca firmeza que se tiene en ellas, quando dando consejo, enseña diciendo: *Non laudes virtum in vita sua*; no alabes á nadie, hasta que muera, porque el mas subido y levantado, muy de ordinario suele tener baybénes; acábase la hacienda; muérese el amigo ó enfádase de dar amparo y favor, y sin su váculo, no se pudiendo tener forzosamente ha de dar en el suelo. En los soberbios Alcázares y Castillos mas fuertes es adonde hace su fuerte el tiempo y la fortuna, amiga de voltear mas que un gitano, si tengo de hablar como debo, y á la obligacion que tiene persona que profesa la Ley y Fe de Christo Señor nuestro, no hay hado, estrella ni fortuna, que

todo esto fué invencion y locura de la vana gentilidad, dando adoracion á Dioses falsos, inventados por su gusto y parecer, siendo lo cierto y verdadero, que el Señor que rige y gobierna, así los cielos, como la tierra, es uno solo, cuya poderosa mano da á cada uno lo que le conviene, y es necesario, al rico y poderoso hacienda y bienes temporales, y al pobre y menesteroso lo necesario para la vida, sin tener descuido de la mas pequeñuela hormiga, hasta el mas fuerte y cuerdo elefante, sin tener quien le aconseje, quien le ayude y encamine en lo que ha de hacer.

Alonso. Eso, Señor, doctrina es del Predicador de las gentes San Pablo, mostrando con evidencia la entera sabiduría de Dios. Pero volviendo á nuestro propósito, salí de Segovia, sabe el Señor quan necesitado de quanto habia menester para semejante jornada; porque aunque es verdad, que ya ganaba de comer, ibase comido por servido; de modo, que el jornal era poco, y no bastante para posada, comida y vestido, demas, que las Fiestas traen su gasto de

por sí, y no la ayuda de la costa de aquel dia: pero al fin, á trueco de no caer en una cárcel, todo se me hacia bueno, sin espantarme dificultad, por grande que se me ofreciese; llevábame el deseo de ver aquella insigne Ciudad de Barcelona, cabe za del Reyno de Cataluña, insigne y famosa por sus grandes riquezas, de quien por epiteto comunmente se suele decir Barcelona la rica, como por otras, Valencia la noble, Zaragoza la harta; grandiosa por su Iglesia mayor, casas Obispales, lonja de Mercaderes, pla ya agradable, cuyas márgenes tocan las orillas del mar, combatiendo con su muelle, puerto adonde jamas faltó embarcacion para qualquiera parte que pretenda una persona embarcarse. Estas y otras buenas nuevas me llevaron por toda la Mancha, adonde hallé quanto pude desear en la caridad de las Villas de Ocaña, Tembleque, Alvacete y Jumilla, hasta llegar á la muy noble y leal Ciudad de Murcia, que todos estos títulos tiene, y de ellos se precia y con mucha razon, rica por su noble trato de seda; regalada por su

famosa huerta y caudaloso rio de Segura, que la riega y fertiliza; noble por las muchas casas de Caballeros ilustres que la ennoblecen; no se contentando con ménos de poner en sus armas seis coronas, siendo como es cabeza de Reyno: quedárame en ella de buena gana, por haberme parecido muy bien; pero temí el grande calor que ví en aquella tierra, y yo como criado en lugares mas frios, sentí un go el rigor del Sol, y la destemplanza del aire, contrario á mi antigua costumbre: estaban todos los Ciudadanos en aquella ocasion ocupados en la furia del subir de los gusanos para hilar: tiempo en que se pierde ó se gana una casa, en un punto de subir mal ó bien dexan los gusanos, ó rico ó pobre á su solícito y cuidadoso dueño; pues ha sucedido, con salir admirablemente de las tres dormidas, que son tres tiempos en que mudan el cuero ó camisilla, al tiempo de ir á hilar, quedarse ahorcados, ó morirse de landre, quedándose de la suerte de unos confites que llamamos canelones.

Cura. Por eso, hermano, se debió de

decir, al fin se canta la gloria.

Alonso. Creo que sí, porque aunque no hay cosa que no tenga su azar, no sé que se tiene esta granjería de la crianza de la seda, que pasa por tantos baybenes de fortuna, que quando uno piensa que va viento en popa, entónces queda sin saber por donde perdido y asolado, y muchas veces el que no lo imaginó, rico y poderoso. En efecto, Señor, como otras tierras tienen cosecha de pan, vino y azeyte, fruta pesca, yerro y otras mercaderías de trato, el de Murcia es de sola la seda que se coge; y acuérdome, que el año de 1588, en que todos los Astrólogos pronosticáron grandes desdichas á nuestra España, un poeta de Murcia, burlándose de todos los judiciarios y pronósticos de aquel tiempo, hizo unas quintillas, en que fué contrapunteando sus falsas profecías; y entre los versos que compuso, fué esta quintilla.

Gusanos han de comer
Los cuerpos tristes humanos.
En Murcia no, que ha de ser

Pues como aunque estaba contento con el buen trato de mis Murcianos, me estuviese espoleando el deseo de mi jornada, dexé la Ciudad, y subiendo en el caballito del Seráfico Padre (*a*), tomé el camino de Origuela, Ciudad primera del Reyno de Valencia, que con su regalo y temple de la tierra, no es de menor calidad que la de su vecina Murcia, y aun imagino que la hace ventaja en los calores; de cuyo rigor no poco temeroso, me dí priesa para dexarla, procurando llegar á la Ciudad de Alicante, puerto de mar, adonde tenia nueva, que estaba de partida una nave para Barcelona, último fin de mi deseo, que como mio, jamas pudo lograrse; que parece que hay nombres que todo les su-

(*a*) Dícese ir en el caballo de S. Francisco, por el que camina á pie, con alusion á que este gran Santo y Patriarca, jamas subió en caballería ni carruage, en quantas jornadas hizo.

cede á la medida de su gusto; y otros que parecen terreros de desdichas, y yo debí de entrar en el catálogo, pues con llegar al Puerto de Alicante, no tan necesitado como otras veces solia á las Ciudades donde caminaba, no pude escapar de la mayor desdicha y desventura, que me podia, ni era posible venir á sucederme.

Cura. Notable encarecimiento; el suceso aguardo.

Alonso. Aun quedo corto, y V. m. dirá si tengo razon. Llegué, Señor, á Alicante un Lunes de madrugada, desgraciado para mí, sino es que por la vecindad del dia siguiente se le hubiese pegado alguna desdicha; y sin detenerme en la Ciudad, me fuí derecho al muelle, por no perder ocasion de embarcarme, y fué á tiempo que entraban en un vergantin una compañía de representantes, y entre ellos algunos amigos, que en tiempos pasados me habian favorecido; alegréme de verlos, que para qualquier ocasion no hace daño tener amistad con los que se ha de caminar; ofreciéronseme de hacer por mí quanto

pudiesen, dándome palabra de admitirme para la representacion: demas que ya yo la habia hecho otras veces; y representando un Embajador, una guarda, un page y un oso, dragon y muerto, y no me turbaba en el tablado, como otros representantes noveles que á los primeros versos se quedan como recien casados: agradecido á sus ofertas, me metí con ellos con mi atillo de ropa, ó casi ninguna, con grandes esperanzas, que si una vez me entablaba por este camino, habia de subir al nombre que otros traian de semejante modo de vivir, siendo segundo Melchor de Leon, Sanchez Christobal, Lovillo, Cintor Prado ó Alcázar, personas que en representando tenian á los oyentes, que no era menester pedirles silencio, segun estaban suspensos, y colgados de sus razones (*a*).

(*a*) Tales son hoy en dia Martinez, Robles, Queról, Romero, María del Rosario (alias) la Tirana, la Bermeja, la Tordesillas y Camas; pues cada uno en su término y respectiva habilidad arrebata la atencion de los Expectadores.

Hízose señal de partir: alzáronse velas, levantóse un viento favorable, salímos del puerto sesenta y seis personas forasteras, sin los que gobernaban el vergantin viento en popa, y con la seguridad que se podia imaginar: mas quien la tuvo en medio del golfo, y mas yendo Jonás con mi compañía, que quando no hubiera de venir borrasca, los vientos se conjuráran contra ellos, siendo la tormenta mayor que han padecido los que de ordinario corren semejante fortuna. Obscurecióse inopinadamente el cielo; condensáronse las nuves; bramaban los vientos; subian las olas hasta las estrellas, y tras ellas baxabamos todos con el pobre vergantin hasta los abismos y centro de la tierra, llevando de camino cada uno la ruciada bastante, para que, aunque fueramos una seca yesca, dexarnos remojados para muchos meses: Allí era el llamar los Santos; el hacer promesas; el arrepentirse de las ofensas cometidas contra Dios, y el esperar por momentos la muerte: que por esto se dixo: si quieres bien rezar, vete á la mar á embarcar, porque allí es ello, de la vida á

la muerte solo hay una tabla, cerrada el cielo, conjurados los vientos, tierra convertida en agua, sepultura de desdichados, que aun siete pies en aquella ocasion valian mas que valen las Indias, y allí no se pueden comprar por ningun dinero, aunque el otro consolándose en sus desdichas, dixo: que no le podia faltar tierra donde enterrarse; pero en el mar sepulcros hay mas honrados, y de mayor estima; pues no faltan vallenas, delfines, atunes y tiburones, donde puedan sepultarse, y á ser, luego con aquello se acabára, sin entrar en nuevos tormentos mas insufribles que la muerre, aunque el Filósofo dixo: que el mayor de los males era el morir? *Malorum omnium terribilem mors*: Mas no supo Aristóteles qué cosa era cautiverio, ni estar en tierra de moros, sujeto á un renegado sin Dios, sin ley, ni en su vida le faltó pan ni carne, ni fruta que comiese, levantábase quando le daba gusto, ibase á la cama quando queria, y no como nosotros, que habiendo corrido mas de trescientas leguas en dia y noche, quando vino á mostrarnos su cara el dorado

y resplandeciente Sol, que dicen los Poetas, nos hallamos en la playa de Argel, rodeado de catorce galeotas, rotas las velas, hecho pedazos el arbol y entenas; todos tan hechos agua, que carne y vestidos eran de una suerte; poca defensa halláron en nuestro vagel los infieles, porque mas estabamos para espirar, que para tomar las armas: y así facilmente entraron á tomar posesion de lo que no ganáron, sino de lo que el cielo les enviaba, por pecados nuestros: no se vea ningun Católico Christiano como entónces nos vimos, y lo que peor era, y de mayor lástima, las pobres mugeres de los comediantes tan diferentes de quando entráron en el vergantin, como va de muertas á vivas; allí si que representaban á lo natural lo que es la miseria humana; poco ántes libres, entónces sujetas á un infiel bárbaro, cruel; que su gusto y apetito era el Dios que adoraba, caya razon no era mas que su interes y voluntad, y ser así, bien se conoció, pues con vernos de modo, que á los mas crueles animales moveriamos á compasion, lo primero que hicié-

ron nuestros enemigos fué, cargarnos de yerro desde el cuello hasta los pies; y así arrojados, nos llevaron al Virrey, dándole quenta primero del venturoso suceso que habian tenido con nuestra desgracia: en lamentable prision subimos una gran cuesta que tiene Argel hasta la mar, porque su sitio es un alto, y lugar tan fuerte, que admira su grandeza por ser inexpugnable, sus calles tan angostas y estrechas, que dos personas á caballo no pueden ir juntas, y para poder pasar otro, se ha de arrimar mucho á la pared, ó entrarse en alguna puerta, para tener un poco de lugar, y que no le atropellen; y con ser como es tan infeliz pueblo, cárcel del demonio, y verdugo del pueblo de Dios, es fertilísima, y de admirables aguas, regalada de quantas cosas pueden desearse para el sustento de los hombres, teniendo los desdichados habitadores de aquella infeliz Ciudad en esta vida los regalos y bienes, en trueco de los tormentos y dolores, que en la otra les estan aparejados, y los aguardan con tanta certidumbre: salian á mirarnos por ventanas y ca-

lles innumerables muchachos, que como aquella gente no se contenta con una muger, sino que el que mas puede tener, ese tiene mas, y entre ellos no hay Frayles ni Monjas, sino que todos se casan, no hay enjambre de avejas que así se multipliquen y aumenten: solas las mugeres guardan clausura, y no permiten estos bárbaros salgan á vistas, ó por ser demasiado zelosos, ó por falta de ellas; pues como infieles sin razon, no deben de guardar el respeto que deben á sus maridos, en ofreciéndoseles alguna buena comodidad y ocasion; ellos por evitar estos trabajos, tratanlas de suerte, que mas se puede decir por ellas que son esclavas, que compañeras y esposas. Llegados al Virrey, fácilmente se juzgó y averiguó nuestra causa, porque partió Thomas, y para sí los mas: escogió para sí todos los comediantes, que eran trece personas de gentiles cuerpos, y de mediana edad, y á sus mugeres, y entre ellos le pareció quedase yo tambien, diciendo: que le parecia que era esclavo muy á su gusto. Los otros cautivos, parte repartió para el gran Señor, que

nosotros llamamos el gran Turco, y parte de los que quedáron, dió á los Capitanes que se habian hallado en la playa, quedando él mejorado en todo, por haber llevado lo mejor de la presa, diez y seis personas con las mugeres.

Cura. Por necio le tuviera, si teniendo las manos en la masa, no saliese él con la parte mejor, y de mayor provecho.

Alonso. A este propósito me acuerdo de un caso que le sucedió á un ganadero de mi pueblo con un mayoral suyo, en esta manera: para llevar cantidad de ganado á Estremadura un hombre rico, le entregó á un criado suyo dos rebaños de carneros, dándole facultad y licencia, para que juntamente con su ganado llevase quarenta cabezas que él tenia; dándolas pasto con las que á su cargo habia de llevar; partió, hecho su concierto; duró su ausencia todo el invierno, hasta que llegada la primavera, dió la vuelta con el ganado para Castilla; y llegando al pueblo donde su amo estaba, le fué dando cuenta de lo que le habia entregado; pero no tan buena, que no

faltasen mas de doscientas y sesenta cabezas, dando por descargo, haberse muerto algunas por la inclemencia y rigor del frio, y otras por los muchos lobos y osos que se crian por aquellas tierras. Sintió el señor la falta; afligióse; pero como cosas sujetas á la voluntad de Dios, dióle gracias por el trabajo que le enviaba: y preguntando por los carneros que habia llevado por suyos, dixo: gracias al Señor, buenos vienen todos, no han tenido ningun desastre. Entónces el buen hombre, perdida la paciencia, con mucha cólera, vuelto para el mayoral, le respondió: mala Pascua os dé Dios, y mal San Juan tengais, solo para mis carneros hubo lobos, osos, enfermedad y desdichas; y para los vuestros sobra de salud y buena fortuna; si mi ganado pudiera hablar, yo sé que dixera quan gran ladron sois, y el mal trato que habeis tenido.

Cura. Eso, hermano, es llaga vieja en los criados, incurables y sin remedio, y militan de una suerte lo alquilado y lo protestado, que por eso se dixo: adonde no está su dueño, allí está su

duelo: á una Señora que iba tambien vestida, á que parecia que las sayas que llevaba, se las habia puesto para barrer las calles, la preguntó un galan que la servia, motejándola de poco aseada: ¿Señora mia, ese vestido que V. m. trae es suyo, pidiéle prestado, ó alquilóle?

Alonso. En efecto, Señor, el Virrey escogió de los cautivos los mejores, de mas fuerzas, mas mozos, y de mejor talle: los viejos, enfermos, y de ménos provecho, dexólos para el Turco y sus Capitanes.

Cura. Aun no tan malo, pues quedó en poder del Rey; y por lo ménos en su Palacio era forzoso el pasarlo mejor, y con mas regalo; cosa que contradice á un cautiverio.

Alonso. Pues vaya V. m. notando lo que le diré, para que vea los trabajos que se pasan en aquella babilonia, y la desventura en que se ve un pobre cautivo. Lo primero, la comida no ha de ser mas de un pan de racion, sin género de vianda; y el pan, lo mas ordinario es de cebada, y sí de trigo muy malo, negro y lleno de salvado, la bebida, agua,

porque vino allá no se usa, aunque entre los moros hay tambien grandes borrachos: tocino allá no se cria, por ser carne prohibida por Mahoma: si mas de pan, como fruta ó carne, comieren los cautivos, será por comprarlo, ó lo mas cierto por hurtarlo, porque para ellos no hay cosa segura, porque sino es viviendo de rapiña, no se puede pasar en aquel Reyno; de suerte, que quexándose de un Christiano un moro, por haberle hurtado algunas cosas de comer, y dineros, le respondió el Juez: guardáras tu casa y tu hacienda, que bien sabes, que ese no tiene mas renta de la que pudiere hurtar: esto es quanto á la comida y cena; y el dormir es un carzo, que son unas cañas juntas, atadas con una soga, que vienen á formar como un tablon ó puerta grande, adonde puede echarse un hombre, porque colchon de lana, ni otro género de ropa, no se la darán á ningun cautivo: de noche viene el Alcayde con algunos moros de guarda, para llevar á recoger á los cautivos á una casería que tienen, que llaman baños; allí se encierra ca-

da noche gran número de gente, quedando seguros con esto de que no puedan rebelarse, tomando armas contra sus dueños; y de que convidados con la soledad y silencio, no se cometan algunos delitos, pues de cinco mil y mas Christianos que tiene Argel de ordinario dentro de sus muros, qualquiera travesura y rebelion se podia esperar. Llega la mañana, y sacan, no de los palacios de Galiana, sino de aquellas desdichadas mazmorras, á los infelices que en ellas estaban esperando la luz del dia; unos acuden á la mar, para servicio de las galeotas, aderezando las jarcias y remos, otros á la muralla y fábrica del Palacio, que como procuran que siempre esten en pie, y bien aderezadas, forzosamente ha de tener ordinarios reparos; los demas acuden á las huertas, cultivando la tierra, que de suyo es fructifera para el regalo y sustento de aquellos infieles: y no era el menor dolor que yo sentia en mi ocupacion, el ver que todo mi cansancio, sudor y trabajo era ir contra mi Patria, contra mi Ley, y contra mi Rey: y lo peor que habia en ello era,

que no podia irme á la mano, ni dexar de hacer quanto me mandaban, pues si alguna vez por mi desdicha echaban de ver que me descuidaba, allí era el abrirme las carnes, sin haber réplica, ni intervenir ruegos para un riguroso y terrible castigo.

Cura. Eso, hermano, peor era que estar amarrado á un banco de una galera; que en efecto, para los galeoteshay invierno en que descansan en los puertos, y muchos dias en que no se trabaja.

Alonso. Aun si por aso quedara, pasadero pudiera ser; pero, señor, llega la primavera, y aun ántes que los campos se empiecen á bastecer de diversas flores, se empiezan á prevenir los renegados piratas, y apercibiéndose de gente de guerra, y de la chusma para los remos, no dexan lugar de la costa que no saltean, corriendo el paso de Oran á Cartagena, de Valencia á Barcelona, y de San Ginés para Alicante, no dexando barquero ni pescador que esté seguro de sus galeotas, pues como ya cosarios exercitados y diestros, no hay dificultad que no emprendan, ni temeroso asalto

que dificulten: nosotros salimos de todos estos lances los peor librados; pues que si en tales ocasiones se descuidase un pobre remero, allí seria el acabar de una vez con todo.

Cura. De qué suerte.

Alonso. Salió de Argel Moratarraez con dos galeotas que tenia, prometiéndose un gran empleo, si la fortuna le favorecia, porque las llevaba, así de gente, como de tiros, bien armadas: mas sucedióle bien al contrario de lo que habia imaginado, pues engolfándose en alta mar, descubriéron seis galeras de España, que habiéndoles reconocido, venian en su seguimiento; el moro conoció la ventaja, y como buen Soldado no se atrevió á esperarlas, poniéndose en huida con la mayor diligencia que le fuese posible: y añadiendo velas, y gritando á los remeros con grandes amenazas, los movia á que apresurasen con mayor ánimo y fuerza los pesados remos: los cautivos deseosos de una ocasion como la que entre manos tenian, mostrando que hacian lo que se les mandaba, juntamente se iban descuidando; mas el

astuto infiel, conociendo la malicia de sus forzados, echando mano de un cortador alfange, que de un tahalí traia colgado, dió un tal golpe en el brazo de un pobre remero con tanto enojo y fuerza, que como si fuera una leve y fragil caña, desde el hombro le derribó sobre un banco; y luego, tomando el brazo cortado, dando primero con él al miserable, que ya de la mucha sangre, que habia perdido, estaba para acabar la vida, fué prosiguiendo con los demas, que no tenian culpa, rabiando como habriento leon, prometiendo de hacer de todos los forzados lo que de aquel desdichado cautivo habia hecho.

Cura. ¡Notable caso, y rigor nunca oido!

Alonso. Pues es decir, señor, que hay defensa alguna para poder guardarse de los azotes, quando el desalmado comitre, con pequeña causa quiere castigarlos, y muchas veces por su gusto; y dando razon de porque lo hace, dice, que si no pecáron, para quando pequen lo pueden tener adelantado, por si acaso divertido en algo no los castigare.

Cura. Pareciame eso á lo que acos-

tumbraba á hacer una Señora viuda virtuosa con unos hijuelos que tenia, que como desease que fuesen recogidos, y la tuviesen respeto, las mas noches se iba á la cama de los muchachos, y quitándoles la ropa, con una disciplina que llevaba, haciéndoles primero un sermon, poniéndoles delante las obligaciones que tenian, siendo hijos de un tan honrado padre, ya que eran huerfanos, les daba para remate de cuentas algunos azotes: el hijuelo mayor vuelto para su madre, la decia: Señora, ¿qué hemos hecho, ó qué hacemos, para que cada dia nos discipline de este modo? Y la buena viuda les daba por respuesta: hijos mios, para que os acordeis que no teneis padre, y porque seais buenos, y quando seais grandes, y no os pueda azotar, habiendo hecho por qué, tengais el castigo adelantado, y con tiempo.

Alonso. Prevenida Señora era esa buena madre, si ya no la puedo decir madrastra; pero volviendo á nuestro propósito, la vida de galeote es propia vida de inferno, no hay diferencia de una á otra, sino que la una es temporal.

y la otra es eterna: y si el remar en galeras de Christianos Católicos piadosos, y que se compadecen de la miseria y desventura de sus hermanos, es el tormento que en esta vida un hombre puede padecer, puesto caso, que no pierda la vida, ¿qué será el estar en una galeota amarrado á un banco, y sujeto á un infiel, sin Dios ni término, á quien ni temor le acobarda, ni amor le detiene? De aquí Señor, podrá V. m. sacar quan gran limosna es la de la redencion de cautivos, y el grande bien que hacen las Religiones de la Santísima Trinidad y la de la Merced, acudiendo con tantas veras á una obra de tanto merecimiento, y que el decir, que antes se ha de dar á los cautivos que á las Anímas del Purgatorio, es con causa muy bastante, y fundada en todo genero de piedad y razon, porque aquellas dichosas almas que allí estan padeciendo, tienen certísima esperanza de gozar de los celestiales tesoros, y que sea tarde ó presto, al fin ha de ser, y el descanso y gloria está cierta para siempre; pero un miserable cautivo, pobre, ausente de su tierra, y

tanta de por medio, y que no hay quien de él se compadezca, sino quien le procure destruir, y entre bárbaros, donde razon ni justicia son de poco provecho ¿qué hay que decir mas, ó qué hay que encarecer? si no hay encarecimiento, que llegue á esta verdad, dexado á parte, que como nuestra naturaleza de suyo es frágil, el padecer y sufrir, lo hace de mala gana; todo le es violento, y para la virtud va muy cuesta arriba, y el baxar, aunque sea al abismo de los vicios, le es muy fácil, y tanto, que muchos de los cautivos por salir de aquel tormento, y verse en libertad, dexan la Ley y Fe que recibiéron en el Bautismo santo, y siguen la detestable secta del falso y maldito Mahoma.

Cura. Harta lástima es, y harta desdicha ver la ceguedad de tan miserable gente, pues dexados de la mano de Dios, por tiempo limitado y vida breve, dexa aquella eterna; y metida en la ocasion de poder con paciencia ganar el cielo, sigue el ancho camino de los vicios, cuyo paradero es la infernal compañía de los demonios.

Alonso. Ya, Señor, hay pocos de

aquellos victoriosos mártyres, que desafiando el infierno, las cárceles, las feroces y crueles bestias, los tormentos que los mas rigurosos Emperadores inventáron, qual otro Predicador de las gentes San Pablo decia, no hay rigor por excesivo que sea, que pueda apartarnos de la caridad, y amor de Dios; pero ya resfriados aquellos fervorosos y abrasados pechos, que en aquellos mas que venturosos tiempos solian hallarse en los miserables nuestros para verse libres, no de los dientes de los Leones, ni abrasadoras llamas de encendidos hornos de fuego, sino para salir de un cautiverio, dexan su Patria, su Ley, su Rey y su Religion, por gozar la libertad de quatro dias de vida, que aunque el otro Poeta dixo en sus celebrados versos: *Non bene pro toto libertas venditur auro.* No por todas las riquezas del mundo se ha de perder la libertad, ni por quantos bienes se pueden imaginar se ha de sujetar un hombre. No tenia fe ni luz del cielo, ni sabia, que era apartarse de la union de la católica Iglesia, nuestra madre, dexando la eficaz medicina de sus sagrados y misterio-

sos Sacramentos, por seguir la vanidad de los Sarracenos.

Cura. Dígame, hermano, y en qué paráron los comediantes, y las pobres de sus mugeres, qué amos tuviéron?

Alonso. Tuviéron la ventura mas feliz y dichosa que puede desearse, así ellos, como ellas, porque para mí todos alcanzáron la corona del martirio; y fué en esta manera: Llegados que fuimos ante el Virrey, que es como decir acá el Corregidor, se fué informando de cada uno de por sí de qué tierra era, qué edad tenia, qué oficio, qué calidad, si ordinaria ó noble, y aunque entre nosotros no habia hombre que á tantas preguntas dixese verdad, haciéndose cada qual pobre peon obrero, otro soldado, y tan visoño, que jamas habia tomado espada en la mano, sino era para alistarse en aquella ocasion, adonde iban á fortificar un presidio, con todo eso no faltáron entre los renegados algunos, que dixéron al Virrey, como aquellos mozos, y las mugeres las conocian por haberlos visto representar en la compañía de Pinedo, y que sin duda ninguna eran ofi-

ciales de la comedia, trato con que en España se ganaba de comer: Con esta informacion no hubiéron menester mas para darlos por condenados; y así *pro tribunali*, nos mandáron, que el dia de San Juan, en solemnidad de tan gran fiesta, representasemos una comedia, con que para ella nos diesen quanto hubiesemos menester. No pudo haber réplica al mandamiento, que esto de haber menester á otro, tiene aparejada execucion para agradarle, lisongearle, y seguirle el gusto quanto se puede entender que es su voluntad. Entramos en consejo, decretando que comedia se habia de representar; y habiéndose tomado los votos, salió que fuese la rebelion de Granada. Repartiéronse los papeles, y las mugeres comenzáron á tomar de cabeza sus dichos, y yo que hacia el personage de un Alcayde, y de un Soldado, y echaba la loa, sin el papel que me diéron para dos entremeses, ensayabamos por los papeles algunos dias, hasta que la supimos muy bien de memoria, y llegada la fiesta por la tarde, se juntáron en un jardin del Virrey gran

número de gente, de la mas noble de Argel, así de los varones, como de las damas. Sentáronse todos sobre ricos tapetes turquescos, á su usanza, del modo que acá se sientan las mugeres; salió la música, y cantáron á tres voces aquel antiguo, y tan célebre romance de la estrella de Venus, con que las moras quedáron muy pagadas; salí yo luego á echar la loa, y fué la de Apeles, quando pintó la cabeza de un truan, que por hacer burla de él, le dió un recado en falso, diciendo, que el Rey le convidaba á su mesa: y viéndose ofendido el famoso maestro, con solo un carbon, pintó tan al natural el rostro de él, que le hizo la burla, que como si fuera el original, fue conocido de todos escribiendo juntamente en la pared un poco mas baxo de la pintura que habia hecho.

Este es el que me llamó
Al convite de tu mesa,
Si es que en verme aquí te pesa.

No acabáron de alabar la buena gra-

cia del recitante, su buena memoria, y el buen verso del Poeta, aunque para ellos qualquiera cosa bastara, porque si muchos hay de admirable ingenio agudísimos, los mas son gente rústica, sin letras, criados entre armas, mas que en escuelas, donde los entendimientos se cultivan; y floreciendo en la buena doctrina, dan perfectísimo fruto de sus trabajos; pero lo primero que en su maldita secta se les manda, es, que no entren en disputa, ni se miren libros; sino que á capa y espada se defienda; y así qualquiera buena razon que deciamos, se les dexaba tan satisfechos y admirados, que así el romance, como la loa, quisieran durara toda la noche, segun con el gusto con que nos oian. Empezose la comedia de la rebelion de Granada, y castigo por el prudentísimo Rey Don Felipe II., que esté en el Cielo: representáron mis compañeros admirablemente, como personas ya exercitadas en su arte; los vestidos eran bonísimos, porque capellares, marlotas y turbantes en casa los teniamos, y el trage de moros no faltaba, curioso y rico, porque Halí, Virrey que era

de Argel, tenia catorce concubinas, sin la propia muger; y preciábase de traerlas muy aderezadas, como persona poderosa: los entremeses causáron mucha risa; y con unos bayles á lo Español dimos fin á la fiesta, y comenzó nuestra tragedia, porque en acabando de desnudarnos, nos mandáron prender y echar en unas mazmorras, cárceles tan obscuras y húmedas, y de tan mal olor, que ellas solas bastaran para quitarnos la vida sin otro verdugo, hiciéronnos luego cargo del mal término que habiamos tenido, afrentando en la representacion á sus Reyes, y lo que peor era, á su Profeta; el poco respeto que se tuvo estando en cautiverio, y que palabras tan descompuestas en esclavos eran *læse majestatis*, y con los malos terceros, que nunca faltan en semejantes ocasiones, fuimos condenados á muerte, y no como quiera, sino á que nos empalasen, dándonos solo un dia para descargo de la culpa y delito cometido (*a*).

(*a*) No merecian tan riguroso castigo; pe-

Cura. Al fin bárbaros, pues siquiera por haber hecho lo que los habian mandado, eran dignos, ya que no de premio, á lo ménos de perdon y misericordia.

Alonzo. Pronostico fué, y bien verdadero, yo se lo avisé muchos dias ántes á mis compañeros, que mirasen lo que hacian, pues era cierto se habian de afrentar los moros, viendo que les representabamos la pérdida de un Reyno que en tanta estimacion tenian, y mas estando tan apique de recuperarlo; pedíles á mis compañeros hiciesemos la comedia del Ramillete de Daraja, ó los Zelos de Reduan; no fué de provecho mi consejo, debiendo considerar, que el que tiene de pedir, nunca ha de ser soberbio, ni disgustar á los que ha menester, y de quien ha de recibir algun bien, y mas estando sujetos, como estabamos, en tierra extraña, y sin quien nos pudiese defender ni valer en nuestros tra-

ro sí alguno, los que en nuestros dias, como para obsequiar á un Personage Marroquí executáron la Comedia Cárlos V sobre Tunez.

bajos: llególe á pedir sillas para sus hijos á Christo Señor nuestro, aquellos tan virtuosos, como honrados, la madre de los Zevedeos, y como discreta llegó con humildad, reverenciando y adorandò á Dios, como obligándole con el respeto con que llegaba, que así lo dice el sagrado texto: *Adorans, & petens*, adorándole, y pidiéndole, que aun en lo espiritual, que es de mayor importancia, y no cave en comparacion, dice el Apostol Santiago, que por eso no recibimos lo que pedimos á Dios, porque le pedimos mal: *Ideo non accipitis, eo quod male petatis*, un maestro mio, queriendo mostrar el disparatado y corto juicio de los hombres, que quando llegan á pedir alguna cosa, la piden de modo, que desobligan á que se les haga algun bien, pintó una fuente, y enmedio de la taza se levantaba otra fuente, y por remate un Christo crucificado, de cuyos sagrados pies, manos y costado salian unas christalinas fuentes; en el pilon estaba un hombre, hincada una rodilla, y en la una mano, un rosario, como que estaba rezando á la Imágen del Señor, y con la otra, bien

levantando el brazo, estaba con los dedos topando las fuentes que corrian del costado y manos del Christo: Tenia al pie de la fuente una letra que decia:

Pide el malo, mas impide
Con sus pecados las fuentes
De las divinas corrientes.

En efecto, Señor, volviendo á nuestro cuento, entrando un Portero con la sentencia del Virrey, se nos notificó el último fin de nuestra vida; pero yo, viendo que mis compañeros no volvian por sí, respondí por mí y por ellos, alegando la injusticia que se nos hacia, queriéndonos matar sin culpa; y ya que no hubiese lugar para el perdon, se advirtiese, que yo no habia representado sino solo la loa y dos entremeses, un muerto y un Page del Rey; por tanto me debian dar por libre; advirtióse mi excusa; pero á los demas, en segunda resulta, fuéron condenados, negando lo que pediamos, sino era, que vueltos á la ley de Mahoma, se quedasen como

los demas renegados moradores de Argel, y en tal caso se les admitiria el perdon, dándoles libertad, y cansándolos como se acostumbra en aquel Reyno: muy mal les pareció el partido; y asi los valerosos Soldados hijos de la Iglesia, como católicos, detestando la falsa secta, y confesando la Fe de Christo Señor nuestro, ofreciéron muy de voluntad su cuello al yugo del martyrio, protextando de, no solo una vida, sino muchas que tuvieran, haberlas de dar por la verdad del sagrado Evangelio. Con esta respuesta indignados mas los Sarracenos, pusiéron luego en execucion el decreto y mandamiento del Rey; y así, en agudos palos, semejantes á grandes asadores, pusiéron los victoriosos Mártyres, que ya como católicos morirán por defensa de la Fe que habian recibido en el santo Bautismo.

Cura. ¿Y las mugeres en qué parárón?

Alonso. No mostráron ménos esfuerzo y ánimo, aunque de su naturaleza son delicadas y frágiles, porque hacien-

do con ellas el mismo partido que á sus maridos, y ofreciéndolas libertad riquezas y con quien casarlas, como constantes rocas, á todos diéron de mano, queriendo mas ser degolladas, perdiendo la vida, que dexar nuestra sagrada Religion.

Cura. Por cierto, hermano, que él fué desgraciado, pues por lo ménos, muriendo como sus compañeros, le pudieramos llamar el Santo mártyr Alonso.

Alonso. No merecí yo tanto bien, que aun hasta en esto me hizo daño el hablar, que si callára, y no tomára la mano por mis compañeros, era forzoso acabar con el dichoso fin, que ellos tuviéron; pero consuélome, Señor, con la doctrina del gran Doctor San Gerónymo, que animando á sus Frayles á que sufran trabajos, y los lleven con paciencia, les dice: Mirad hermanos, que el morir con un golpe de espada, acaba con todo, dexando las miserias y penalidades de esta vida, para gozar de los eternos gozos de gloria. Pero vosotros

llevais el martyrio prolongado por muchos años, y el verdero Religioso toda su vida tiene de martyrio, y no pequeña corona le tiene Dios guardada, que aunque la mayor caridad y amor que uno puede tener y mostrar, es perder la vida, y entregarse á la muerte por su amigo, con todo eso de mucho mérito es una voluntad pronta, y un firme propósito de jamas apartarse de la cosa amada; de modo, que quando se ofreciese, no le daria temor la espada, el fuego ni el rigor del mas riguroso tormento, por grande que fuese, y no ha sido poco lo que he sufrido y sufrí con el cautiverio en que estuve, y despues que salí de él, que no haya tenido algun mérito, ya que perdí el mayor que pudiera tener; pero en efecto son juicios de Dios, y á cada uno lleva por el camino que mas le conviene; viendo mi flaqueza, no permitió ponerme en tanto aprieto, porque le doy infinitas gracias, pues me sacó del cautiverio donde estuve en Egypto tantos años, trayéndome á donde libremente pueda servirle, imi-

tando la santidad y virtud que veo en tantos siervos suyos, siquiera para que con su exemplo venga á ser otro como ellos.

Cura. Deseo saber, hermano, como salió de Argel, y de tantas desdichas en que estaba metido.

Alonso. Tiene por el quarto voto, que hacen los Padres de la Santísima Trinidad una antigua costumbre, de ir á rescatar cautivos en todo el Reyno de Argel. Y así, como acertase ahora un año á ir por Redentor el Padre Fray Juan de los Reyes, á quien yo en Valladolid y Toledo habia conocido y servido en algunas ocasiones, como me viese en tanto trabajo y desventura, trató con el Rey de mi rescate, y á pocos lances se concertáron por trescientos ducados; pagólos por mí; tráxome á España con otros doscientos y cincuenta cautivos, que viniéron en mi compañía, viniendo á parar en esta santa hermita, á donde, siendo Dios servido, será donde pienso acabar mi corta vida sirviéndole. Este es en suma mi discurso: V. m. me perdo-

ne, que quisiera haberle entretenido con mejor estilo, mas elegantes razones y mejor lenguaje; pero al fin, ninguno puede dar mas de lo que tiene.

FIN.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS en este Libro.

Cap. I. *Cuenta Alonso (ya ermitaño de la ermita de San Damian) á el Cura de San Zoles su nuevo estado, y ocasion de haber dexado el hábito de Donado.* Pap. 1.

Cap. II. *Prosigue la misma materia, y da Alonso en manos de unos Gitanos.* Pag. 24.

Cap. III. *Cuenta Alonso los trabajos que pasó con los Gitanos, su trato y modo de vivir.* Pag. 45.

Cap. IV. *Sigue el mismo asunto, y cuenta lo que le sucedió en el monte, con otros raros y exemplares sucesos, y como se fué á Zaragoza.* Pag. 74.

Cap. V. *Cuenta Alonso la jornada de Zaragoza, y lo que le sucedió en ella, hasta casarse* Pag. 93.

Cap. VI. *Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en el matrimonio, hasta que enviudó.* Pag. 120.

Cap. VII. *Da cuenta Alonso de su llegada*

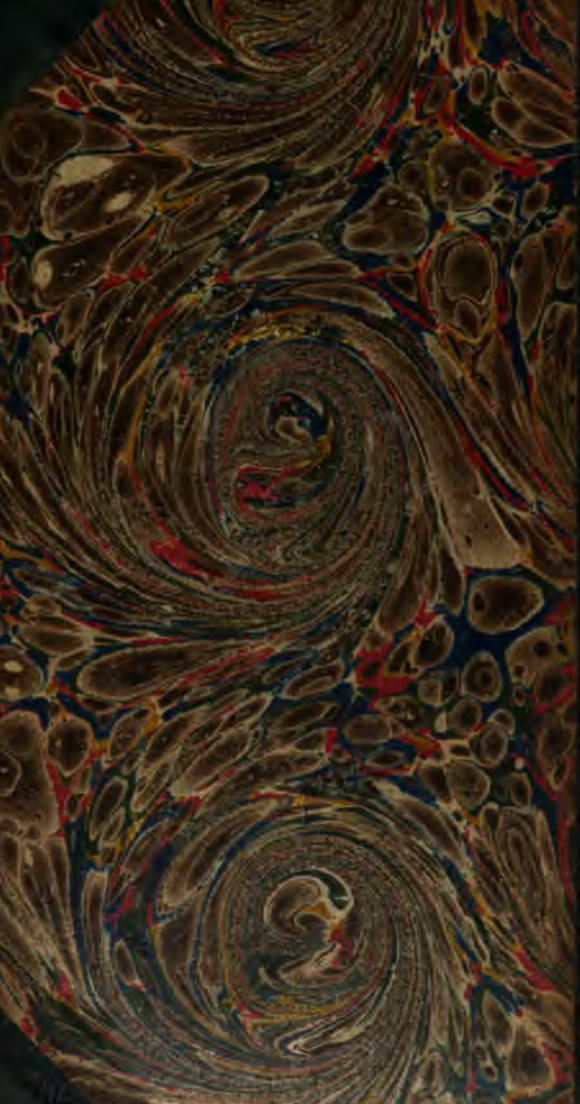
á Lisboa, y como entró á servir de mayordomo á un Caballero Portugues. Pag. 147.

Cap. VIII. *Sigue la propia materia, y cuenta Alonso algunas cosas, dignas de tenerse en memoria.* Pag. 168.

Cap. IX. *Da razon del fin que tuviéron los amores de la dama Portuguesa, y como en Toro entró á servir á un Pintor de mala mano.* Pag. 186.

Cap. X. *Conoce Alonso no sentaban bien á su amo las disputas que con él tenia, y determina dexarle é irse á Segovia.* Pag. 209.

Cap. XI. *Cuenta Alonso el milagro que obró nuestra Señora de la Fuencisla con la Judía Ester, y el origen de la limosna, llamada ofrenda, en la Ciudad de Segovia.* Pag. 223.

Cap. XII. *Entra Alonso á servir á un Perayle, y despues de mozo de percha en casa de un Mercader.* Pag. 239.

Cap. XIII. *Cuenta Alonso la Jornada de Barcelona, su cautiverio, los trabajos que le sucediéron, y como habiendo sido rescatado, tomó la resolucion de acabar sus dias sirviendo de ermitaño.* Pag. 256.